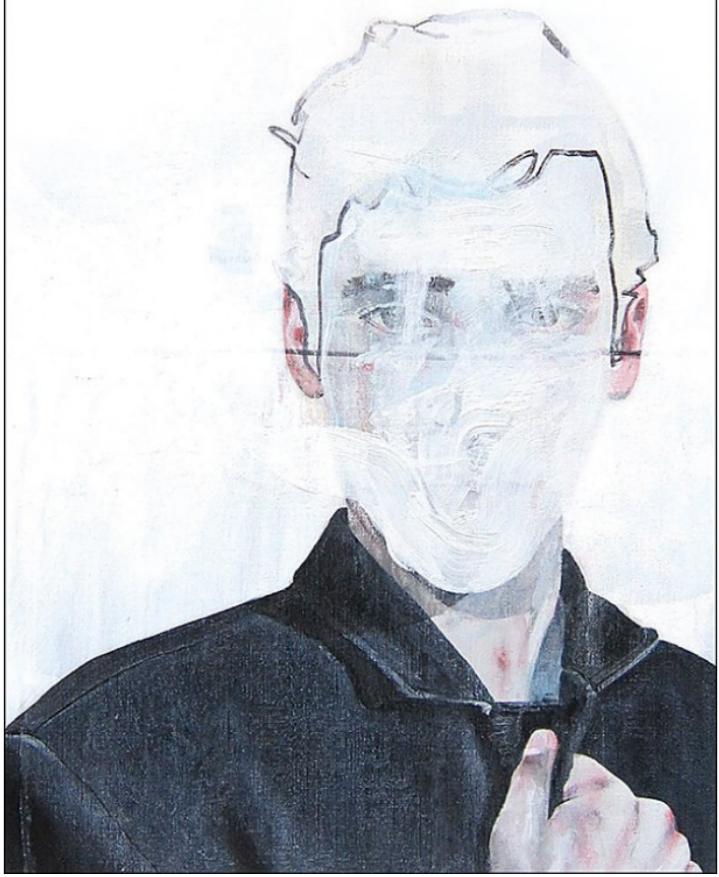
Seix Barral

Margarita Leoz

Punta Albatros



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
1
2
3
4
5
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

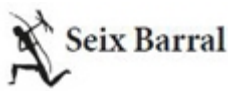
Sinopsis

El médico protagonista de esta novela abandona la ciudad para trasladarse a Punta Albatros, una región costera aislada y agreste, azotada por los vientos y las mareas. Allí entrará en contacto con los seres que la habitan: el dueño del hostal, los ancianos de la residencia de la isla de Goz o un inquietante barquero dueño de dos perros feroces. Pero esta nueva vida es también un inevitable regreso a la memoria y a los afectos perdidos a su esposa, a su amante, a sus amigos, a su antiguo trabajo en el hospital y a todo aquello que ha dejado atrás.

Acompañado por el protagonista, el lector de Punta Albatros irá desentrañando las razones y los secretos que motivaron su particular huida. Margarita Leoz despliega en su primera novela una maestría narrativa poco habitual, que ya mostró en Flores fuera de estación, el volumen de relatos que la hizo merecedora de comparaciones con Alice Munro o Joy Williams.

Punta Albatros

Margarita Leoz



Para Ricardo Pita

La vida es manejar imprudentemente
la propia felicidad.

EDITH SÖDERGRAN

somos extraños
que nos preocupa demasiado el recuerdo

JOSÉ ANTONIO FUNES

Nos perdonarán no por lo que nos
merecemos, sino por misericordia.

LEV TOLSTÓI,
Ana Karenina

1

Todos estos cuadernos, los que el doctor Coarasa ha acumulado, sorprenden por la claridad y el orden, por el conocimiento que poseía sobre sus pacientes.

Voy a seguir escribiendo en la fecha en la que él se marchó.

Todo está tal y como lo dejó. La camilla. El fonendoscopio. El oftalmoscopio y otoscopio de pared. Tres espejos laríngeos de distintos tamaños. Tijeras y pinzas. Esparadrapos, gasas y apósitos. Espéculos desechables para otoscopias, espéculos vaginales. Una caja sin empezar de guantes estériles. Hojas de bisturí, lancetas, jeringas. Tensiómetro. Unos diez depresores linguales en la caja.

Todo en su sitio.

No es la consulta de un hombre que huye, que desea desaparecer.

Aquí nada me la recuerda y, sin embargo, pienso a menudo en Olga. La primera vez hicimos el amor en el cuarto de la limpieza por completo vestidos. Con su informe de Urgencias aún en su bolso firmado por mí. Olga sentada encima de una de las estanterías, las bragas en los tobillos, las bayetas cayéndonos sobre la cabeza. Si lo pienso fríamente, era todo muy incómodo, pero no lo pensaba fríamente, ni de ninguna otra manera.

Me viene a la memoria el ático de Olga, un decimonoveno con vistas panorámicas en el centro de la ciudad, al que se accedía mediante un ascensor acristalado. Su baño, la planta de bambú clavada en rocas volcánicas, su cepillo de dientes junto a dos tubos de pasta. La bañera triangular donde reposaban todos aquellos jabones distintos que jamás supe para qué servían. La esponja con silueta de estrella. Una plancha de pelo a modo de fauces abiertas,

el cable muy mal enrollado. La toalla que yo había usado tras la ducha nunca permanecía.

Por la ventana veo el viejo automóvil que dejó Coarasa: un Volvo 740 familiar de un gris desvaído, comido por el salitre, con un enorme maletero sucio. Ese modelo no lo fabricaron más allá del año noventa. Lo sé porque mi padre tuvo uno similar en color rojo, y cuando lo compró a finales de los ochenta nos parecía el grado máximo de la elegancia. Mi madre lo detestaba, ese maletero rectangular y cavernario la hacía pensar en un coche fúnebre y tenía parte de razón, pero a mí no me importaba, las posibilidades de juego en el lugar del ataúd eran enormes. Recuerdo que mis padres me dejaban viajar allí en los trayectos largos: yo montaba mi tienda de campaña entre las maletas y la nevera portátil, me ponía bocarriba y tocaba el techo con los pies descalzos, me contaba los dedos esperando siempre que las cuentas no cuadrasen, entonaba mis cánticos de indio apache y mis padres nunca me censuraban.

El capó está levantado. La cabeza de Celso emerge, se restriega los dedos negros de grasa en un trapo que pende de su cinturón. Ocupa el asiento del conductor. Al girar la llave de contacto, el coche arranca con la potencia con la que se desperezaría un paquidermo, renqueando al principio, enfadado.

Celso me descubre observándolo por la ventana. Bajo la vista, pero él sale del coche, me saluda, levanta el pulgar y lo proyecta varias veces hacia el cielo. Es un milagro que funcione. No me gusta conducir por estas carreteras tan sinuosas, prefiero caminar o desplazarme en la bicicleta que encontré apoyada en la verja, pero me será útil si hay alguna urgencia o en las visitas a domicilio.

Descubrí una de las aventuras de mi padre por un papelito rosa en su cartera. Yo era un niño, pero sabía que los hombres no guardan papeles rosas si no son de una mujer. Lo que fuera que hubiese allí escrito no salía del puño de mi madre.

Fui a enseñárselo no sin cierta malicia. Ella me reprendió, me obligó a meterlo en su sitio.

Respecto a sus aventuras con otras mujeres, mi padre había respondido a mi madre: «No es nada personal».

Nunca hubo papelitos rosas en mis bolsillos. Ni llamadas telefónicas interceptadas que colgaban justo cuando Teresa respondía. No volvía oliendo al perfume de Olga, ni mis camisas se tiñeron de su carmín. Era meticuloso. Guardaba precauciones.

Todo sucedió un viernes. A Teresa le aseguré que me marchaba de congreso. Iba a durar un fin de semana, no recuerdo en qué ciudad. Las iba rotando. Volví esa misma medianoche con el pelo revuelto. Ella veía la televisión con la bandeja de la cena sin recoger: los restos de la lasaña, el olor rancio a queso requemado. Solté la maleta en el vestíbulo, el paraguas quedó mojando el suelo. Me encendí un puro de mi padre. La vitola con números dorados me recordó la fecha de la extirpación de su pulmón. Teresa me observó atónita: ¿qué película estaban emitiendo?, ¿había cambiado de canal por error y era yo el mal actor protagonista? Empecé a llorar. Las lágrimas se volvieron picantes por el humo. Hipaba como mi cuerpo, mi diafragma, no lo había hecho antes. Estuve fumando y llorando en el balcón durante una hora. Teresa se enrolló una manta al cuerpo y se colocó a mi lado. Fue así como se enteró. No me preguntó nada, se lo conté todo.

Después me acosté en el sofá y me dormí. Me desperté con las piernas entumecidas. Los cordones me apretaban los empeines. Me los desaté como pude. Una servilleta negra se había quedado pegada a la suela del zapato. Era del bar donde Olga y yo habíamos tomado el último whisky, pero en aquella ocasión los vasos permanecieron casi intactos en la mesa. La había visto salir segura y altiva, avanzando salvaje como una vikinga, con el abrigo en el brazo a pesar del frío.

Aquello no era para Olga, supongo, nada personal.

Al principio de la loma la cadena de la bicicleta se me atasca. No

hay manera de continuar. La tengo que empujar cuesta arriba unos cien metros, hasta el hostal.

Celso se agacha, acerca mucho los ojos a los platos. Le pregunto por mi predecesor mientras libera la cadena.

Al viejo doctor Coarasa se le veía siempre con un gorro de pelo atigrado, por completo desacorde con el viento y la lluvia, caminando entre arbustos, prefiriendo la maleza a los caminos. Como consecuencia de las lluvias constantes de octubre a junio, ponía el gorro a secar encima del radiador y la consulta se impregnaba de un tufo a animal sudado. Algunos pacientes, en especial las mujeres mayores, lo tomaban por un gato gordo. En la comarca se le apodaba el Ruso, porque ese gorro se asemejaba al de los cosacos. No se fiaban de alguien que no se sometía al clima del cabo.

En el barco que cada semana lo trasladaba a la isla de Goz, se asomaba peligrosamente a las olas, aspiraba la brisa, el océano lo fascinaba. No estaba acostumbrado al vaivén, se caía a menudo en cubierta. Tenía unas falanges finas, demasiado pequeñas, como las de un niño desmañado, poco diestro. Si alguien le hubiese estrechado la mano con firmeza —no un enfermo, ni un viejo, sino un hombre robusto—, se habría oído un crujir de huesecillos blandos, quizá solo el deslizar resbaladizo de los cartílagos. No era considerado un mal médico, daba conversación a los ancianos, conocía sus nombres de pila, escuchaba sus monólogos sobre la mutación de los vientos. Tomaba notas en cuadernos de tapas negras.

El Ruso desapareció.

No se supo hasta transcurridos los días, cuando debía cumplir con la visita semanal a la isla de Goz. Lo buscaron en la torre, en el fondeadero, en la playa de Nadie, en el hostal, por todas partes. La comarca organizó una batida por las veredas de los acantilados, por las playas. Sin éxito.

Celso me lleva de vuelta al faro. La bicicleta ocupa la trasera de su furgoneta. Me alegro de no tener que pedalear.

La espera es la única experiencia que tenemos del tiempo. Esto escribe Coarasa en su cuaderno.

Espero pacientes que no llegan, pacientes que tal vez no existan.

Me apeé del tren en Lindes a esa hora en que la tarde de forma súbita se adentra en la noche y todo se oscurece. Una humedad fría se colaba entre la ropa. El tren continuó su camino, las luces de los compartimentos escaparon de la estación, se alejaron, se internaron en la negrura.

Había un plano de la región en relieve. Tracé con el dedo el recorrido que aún me faltaba para arribar a Punta Albatros. Una polilla atrapada en el cristal revoloteaba sin esperanza, sin destino. El cabo se encontraba al noreste. Imaginé que se lo mostraba a Teresa, que se lo decía a alguien, pero no había nadie a mi lado.

Me dolía la cabeza. En el vagón me había dedicado a contemplar el paisaje, el desfilar de los árboles a ambos costados de la vía, eucaliptos por miles con una rectitud tan industrial, tan paralelos, tan altos, que recordaban a los barrotes de una enorme jaula.

Un empleado me informó de que la estación estaba a punto de cerrar.

—El primer tren de vuelta pasará a las siete de la mañana —dijo.

Lo oí toser, una tos seca, ronca, crónica, hasta perderlo de vista.

La gran bola cenital que alumbraba la estación se apagó y solo quedaron las luces de emergencia, pequeñas luciérnagas verdes sobre el dintel de la puerta.

Al salir respiré el aire fresco del final de la lluvia. El suelo estaba húmedo, había charcos dispersos.

Un coche sin ningún distintivo se detuvo ante mí. Ayudé al chófer con la maleta y me instalé detrás. La niebla creaba reflejos espectrales en el paisaje, borraba los contornos de las casas, me

hizo dormitar. Conversé un poco con el conductor, le inquirí por la meteorología, por la ruta de los faros, inquietudes banales de turista despistado.

La radio estaba encendida. Escuché un boletín de noticias locales superpuesto a la conversación, pero estaba tan cansado que no lo recuerdo bien. Solo tenía ganas de dejarme caer en una cama, de llegar al hostal.

A las afueras de Lindes la carretera se estrechó. No nos cruzamos con ningún vehículo en todo el camino. Saqué el móvil, no reaccionaba. Lo apagué y lo volví a encender.

—Allá donde va ese cacharro no le servirá demasiado, ¿sabe? No hay mucha cobertura en el cabo. Es como meterse en un garaje.

Me lo guardé en el bolsillo, contrariado.

Tampoco esperaba ninguna llamada.

Un ambientador de pino, seco, carente de todo olor, oscilaba en las curvas cada vez más pronunciadas. Los árboles se habían dispersado. Los faros del taxi se alargaban sobre las laderas en pendiente, sobre el pasto que, grisáceo por la bruma, se intuía verde, duro, áspero. La carretera moría poco después. El camino de acceso al hostal carecía de salida.

Cuando descendí, cuando los neumáticos dieron marcha atrás sobre la gravilla del camino y el taxi desapareció, el silencio se plagó de un murmullo constante y cercano que tardé en identificar: el oleaje que no veía y que, sin embargo, era la presencia a mis espaldas de una sombra.

Una luz se encendió en el interior del hostal. Alguien me aguardaba dentro.

Un despacho hacía las veces de recepción. El dueño encendió una lámpara de mesa, extrajo un archivador del escritorio y me tendió un formulario.

Las hojas estaban dobladas por la humedad.

—Una vez vino una inspección —dijo el dueño—. Me pidieron el registro de los huéspedes. No tenía nada y tuve que pagar una multa.

Lo decía excusándose.

Firmé dos copias con mi firma rápida, mi garabato de médico que no significa nada, tan impersonal como higiénico. El dueño me entregó un llavero de latón: un pájaro, un ave enorme con las alas desplegadas en pleno vuelo, un albatros. Me lo intenté meter en el bolsillo, pero no cabía. Lo seguí escaleras arriba, la habitación se encontraba en el primer piso. El dueño se empeñó en subir mi maleta y fue golpeándola en cada escalón. Cojeaba de la pierna izquierda. Me molestó verle chocar las ruedas de mi maleta nueva contra la madera.

El dueño se llamaba Celso. Si alguna vez a lo largo de nuestras conversaciones mencionó su apellido, no lo recuerdo.

Es el primer miércoles que voy a la isla de Goz. No he creído lo que ha dejado escrito Coarasa hasta contemplarlo con mis propios ojos. Muy próximo a la playa de las Damas, donde me deja la embarcación, se encuentra el asilo. El nombre oficial, por supuesto, no es ese, sino Casa de Reposo Isla de Goz. Resulta paradójico, porque nadie necesita reposar en aquel lugar. Todos tienen aspecto de llevar mucho tiempo esperando algo. Esperando hasta el infinito a que su reposo concluya.

Quince ancianos. Los quince existen sin variación en los cuadernos de Coarasa. He repasado nombres e historias clínicas; concuerdan. Hace ya cuatro años que Coarasa se marchó. ¿Es que allí no se muere nadie?

Me ha recibido la directora, una mujer de metro cincuenta, melena caoba y modales de madre superiora. Su despacho olía a una fragancia aceitosa y dulzona. No se ha mostrado nerviosa por mi visita. Me ha preguntado si me he instalado solo, como Coarasa. Cuando he asentido, ha sonreído y, nada más sonreír, le ha dado el hipo, un hipo que le dificultaba el habla, le cortaba las palabras, que ha intentado disimular sin éxito toqueteando un pisapapeles en forma de escarabajo egipcio.

—¿Le ocurre a menudo lo del hipo?

—No, no. No es nada.

Dos cuidadoras me han enseñado la residencia. La primera de

ellas, muy joven, se ha escabullido por un cruce de pasillos en cuanto ha tenido ocasión. La otra es Irina. Tiene el cabello rubio casi albino. Me ha estrechado una mano grande de lanzadora de disco con la que voltear cuerpos que no se resisten pero tampoco colaboran. Durante toda la visita Irina me ha ido guiando, me ha presentado a los residentes conforme nos topábamos con ellos. He anotado sus nombres, sus dolencias, pero respecto a las edades me remite a los ficheros que la directora guarda bajo llave. Irina me ha parecido la dueña de todo, la única capaz de solventar mis dudas.

En la primera planta hay una extensión de la residencia, una terraza descubierta con mecedoras. Incluso en los días de climatología adversa los ancianos que aún caminan salen afuera, se mecen con una manta en las rodillas y supervisan las olas hasta quedarse dormidos. La terraza, lisa y amplia, me recuerda a la pista de despegue de un aeropuerto.

Irina me informa de que más de la mitad de los residentes sufren distintos tipos de demencia senil —«se les ha ido la cabeza», son sus palabras— y que los más «tocados» ocupan las habitaciones del primer piso, las más próximas a la terraza. No pregunto por qué. Un paso menos hacia el cielo.

No me he acercado demasiado, los he examinado a distancia. Me veían deambular entre ellos. Algunos no tenían mirada, solo tenían ojos. No he despertado ninguna curiosidad, ninguna pregunta. He hecho una cura —un pulgar que supura, ¿desde hace cuántos días?—. He tomado la tensión al azar —catorce nueve, dentro de los parámetros normales— a una anciana muy maquillada y locuaz, algo inhabitual entre las personas que estoy conociendo en este lugar. He revisado sus tablas de medicación y la lista de las enfermedades más comunes (diabetes, hipertensión, artritis, párkinson, demencia, insuficiencias), aunque la mayoría posee una colección de ellas.

En el barco que me aleja de la isla me acuerdo de repente: he olvidado pasar por el despacho de la directora, consultar los dosieres, anotar sus edades, pero todos ellos son octogenarios, nonagenarios, rozan el siglo —o el fin de siglo—. Están aburridos, son viejos, no parecen demasiado enfermos.

En el hostal dormí bocabajo.

Al amanecer la niebla se había dispersado. Un sol rotundo golpeaba el balcón. Los contornos eran ahora firmes, seguros. En el cielo se perseguían las nubes, espesas cabelleras canas, unas tras otras. A mano izquierda se extendían ondulaciones de hierba, colinas, bosquecillos aislados, hileras de setos que parcelaban terrenos. A Teresa le habría parecido bello. Quise compartirlo con ella.

A pocos kilómetros de la costa avisté una isla rocosa pero habitada que cortaba el horizonte rectilíneo. Bandadas de vencejos revoloteaban en lo alto. Desplegué el folleto sobre la mesilla y leí: «Isla de Goz, perteneciente a la comarca de Punta Albatros, situada a tres millas náuticas del continente, de dos kilómetros de ancho y cinco de largo en su extensión máxima, con una altitud media de cuarenta metros, que desciende al nivel del mar en su extremo sureste, en la conocida como playa de las Damas».

En la otra cara del folleto se describían las actividades turísticas de la zona (avistamiento de aves, surf, paseos en barca, deportes aéreos —parapente—) y el equipamiento del hostal (restaurante, calefacción, vistas panorámicas, piano bar, piscina de temporada). Me pregunté por la ubicación de la misteriosa piscina, que no divisaba desde mi balcón. Me pregunté si los habitantes de la isla enfermarían y en qué barco iría a pasar consulta.

De mi maleta abierta sobre la moqueta brotaban sin orden los zapatos, la ropa, una revista, el desodorante. Me había costado dormir: primero asediado por una quietud inhabitual y, cuando el día se intuía ya, por la luz entre las cortinas.

Los ancianos son para mí una especie ajena.

No conocí a mis abuelos, ya estaban muertos cuando nací. Había fotos de ellos en casa, fotos de estudio, de sus bodas, de sus bodas de plata. Tenían cincuenta, cincuenta y cinco, sesenta años

cuando murieron. No se llegaron a preocupar por la alopecia, conservaban todo el cabello brillante peinado hacia atrás. Gafas rectas, pisacorbatas, un falso cuello de visón, pendientes de perlas. Una dentadura mala pero la suya. Una piel tersa.

Mis padres nunca llegaron a viejos. Mi madre murió de repente en la cola de la carnicería. Se desplomó. Cuando las asistencias aparecieron, todavía sostenía en la mano la lista de la compra: medio kilo de lomo, doscientos cincuenta gramos de chorizo, tres filetes para empanar. Su corazón albergaba una válvula mitral defectuosa, estenosada, algo que mi padre y yo desconocíamos.

Mientras escribo esto, me descubro una vena prominente en el dorso de la mano. No estaba ayer ahí o no abultaba tanto. La empujo hacia dentro, pero no se esconde, vuelve a aparecer obstinada, emerge.

Lo primero que hago al regresar de Goz es suscribirme a la revista de la Asociación Nacional de Geriatría y Gerontología. No recuerdo nada de lo que me examiné en la carrera.

En todas las consultas médicas hay carteles. Contienen imágenes de niños sanos comiendo manzanas a mordiscos, vasos de tubo que provocan temblores a los alcohólicos, madres lactantes con pechos descubiertos y una sonrisa en los labios. Algunos de ellos transmiten mensajes: ¿QUIERES DEJAR DE FUMAR Y NO SABES CÓMO?, EVITAR LA OBESIDAD ESTÁ EN TU MANO o VACÚNESE YA FRENTE A LA GRIPE.

Una vez trabajé en un centro de salud en el que colgaron un cartel: EVITE VENIR EN VACACIONES. Los médicos titulares se iban a esquiar y era difícil contratar suplentes.

En la consulta de Coarasa no hay nada, salvo los relojes: los de pared, los de péndulo, los de sobremesa. Mi favorito está dentro de una escribanía: sobre un reloj en forma de escafandra se apoya un bolígrafo que aún escribe. Pero ninguno de los relojes funciona. Si los pusiese en marcha, si les diese cuerda o sustituyese la pila, nos dirían que el tiempo pasa y hace todas las huidas inútiles.

La furgoneta de Celso me transportó al faro.

Nos alejamos del hostal por una carretera oscilante horadada de baches. Después de recorrer unos kilómetros recubiertos de árboles, volvimos a acercarnos al océano y divisé de nuevo la isla de Goz. El camino se hizo más terroso, los eucaliptos se dispersaron y los arbustos de malvas se elevaron a ambas márgenes del camino. En el trayecto releí la carta de la Comarca con su escudo del barco y el ancla enorme, desproporcionada: «El consultorio y su vivienda se ubican en el antiguo faro terrestre en desuso». Y de repente se mostró ante mí: una casa de una sola planta adosada a una torre con una linterna en lo alto.

—Espero que le guste el color —dijo Celso, orgulloso—. Lo elegí yo.

La puerta y las dos ventanas con los postigos cerrados estaban pintadas de color azul.

Empujé la verja como un intruso. De uno de sus extremos colgaba un buzón metálico. Me acerqué y pude leer DOCTOR COARASA. Tiré, la tarjeta se desprendió con la facilidad de una escama. Me metí en el bolsillo la bola de papel.

Subí los tres escalones de la entrada sin ilusión. Era inevitable para mí ver todo aquello como un exilio, como un castigo.

El interior parecía detenido por la oscuridad. Celso me dejó solo en la entrada mientras abría fallebas, ventanas, puertas y postigos, y la luz iba encharcando las estancias. La sala de espera y la consulta se encontraban a mano derecha, en el lado de la casa al que estaba anexado el faro. A la izquierda había una pequeña cocina, un dormitorio y un cuarto de baño. Los muebles eran escasos y antiguos, con un halo de herencia. Aquella residencia, tan minúscula que se recorría en dos zancadas, me resultaba por completo extraña, tan fría como el invierno que me esperaba, tan inhóspita como una prisión. Accedí a la consulta con los hombros abatidos y cerré la puerta a mis espaldas. Abrí cajones y luego nada. Me embargó un deseo muy fuerte de ser perdonado.

—Doctor, venga.

Celso se había apoyado en un mueble de madera cuya vitrina contenía muchos relojes antiguos, una colección de diferentes tamaños y estilos, todos parados, todos marcando una hora distinta. Las seis en punto, las dos y veinte, las once menos cuarto. La trastienda de una relojería.

—¿Y todos estos trastos? —pregunté.

—El doctor Coarasa los compraba o se los regalaban. Hay más en la consulta. Se fueron parando uno a uno.

Celso me llamaba por otra cuestión. Me tendió un mando a distancia y dio unas palmadas a un televisor pesado, de tubo, de los que ya no se estilan.

—No sé cómo andará de pilas. Si necesita que las cambie, me avisa.

Las pilas funcionaban, pero solo se sintonizaban dos canales con una señal muy débil. Las siluetas de los presentadores, los colores de los anuncios, se hundían en una niebla gris y a continuación, faltos de fuelle, se esfumaban. Los rayajos atravesaban la pantalla al compás de un zumbido metálico.

Me despierto temprano. La cama del dormitorio me recuerda a la de mis padres: demasiado pequeña para contener a dos personas, con un cabezal agujereado por la carcoma.

Me desnudo. Giro el grifo. Procuro no abrir mucho los ojos. El repiqueteo de la ducha, la loza helada. Las puertas de las habitaciones no cierran bien, la humedad hincha la madera y los resbalones no encajan del todo. Desayuno siempre lo mismo: el café con leche hirviendo cuya nata, pegada a la taza, me encuentro ya reseca en la pila del fregadero por la tarde.

Espero que me sobresalte la bocina de algún vehículo. Alguien transportando a un lugareño malherido, una quemadura, un corte, un dolor de muelas, un infarto. Nada de eso ocurre. A veces diviso a lo lejos por la carretera del cabo un camión pequeño, una bicicleta. Los imagino circular sin otro cometido que vigilarme, controlar mi presencia, comprobar que no he huido a la manera

sigilosa de Coarasa. Tiendo la colada y me olvido de recogerla.

Por la tarde, en una carrera contra la luz declinante, doy un paseo por los alrededores. El fantasma de Teresa se me aparece, intercambiamos frases cortas, frases prácticas («¿Llevas la llave?», «Cojo paraguas», «¿Has cerrado tú la verja?»), pero me doy cuenta de que estoy solo. No me acostumbro a vivir en un lugar en el que las puertas de las casas nunca se cierran por dentro y las llaves de los coches se guardan en la ranura del contacto.

Conforme me alejo, conforme la torre del faro inservible se empequeñece, noto la sangre correr de nuevo por mis piernas. El frescor del mar penetra en mis pulmones. Salgo del camino y me desvío. ¿Hacia la izquierda o hacia la derecha? No me cruzo con nadie, como mucho algún utilitario, una moto cuyo petardeo barre el viento. A veces la furgoneta de Celso me adelanta con dos pitadas cortas, y me tengo que orillar parado en el arcén hasta que me sobrepasa.

Las hierbas me rozan las rodillas. Los senderos se bifurcan, bajan a los acantilados y se cortan en el vacío. Cada vez más olorosos, más abiertos a las olas, menos practicables, conducen a la ruta del cabo. Las gaviotas me persiguen alocadas, sobrevuelan mi cabeza en círculos.

El viento es tan violento que me erosiona las mejillas. No puedo permanecer allí mucho rato, me veo obligado a dar la vuelta. Las corrientes solo toleran la vegetación más agreste, la que no osa crecer más de unos centímetros.

Hoy he visto un tejón atropellado. Apoyaba su hocico sobre un charco de sangre seca color cereza. El viento ondulaba el pelo de su lomo, como si todavía estuviera vivo. En cuclillas lo he acariciado despacio. Su cuerpo aún humeaba.

Recuerdo a mi padre la mañana que salió del hospital, repartiendo puros por los pasillos, en las salas de espera, dentro del cuartito de control de las enfermeras.

—Gracias, pero no fumo.

—Pues es un día maravilloso para empezar.

Lo decía con su único pulmón y un hilo de voz, del brazo de Consuelo, que vestía un abrigo de mi madre. Le quedaba demasiado holgado, parecía un disfraz.

En casa se encendió uno de aquellos habanos. El salón se llenó de humo. Comenzó a toser tanto que tuvo que dejarlo. Consuelo se acercó a él, pensé que corría para calmarlo, pero aprovechó el ataque para coger a hurtadillas el puro del cenicero y echarlo al inodoro. Si en los comienzos de su relación había habido algo de secreto, de misterio, de suspense, se había reducido a eso: a arrojarle a escondidas el puro al retrete. Tiró de la cadena. El puro se deshacía, se deshilachaba, pero no se iba. Hicieron falta tres cisternas enteras con sus consiguientes recargas. Mi padre continuaba tosiendo.

Consuelo y mi padre se casaron trece meses después de la muerte de mi madre.

Mi padre se reía de los médicos. Los trataba como un jefe, no les tenía ningún respeto, ninguna reverencia, ningún miedo. No creía en ellos de la misma manera socarrona en que no creía en Dios ni en su propia salvación. Todos sin excepción, decía, estaban trastornados, les fascinaba la enfermedad, contemplaban embelesados la evolución de los tumores que, como flores abiertas, carnívoras, devoraban el órgano canceroso. Siempre dispuestos a operar, a cortar la piel, a revolver y succionar el pus, a romper el hueso y volverlo a unir. Deseosos de experimentar la totalidad de los síntomas: el vértigo, la punzada, el flujo, la rigidez, la comezón, la tiritona.

Penetro en la residencia de Goz con el sigilo de un ladrón, pero es en vano.

En cuanto atravieso el umbral, la directora me intercepta. Me hace pasar a su despacho. Me sienta en uno de los dos incómodos confidentes mientras ella ocupa su gran butacón. Dejo mi maletín entre las piernas, un perro paciente. La charla puede durar unos minutos o alargarse más de media hora. Me habla con palabras grandilocuentes de la residencia, de su historia, del «trabajo en

equipo como filosofía organizacional», un equipo «humano y técnico» del que formo parte y que ella lidera con éxito gracias a su «capacidad de planificación, eficacia y carisma». Desconozco a qué se refiere cuando menciona al equipo técnico por contraposición al humano, si está reconociendo su inestimable entrega a las lavadoras industriales o a los quemadores donde hierve el consomé. No puedo dejar de mirar sus uñas, unas uñas desagradables, muy cortas, muy romas. Le gustan los símiles ajedrecísticos para calificar a los trabajadores de Goz: todos y cada uno de nosotros representamos piezas distintas dependiendo de nuestro valor, de nuestra utilidad. Torres, alfiles, caballos, peones. Ella se tiene por la reina, no tengo duda. ¿En qué categoría me encuadrará a mí? Escucho sus palabras, me descubro asintiendo, queriendo quedar bien. Rezo por que le sobrevenga un incapacitante ataque de hipo.

Un apunte taimado sobre el desaparecido Coarasa suele anunciar el final de la charla.

—El doctor Coarasa, dondequiera que se encuentre, no llegó a entender estos conceptos.

Enseguida me soltará y podré comenzar mis citas.

La dejo en su trono giratorio manoseando el escarabajo egipcio de la inmortalidad.

—Ah, doctor, y no olvide pasar por mi despacho a la salida para entregarme sus informes.

En dos ocasiones consigo darle esquinazo con la ayuda de Irina. No tendré tanta suerte la tercera.

Un motor se aproxima. Levanto la cabeza, miro por la ventana. La furgoneta aparca bajo el castaño de hojas marrones. Las castañas caen azotadas por el viento, algunas aún abrigadas en sus erizos. Celso baja. La lluvia débil lo moja, pero no se cubre con nada. Carga con bolsas: la compra, mi compra. Lleva un sobre debajo del brazo. Se lo mete entre su cuerpo y el chubasquero. Quizá, una de las revistas médicas a las que estoy suscrito. Algunas llegan todavía a nombre de Coarasa. El cartero las deja en el hostal, dice que la

ruta hasta el faro es larga y sinuosa, que no le da tiempo a recorrerla entera.

Las gotas de su chubasquero van marcando una senda dubitante sobre la tarima. Él mismo coloca todo en las estanterías y prepara las tazas. La cafetera borbotea. Tomamos café en la cocina.

Al rato me pide pasar a la consulta.

—Tome asiento. Lo escucho.

Durante mi época como internista había un profesor, el doctor Alsina, que nunca decía a sus pacientes: «¿Qué le pasa?» o «¿Dónde le duele?», siempre decía: «Lo escucho». Lo apodábamos San Alsina, porque juntaba las manos para hablar, entrelazaba los dedos en oración perpetua y se concentraba hasta tal punto en lo que nos transmitía que cerraba los ojos y se olvidaba de abrirlos de nuevo. Intento acordarme de sus palabras, intento decir lo mismo; no siempre lo consigo.

Repaso de memoria los cuadernos de Coarasa. Busco alguna referencia a Celso, a su historia clínica, algo que me guíe. No existe.

—Nunca vine a su consulta. Tenía mi edad. Hablábamos de otras cosas.

Hace una pausa. Levanta la mirada hacia mí.

—Pero usted es diferente. Usted es joven. Un médico joven por fuerza tiene que saber más cosas que uno viejo.

A Celso le cuesta dormir. La lista de tranquilizantes, sedantes, antihistamínicos que le puedo recetar es larga.

—¿Desde cuándo le sucede?

—Desde la muerte de Cristina.

Separa las manos.

—Pero ya lo he arreglado, ¿sabe? Ahora duermo en su lado de la cama. De esta manera el hueco que veo vacío cuando me acuesto es el mío.

Le pido que se remangue hasta más arriba del codo. Le coloco el brazalete. Ambos callamos mientras aprieto la perilla de goma. El pulso desaparece para retornar poco a poco. Apunto la tensión. Le pido que se desnude, que suba a la báscula. Su cojera es firme.

—¿Y su pierna?

—Ah, esto. No es nada. Un esguince antiguo mal curado.

—¿Le duele?

—Normalmente, no. Pero a veces me levanto con un dolor punzante que no me abandona hasta que me acuesto y entonces mi cojera se hace fuerte. Dura uno o dos días, luego se marcha.

Se tumba en la camilla.

—¿Cómo se lo hizo?

—Hace cuarenta años en el acantilado. Me caí como un idiota. Tardé en ir al médico y algo no acabó de soldar bien dentro.

—Una herida de guerra —bromeo.

—Nunca mejor dicho.

Mientras le palpo la rótula, me señala una mancha de humedad en el techo. Hay dos o tres capas de pintura, la pintura blanca más reciente esconde otra capa amarillenta. Se lamenta por no haberla detectado antes de mi venida. Me promete repintarla.

—Ya puede vestirse.

Le pregunto si fuma («Un poco»), si bebe («Lo normal»), qué come («Peor que cuando vivía Cristina»), de qué murieron sus padres («De viejos»).

—¿Hace deporte?

Se sonríe y me siento estúpido por mi pregunta. Otra vez caigo en la cuenta de que no estoy en la ciudad, de que aquí todo es distinto. No hay peajes, ni mendigos, ni huelgas de transporte, pero tampoco los asideros acostumbrados.

Celso se viste: la camisa de cuadros sobre la camiseta interior de tirantes, los botones de abajo arriba en los ojales. Enfila los pantalones, un agujero de su cinturón está más desgastado que los demás. Su chubasquero ya se ha secado.

Celso es mi primer paciente.

Me he desabrochado la bata, la he colgado en la percha, la he metido en el armario.

Celso se ha ofrecido a lavar las tazas, pero le he dicho que no

se molestase. El agua resbala muy fría por mis manos y es difícil de secar.

Un día volví a ver a San Alsina, muchos años después de que me hubiera dado clase. Nos encontramos en el teatro. Un colega del hospital, un neumólogo, se deshacía de las entradas que había comprado con su exmujer a principios de temporada. Durante meses me había confesado sus problemas, sus angustias, y siempre concluía con la misma frase: «Mi matrimonio me ahoga», y en ese instante yo tenía que desviar la mirada, aguantar la risa floja. Un neumólogo falto de aire, no se daba cuenta de lo cómico que resultaba. Cuando se divorció, cerró el chalé, regaló la gata, echó lejía en las plantas para que muriesen deprisa. Y se deshizo del abono del teatro.

Teresa y yo asistimos a nuestro primer espectáculo de danza contemporánea. En el entreacto lo vi, a San Alsina, solo, su barba gris, las manos juntas. Había algo raro en él, algo que faltaba. Enseguida lo comprendí: no llevaba la bata blanca, abierta, con el bolsillo cargado de bolígrafos. Me acerqué a él. Supe que no me reconocería. En todo momento me había parecido un anciano, cuando me daba clase y entonces. No sé si consiguió ubicarme. Le presenté a Teresa, que tras los saludos iniciales se apartó con discreción hacia las esculturas que decoraban los pasillos. Le conté que trabajaba en el hospital. Él llevaba una eternidad jubilado. Me preguntó por mis padres, a quienes sin duda no conocía, por los hijos que Teresa y yo no teníamos. Le respondí que todos estaban bien, le di las gracias.

Sonó una campanita y una voz en *off* nos animó a ocupar nuestros asientos. La pausa había finalizado; el espectáculo se retomaría en unos minutos. San Alsina, obediente, juntó las manos, dio media vuelta y se marchó. Tal vez iba con los ojos cerrados, tal vez había desarrollado la capacidad de los animales ciegos para guiarse en la oscuridad.

No pasa un día sin que lo recuerde al ponerme o quitarme la bata blanca.

Teresa cocinaba bien, pero yo no sé ni freír un huevo.

Como y ceno en el hostal, en la mesa contigua al ventanal que posee la mejor panorámica del acantilado. Lo cubre la niebla, lo azota la ventisca, lo despeina la lluvia, lo iluminan los haces oblicuos de sol. Detrás de la cortina, una trona olvidada, tan nueva, tan por estrenar, que me pregunto si algún niño ha comido en ella. Este no resulta un destino demasiado familiar.

Salgo afuera, al camino de grava por el que el taxi echó marcha atrás la primera noche.

El hostal está rodeado de prados sin cultivar de un verde tupido, salpicados de pequeñas flores agrestes, amarillas y violetas. Numerosas gaviotas sobrevuelan, de un tamaño colosal, como no he visto nunca en ningún otro litoral, de una envergadura propia de especies de otras latitudes. Planean sobre el tejado y de pronto se lanzan en picado a la profundidad de las olas y desaparecen. Por estas aves, me informa Celso, el cabo se denomina Punta Albatros y el hostal, por extensión, ha adoptado el mismo nombre. Es una casa rural reconvertida en alojamiento turístico: sus cortinas estampadas con hojas de acanto, sus balcones de hierro negro, las tejas rojizas a dos aguas, los maceteros rebosantes de geranios y una terraza que Celso llama con afectación «la veranda» (cuatro postes que sostienen una techumbre, una mesita redonda, dos sillas de forja).

Las habitaciones, no más de diez, se sitúan en el primer piso. En la planta baja se encuentra el despacho de Celso, el comedor y la sala de televisión.

En temporada alta Celso llega a colgar el cartel de completo. Su sobrina lo ayuda con la limpieza, pasa el aspirador cuando los huéspedes se marchan de excursión. Todos madrugan, desayunan deprisa y hacen senderismo, se tiran en parapente por los acantilados. De mediana edad, en buena forma, sin hijos, interesados por la naturaleza, provistos de bastones para marchas de largo recorrido, se alojan una o dos noches, después retoman el viaje. Existe una ruta que bordea la costa de norte a sur, doscientos kilómetros de pistas entre faros y desniveles abruptos con el mar siempre al oeste. En algunos casos viajan en caravana, pero

anhelan una ducha caliente o una cama de verdad por una noche. En esos meses los vehículos copan la entrada, aparcan en los arcenes de la carretera. Las gaviotas se animan, bosquejan círculos en el tapiz azul del cielo. A los turistas les resulta pintoresco, les toman fotos. De vuelta en la oficina estamparán con esas instantáneas la grisura de sus fondos de pantalla.

—El invierno es otra cosa —dice.

Hablo con Celso. Necesito a su sobrina.

Antes de mis encuentros con Olga, me recreaba en imaginarlos. Fingía que no la conocía, que era una extraña con la que nunca me había acostado. La vestía y la peinaba igual que las niñas con sus muñecas. Le sujetaba el cabello en un recogido muy fácil de quitar. Su nuca quedaba a la vista. Le abotonaba un abrigo ligero para luego desabotonárselo. Le subía la cremallera de un vestido escotado. Me veía a mí mismo, veía mis manos deslizando los tirantes fuera de sus hombros en el ascensor. Le descubría un lunar nuevo en la clavícula, lo lamía en espiral. Su espalda se curvaba en el espejo.

El deseo me dominaba.

Me prometía cosas que no cumplía: que quedaríamos a tomar café en un lugar poco concurrido, que tendríamos una charla sobre nuestras comidas favoritas, que solo tocaría sus yemas, que la invitaría al cine, que la besaría con los ojos cerrados, que memorizaría la delineación de sus cejas.

Después nada sucedía del modo recreado. A fuerza de imaginar, el rostro de Olga se me ha ido borrando.

El viento se ha apaciguado legando tras de sí un olor atlántico. Los parapentistas aprovechan los últimos días sosegados del otoño para lanzarse a volar. Se deslizan desde lo alto del acantilado, desde las dos cruces de hierro paralelas, muy oxidadas. No son cruces: son recordatorios de los marineros a los que se ha tragado el mar.

El sendero que desciende a la playa de Nadie se inclina tanto

que me tengo que agachar con el fin de no tropezar.

—Lánzate —grito—. Así no te caes.

Estoy solo. Me lo habría gritado Teresa de encontrarse conmigo. Me habría dado la mano para descender las pendientes más pronunciadas, sembradas de piedras y hierbas húmedas. Me habría hecho notar las espaldas de las colinas, los mantos de flores diminutas, de un añil profundo y un amarillo tenue.

Resbalo en un par de ocasiones, pero me levanto y continúo hasta la playa. Las olas están en calma. Me acerco a la orilla del mar, muy quieto en ese momento. El agua se filtra entre las piedras. Los parapentistas descienden; la brisa los impulsa hacia la otra cala y ya no los diviso. La isla de Goz es un meteorito caído en pleno océano.

Me acuclillo. Entre los guijarros hay algas secas y valvas de ostras rajadas y rotas. Recojo una concha, doy dos pasos hacia delante y la lanzo a las olas. Ese misterio de vida sin vida se hunde sin salpicar.

Ignoro por dónde aparecen los perrazos, si por el mismo sendero inclinado por el que he accedido a la playa o por otro. Se dirigen a toda velocidad hacia mí con las mandíbulas abiertas y las lenguas fuera arrastradas por la velocidad. A diferencia de los pies humanos, sus garras se aferran a las piedras, los propulsan hacia adelante, la inestabilidad del suelo no los hace trastabillar. Contengo la respiración. Mi pecho se contrae debajo del chubasquero, noto el calor que emana. Para mi sorpresa, al alcanzar mi altura, los perros se desvían y comienzan a ladrar con fuerza a las olas. Muy similares, de una fealdad feroz, son dos machos de presa con el lomo musculado y un pelo corto, duro, color ladrillo. Algo falta en sus cabezas: sus orejas cortadas son las piezas perdidas del puzle; en su ausencia queda solo un orificio, un pozo retorcido. Cabecean con violencia, parecen odiar el mar, el agua, con todas sus fuerzas. No tienen ningún tipo de collar.

Me quedo observándolos, esa energía fabulosa en movimiento, el silencio roto por los ladridos inagotables. Los latidos de mi corazón se calman con desconfianza tras haberme creído presa.

A los días le pregunto a Celso por la pareja de perros.

—Son los de la vieja herrería.

Hay tan pocas construcciones en el entorno que es imposible no percatarse del barracón al oeste del cabo. Al principio me pareció una antigua fábrica o una granja abandonada.

—Unas malas bestias —añade—. Los perros y el dueño. Un tipo no de por aquí. Jamás saluda. Llegó de ninguna parte y se instaló.

—Contará con autorización de la Comarca, ¿no?

Celso se muestra ofendido.

—Dentro no hay nada, ¿sabe? Ni agua, ni calefacción, ni luz. Amontona chatarra. Un camión viene cada quince días, carga lo que puede y se vuelve. Usted no lo ha visto, pero a veces sube un humo negro delante de la entrada. Apostaría a que quema neumáticos. ¿No se necesita un permiso especial para eso?

Me descubro en medio de una enemistad inveterada. No sé qué decir. Mi falta de posicionamiento lo enoja.

En la playa, tras un fuerte silbido, los animales alzaron los hocicos y recularon. Azuzados por un ente invisible abandonaron la playa, ascendieron el repecho sin esfuerzo y desaparecieron de mi vista. De dónde procedía el silbido es algo que no puedo precisar.

—Pero, ahora caigo, usted ya lo conoce.

Las palabras de Celso me hacen desconfiar. No conozco a casi nadie. Sin duda se equivoca.

—Es el barquero que le lleva y le trae de Goz cada miércoles.

En las notas de Coarasa leo que dos relojes de péndulo se sincronizan cuando están juntos, se acompasan y por lo tanto retrasan o adelantan a la misma velocidad. No se trata de un error de funcionamiento, sino que las ondas sonoras alteran el movimiento pendular y provocan que ambos péndulos se ajusten.

En los coros los corazones se sincronizan, porque el pulso baja cuando un cantante exhala y sube cuando inhala. Los latidos siguen la estructura de la partitura.

Los pulpos tienen tres corazones. Uno de ellos se encarga de bombear la sangre oxigenada al cuerpo, mientras que los otros dos transportan la sangre sin oxígeno a las branquias.

Tres corazones. ¿Y yo tendré alguno?

Laura, la sobrina de Celso, viene dos veces por semana. La recibo en la puerta, la invito a un café, lo declina. Es nuestra rutina: yo se lo ofrezco, ella lo rechaza. Parece siempre asediada por una prisa inconcreta. Pone música, un CD en la cadena o la radio. No le gusta la conversación, pero tampoco el silencio. De forma tácita me obliga a desplazarme de habitación en habitación, me expulsa de donde me encuentro, me va persiguiendo. Al final me veo abocado a salir y ella permanece dentro. Ha conseguido vencerme: toma la casa.

El viernes le dejo el dinero en la encimera. Al principio lo metía en un sobre con su nombre. Si no tengo justo, redondeo siempre a su favor.

No se despide. Apaga la música y se marcha sigilosa. El lunes me trae la vuelta por más que insisto en que no es necesario.

Cuando me acuesto, la cama está hecha, las sábanas tan estiradas que crujen. El pijama debajo de la almohada, del mismo modo en que lo colocaba mi madre.

Teresa tenía una manía. Si yo madrugaba, se levantaba también temprano, cinco minutos antes de que me marchase por la puerta, y se quedaba de pie en la ventana. Corría las cortinas, lo justo para que yo la distinguiese ahí, en camisón. Los pies se le enfriaban sobre el embaldosado de la cocina, bostezaba. Yo atravesaba la plaza desierta, sin niños atestando los columpios, ni balones, ni gritos. Antes de desaparecer por las escaleras de acceso al *parking*, me volvía y allí estaba ella con la luz tenue de la cocina de fondo. Nunca me decía adiós con la mano. Era una costumbre que al principio me molestaba, por la razón culpable de que yo olvidaba girarme para verla, o me acordaba demasiado tarde, al arrancar el

coche.

Los miércoles, cuando salgo del faro en dirección a la isla de Goz, me vuelvo en el último instante por costumbre. Estará en la ventana, pienso, con esa estúpida manía suya de sorprenderme por la espalda.

Soy despistado. A menudo me veo obligado a retroceder sobre mis pasos. Me he dejado algo: la funda de las gafas, el fonendo, la pluma, el cuaderno.

Sacaba mis llaves, pero no eran necesarias. Teresa abría la puerta, y me tendía lo que fuera que hubiese olvidado. Sabía antes que yo lo que me faltaba. Me daba un beso sobre la piel afeitada con prisas. Estaba despeinada. Le acariciaba la mejilla con mi dedo índice, recorría las marcas recientes de la almohada sobre su rostro.

Si Teresa estuviese aquí, sus ojos perseguirían la estela del fueraborda hasta que desapareciese entre las nieblas. Yo me encuentro en la cabina a refugio de las olas, las manos en los bolsillos.

El estruendo del motor nos impide mantener al barquero y a mí una conversación que rehusamos.

Malgasto muchas horas escribiendo en la consulta.

Mi espalda se arquea sobre el escritorio. La puerta de la sala de espera no está cerrada del todo en la esperanza de que arribe algún paciente. El mentón sobre la palma. Mi mano derecha corre vertiginosa sobre el cuaderno, avanzo, dudo, busco la palabra justa, continúo. A veces retrocedo sobre lo escrito y lo tacho con tres trazos fuertes como deseando eliminar, más que las palabras, la idea que las ha generado. Uso la estilográfica que me regaló Teresa en nuestro primer aniversario de casados: una pluma negra con ribetes plateados, grabada con nuestras dos iniciales superpuestas, T y G.

La ventana refleja el desorden de mi pelo. Me lo aplasto con las dos

manos sin éxito. Cojo la cafetera, la abro, se cae al suelo el depósito del agua.

—Suerte que no lo he llenado todavía —digo.

Laura levanta la mirada de la tabla. Coloca la plancha en posición vertical. Me quita la cafetera de las manos, rellena el recipiente para el café, la cierra, enciende el fuego. Vuelve a su plancha sin pronunciar palabra.

—¿No habrá visto por casualidad mi pluma?

En la consulta no está.

—¿Le apetece un café?

Niega con la cabeza.

De vuelta en el dormitorio estiro las sábanas, finjo hacer un poco la cama. Encuentro la pluma sobre la colcha.

Le pregunto a Laura qué médico la trata.

—Ninguno. No he estado enferma en toda mi vida.

Luego se detiene. De la plancha emerge un vapor espeso que se pega a los cristales.

—Bueno, sí, una vez hace ya varios años —dice—, pero fue un accidente.

Era agosto. Limpiaba un altillo en el hostal cuando la escalera se ladeó. Se rompió la cabeza del húmero. Recordaba un dolor terrible, un escalofrío profundo. Recordaba haber gritado. Me parece imposible que esta mujer tan moderada sea capaz de gritar, pero la creo. Celso llamó al doctor Coarasa. Este le puso una inyección y un comprimido bajo la lengua. La ambulancia tardaba. Cuando el dolor se hizo más soportable, la trasladó él mismo hasta Lindes, recostada sobre el brazo sano en los asientos traseros del viejo Volvo.

—Allí me operaron. Estuve algún tiempo ingresada. Cuando volví, quise darle las gracias al doctor, pero ya no estaba.

Desenchufa la plancha. El piloto rojo se extingue. Dobla las toallas en rectángulos perfectos y las coloca en el armario del cuarto de baño.

Deposito la taza en la pila. En cuanto me despiste, ya estará fregada.

Subo la escalera de caracol del faro para ver el horizonte, creo poder tocar las gaviotas.

Salgo afuera, el patio, la verja. Todo está en su lugar.

Me gusta ver el coche de Laura aparcado aquí, un tapacubos perdido por alguna cuneta, sus dos sillitas infantiles en los asientos traseros.

2

Escarbo dentro del buzón a pesar de que Celso me trae las cartas. Al sacar la mano no hay nada. Como mucho, una hoja seca, piedritas desplazadas por el viento, una araña muerta con la tela sin terminar. Me pregunto si Teresa me echará de menos, si habrá rastreado mis pasos hasta esta costa remota. Me siento estúpido.

Los pacientes empiezan a llegar. No más de uno o dos cada mañana, tres a lo sumo, pero acuden.

El teléfono cuelga de la pared de la cocina. Si estoy en consulta, tengo que levantarme a cogerlo. El timbre es débil, cuesta escuchar al que llama. En ocasiones se entrecorta y los días de fuerte viento, cuando las cuerdas del tendedero se revuelven y las sábanas se enrollan sobre sí mismas, sé que la señal se perderá.

Suena el teléfono. Anoto en una libreta el nombre, la dolencia, la hora de la cita. Los apellidos se repiten, las enfermedades, no. Algunos no quieren confesar lo que les sucede.

—Ya se lo contaré al doctor.

Son los hombres en especial los que dicen esto.

—Yo soy el doctor.

Algunos creen que Coarasa ha regresado.

Todos conocen el camino, mis indicaciones carecen de sentido.

Me entretengo elucubrando el aspecto del próximo paciente, si vendrá solo o acompañado, de qué color serán sus pantalones. Un coche, una furgoneta, un ciclomotor, un tractor aparca debajo del castaño, y se apea quienquiera que haya llamado. Conforme pasa el tiempo, mis conjeturas resultan cada vez más certeras.

Teresa viste una bata blanca y los conduce a la sala de espera. Me gusta imaginarlo. Les diría: «Siéntese, por favor. El doctor lo atenderá enseguida», mientras yo enrosco el capuchón de la pluma,

oculto el cuaderno en el cajón y les pido que entren.

Los pacientes no elevan el tono, cuentan sus intimidades sin alzar la voz.

Las consultas en Goz, sin embargo, son siempre las mismas. Voy conociendo a los residentes.

—¿Tiene usted hijos? —dice la anciana maquillada—. Yo he tenido tres. Tres chicos, los tres varones. Más conformistas, menos problemáticos, sobre todo de adolescentes. Durante un tiempo deseé una niña, pero ahora ya no, es mejor así. Dejadme aquí, les dije, en la residencia, pagad la cuota y dejadme tranquila, y ninguno me ha llevado la contraria. ¿Usted cree que una hija me habría dejado en paz?, ¿eh? Son buenos chicos.

Me tiende el brazo. Carraspea para aclararse la garganta.

—¿Cuántos hijos opina usted que son necesarios para una mujer? Uno es poco. Dos es aburrido. Tres es un buen número. Más es demasiado.

Levanta un índice artrítico. Tiene las uñas largas pintadas con esmero.

—Mire la costa, ¿la ve? ¿Ve el acantilado? El de las dos cruces. Las cruces no, esas ya no las veo bien, pero sé que están ahí. Vaya a pasear por ese lugar usted que puede, ¿me hará el favor?

—Claro.

—Usted viene del interior, ¿verdad? Se nota. Mi marido vino del interior. Él me compró el primer paraguas que tuve. Yo no había tenido un paraguas en mi vida. Aquí llueve mucho, sabíamos lo que era un paraguas, pero no teníamos, nadie tenía uno. Te mantenías a cubierto, no salías. No hace falta salir con mal tiempo. Y si tenías que hacerlo, te mojabas y listo. No se crea que se llamaba al médico por tonterías. Te morías por cualquier cosa, por una mojadura, por una fiebre. Eso pasaba. Era el pan nuestro de cada día.

Recojo el tensiómetro. Me atrapa la mano entre las suyas.

—Y ahora, ya ve, usted y yo nos encontramos todas las

semanas.

Esboza una sonrisa huesuda, inocente.

—Esto está bien, ¿no le parece?

—¿A qué se refiere? —pregunto.

—A esto, a la residencia. Yo ya no deseo nada más, no quiero nada más. Mis hijos hacen sus vidas, tienen sus esposas, sus hijos, sus trabajos. Tengo tres hijos, ¿ya se lo he dicho? Tres varones. Ya no me pertenecen. He procurado no meterme demasiado en sus asuntos. Y tengo cinco nietos, pero no espero que vengan a visitarme, ni que me digan ¡qué buen aspecto tienes, abuela!

Se ríe. Su cordura me asombra. Su locuacidad me tonifica, me refresca. En su cháchara no hay ni un atisbo de amargura.

—Los nietos son de los mayores. Tres del mayor, dos del mediano. El pequeño, ese, no tiene suerte. Se separó, ¿sabe usted? Hizo bien. Aquella chica le daba mala vida. Ahora vive con otra, tienen una niña, bueno, la niña no es de mi hijo, sino de la chica, de otro novio anterior a mi hijo. Las cosas ahora son así. Han cambiado mucho desde mis años jóvenes.

La anciana maquillada continúa hablando por el pasillo cuando sale de la enfermería, a pesar de que ya no la escucho.

Aquellos que pueden caminar entran orgullosos de sostenerse aún por sus propios medios.

El señor Mauro sufre de cirrosis. Con la ayuda de Irina lo peso todos los miércoles. Un metro ochenta encorvado, cincuenta y dos kilos y bajando. Cada vez más delgado y, no obstante, por el vientre hinchado como un globo, necesita una talla más de pantalón.

Su hígado es una masa dura, granítica. Al palparlo, intuyo los nudos enfurecidos que lo tejen. Jura que dejó de beber hace años, desde que cerró la herrería. Me acuerdo de los perros trastornados y sin orejas. Le pido que abra la boca, que diga «aaaaa». Las aftas brillantes perlan la mucosa de sus labios, sus muelas siguen oliendo a alcohol rancio. Rechaza una nueva ecografía. Nunca llegó a someterse a la que le encargó Coarasa antes de desaparecer.

—No quiero ir a Lindes —dice—. Estoy bien aquí.

Añade:

—Y no quiero que le cuente nada a mi hijo.

Sale con la cabeza alta, con el aplomo de un general que se sabe derrotado antes de lanzar a sus soldados a morir. Es consciente de que no hay cura y no le importa demasiado, pero le atormenta el pudor cada vez que tiene que quedarse en calzoncillos ante mí.

La directora ha estado presente a los pies de la camilla. Desde hoy ejercerá cierta «supervisión de calidad con carácter puntual» sobre mi trabajo. «Más vale prevenir que curar.» No ha habido ninguna queja concreta.

No me he puesto en pie, no me he negado, no he empujado el confidente de una patada contra la pared, no he opuesto resistencia. No me he marchado del despacho con un portazo colérico. He esgrimido argumentos tales como la privacidad del paciente, su derecho a la intimidad.

—Permítame que le haga una confidencia —ha dicho la directora, reclinándose hacia atrás en su butacón—. Yo no aterricé aquí por mi propia voluntad. ¿Usted lo hizo? ¿Por qué vino a Punta Albatros? ¿Lo eligió libremente? No lo creo, nadie lo hace. Este litoral te expulsa, te repele. Pero yo he sabido aclimatarme, ¿sabe? He aprendido mucho de estos viejos, he sido capaz de transformarme en uno de ellos, hacerme de piedra, para poder imponer mis normas. Es la única manera de sobrevivir.

Su escarabajo pasaba de una mano a otra, una bola de malabares.

—Puede quedarse con el consejo. Se lo regalo.

—Lo tendré en cuenta.

—Ah, y sí, estoy orgullosa de mí misma. Usted, si es capaz de aguantar aquí, también lo estará. Es cuestión de paciencia, de fuerza, de resistencia. Es cuestión de sacar lo mejor de uno mismo, de ser constante, de ser fiel, de acatar las reglas, mis reglas. Y de no esperar que la cosa mejore. Porque no lo hará por sí sola.

Ha hecho una pausa. Quizá esperaba una intervención por mi parte.

—Usted no es demasiado conversador, ¿no? Bueno, no importa.

Luego ha mudado el tono.

—No hay nadie imprescindible, doctor. Téngalo en cuenta. Casi todas las piezas del ajedrez pueden ser sacrificadas.

He deseado escapar de ese despacho con olor a pachuli.

Estoy guardando las gafas en la funda. Las visitas han terminado por hoy.

—¿Le importaría hacerme un favor? —dice Irina—. ¿Le echaría un vistazo a mi hombro?

Lo dice como si no fuera parte de ella, como si fuera algo externo que no le perteneciese.

Vuelvo a ponerme las gafas y la observo.

Irina se desviste con parsimonia. La imagino ordeñando con la misma calma las ubres de una vaca en una aldea ucraniana, una adolescente con pañuelo en la cabeza y una trenza larguísima, la víspera del accidente de Chernóbil. Me gusta su mirada imperturbable, sin rastro de rencor, la mirada de alguien que podría perdonarlo todo.

Bajo el uniforme muestra una piel muy clara, muy seca. Una gruesa capa de grasa le acolcha los brazos ya de por sí grandes, lechosos, musculados. Hace mucho tiempo que una mujer no se quita una combinación en mi presencia; habría asegurado su extinción. Su sujetador es de color visón. Los pechos se le desbordan por los laterales de las copas. Huele a crema, a galleta. No tiene vello o lo tiene tan minúsculo, tan transparente, que mis ojos no alcanzan a percibirlo.

Su dolor le preocupa. Levanta el hombro izquierdo y su cara se retuerce. La punzada le aguijonea hasta el antebrazo.

Le giro la articulación, le pido que la levante setenta, ciento veinte grados, que ponga los brazos en cruz.

Lo anoto en mi cuaderno. Irina insiste en no querer ser mi paciente.

—No apunte nada. No quiero que acabe en manos de la directora.

Le explico que padece a buen seguro una tendinitis del músculo supraespinoso. Le recomiendo analgesia y reposo.

—Ya te puedes vestir.

La veo enfundarse de nuevo esa combinación de tiempos pretéritos. Se va aliviada, temía que el dolor del brazo respondiese a un infarto. Me lo confiesa con una sonrisa, pero su miedo era real.

—¿Nunca te has planteado volver a tu país? —le pregunto, sin saber a ciencia cierta dónde queda eso.

—Goz es mi hogar —me responde—. Los ancianos son mi familia. No me marcharía nunca de aquí.

Su cara es como un prado apacible; sus ojos, del color de la hierba alta que se mece.

—Echo de menos a mi hija. Casi veinte años, parece mentira. Vive en casa de una de mis hermanas en Kiev. La quiere más que a mí y no se lo reprocho.

Estudia contabilidad. Los fines de semana trabaja en un supermercado.

Irina no tomará ninguno de los medicamentos prescritos. El reposo en su trabajo es impensable.

Irina se obstina en acompañarme al vestíbulo pese a que ya no me pierdo por la residencia. Me guío por los colores de las paredes. El pasillo que da al sur y desemboca en el comedor está pintado de mostaza. El celeste en el primer piso es para los encamados y no tiene salida salvo a la terraza. El lila gira en ángulo recto y se desdobla. Si me despisto, acabo en la sala comunitaria, donde hay un televisor atornillado a la pared a un volumen atronador. Si no me extravío, llego a la salida, empujo la doble puerta y se termina el olor a orina y a tortilla francesa, recupero la libertad.

La señora Eulalia nunca frecuenta la sala de televisión. Cree que los presentadores la miran, la observan, le hablan y la vigilan. Me la suelo encontrar deambulando por el pasillo celeste hasta que

accede a la terraza. Entonces se cubre los ojos con las palmas, busca a tientas la puerta. Solo en el exterior, rodeada del mar, sacudida por el viento, respira aliviada. Todos aquellos residentes con la mirada fija en el televisor son, a su entender, espías de los presentadores, repetidores de la señal catódica. La desconfianza se extiende también hasta mi persona: no le gusta mi bata, no le gusta que mis manos no tiemblen como las suyas. Me acusa de ser el causante de la desaparición de Coarasa, de suplantarlo con malas artes: «¿Qué has hecho con el Ruso?», «¿En qué agujero lo has enterrado?».

Hoy, de pie junto a la puerta de entrada, me susurra:

—Lo empujaste al acantilado, lo sé.

Irina la toma del brazo, la conduce dentro, como dos señoras de otro siglo paseando bajo los soportales de una ciudad de provincias.

—A mí ese no me la da, Irina.

Y luego, dirigiéndose a mí, me espeta:

—Yo lo sé todo, ¿eh? Y la policía está de camino.

Irina le sigue la corriente.

—Venga, Eulalia, salgamos a la terraza. Que hoy hace buen día.

El barquero cubre un montículo de ladrillos con una lona. Un muro de un metro de alto se levanta anejo a la residencia.

—¿Por qué cubre los ladrillos? —pregunto de camino al barco.

—No es bueno que se mojen. Si el material se estropea, esa bruja roñosa me lo hará pagar.

Amago una sonrisa. No necesito más aclaraciones. La bruja, la bruja roñosa de la directora. Me agrada esta enemistad patente.

—Sí, ya me he dado cuenta. Esa mujer es de armas tomar.

Se enciende un cigarrillo. Sus manos están manchadas de cemento reseco.

—Joder, no me haga hablar, que si no...

La cajetilla no tiene el sello azul del impuesto y el olor del

humo es algo distinto, más picante, más fuerte, más propio del tabaco negro. No hace falta ser muy listo para reconocer el tabaco de contrabando.

—¿Y se puede saber qué le ha pedido que construya?

Una tos vieja araña su garganta. Nos encaminamos hacia la embarcación, el barquero un poco por delante con la vista fija en el suelo.

—Un invernadero. Ella dice que es para los residentes, para tenerlos entretenidos cultivando lechugas, tomates, gilipolleces de esas. Para que se agachen a por los pepinos y no le den al coco. Aquí hace demasiado viento, ¿sabe? Si no se protege, nada crece. Este maldito viento lo arrastra todo.

Intento resultar amigable. Juego el papel del colega.

—Le anda racaneando con el dinero...

—Solo me ha pagado una mínima parte, la muy cabrona. Una semana llevo ya aquí, todo a mi costa. He encargado los cristales y aún no he visto ni un duro por ellos. ¿Ve esa hormigonera de ahí? De quién se cree que es, ¿eh?

Llegamos a la playa de las Damas. El barquero monta primero y arranca el motor sin cerciorarse de si estoy o no a bordo.

—Un adelanto, lo llama. ¿Sabe qué le digo? Que como no me pague lo que me debe, ahí se va a quedar su puto invernadero.

Ya en el faro reviso la dosis de antipsicóticos de la señora Eulalia. Me faltan datos, me falta su historia clínica, en poder de la directora. Me baso en su mirada extraviada, en el diagnóstico de Coarasa, en sus comentarios de maníaca. Llamo a Salva para que confirme mis intuiciones. Descuelga una secretaria en su consulta privada.

—El doctor Jalón no atiende por teléfono —me responde con voz engreída una de esas mediocres a las que dotan de un minúsculo poder—. Pide cita.

Me aguijonea el tuteo. Finjo ser el director del servicio de Psiquiatría del hospital. La secretaria se acobarda y pasa sin dilación la llamada.

—¿Ahora te acuestas también con tu secretaria, Salva? Pensaba que era tu única línea roja.

—¿Líneas rojas? A mí ya no me queda de eso, joder. ¿Cómo te va por el culo del mundo?

—¿En serio te interesa o solo lo preguntas para quedar bien?

—Naaa. Es solo por quedar bien. ¿Qué coño quieres?

Le cuento el caso de la señora Eulalia y me actualiza en lo tocante a nuevos fármacos para la esquizofrenia. Hablamos de esto y de lo otro, del arranque de la temporada de esquí, de las futuras vacaciones de Navidad, de Goz y sus residentes.

—No te preocupes tanto por esos carcamales —concluye—. La van a palmar igual.

—Sí, todos moriremos, está claro. Pero tú preocúpate de despedir a esa secretaria estúpida.

Escucho una carcajada.

—¿Sabes?, voy a hacer como tú, tío. Eres mi inspiración.

—¿A qué te refieres? No me digas que estás pensando en trasladarte.

—No, hombre, no. ¿Médico de pueblo? ¿Qué dices? Yo no podría, a mí me va la marcha. Me refiero a tu nuevo régimen de castidad. A recuperar las líneas rojas.

Baja la voz hasta el murmullo.

—La tía me engatusó, te lo juro, y de la noche a la mañana ahí la tienes, convertida en mi secretaria. Esto es horrible: es como tener dos esposas, una en casa y otra en el curro.

Miro por la ventana la línea del mar, la silueta de un carguero a muchas millas de la costa, una tesela granate en el mosaico monocromo del océano.

El susurro prosigue.

—Me gustan sus tetas.

Salva, el médico más desastre y más brillante de toda la promoción. Lo imagino, no me resulta complicado, en su despacho de diseño, detrás de la mesa blanca, la silla blanca, la pantalla de ordenador blanca tamaño sala de cine, todo inalámbrico, todo último modelo, el filodendro de mentira, la caja de pañuelos, los focos de luz aséptica. Un poco más viejo, un poco más calvo, con

gafas de presbicia recién estrenadas en una montura de cientos de euros. Lamentándose de su concupiscencia inveterada.

—No tendrás sitio para mí en tu consulta, ¿verdad? —pregunto.

Salva ríe y me responde con una pregunta.

—¿Qué sabes tú de locos?

—Conozco a bastantes psiquiatras.

Suelta una carcajada. Yo también olvido todo lo demás y río.

—Me conformaría con ser tu secretaria.

—No eres mi tipo —dice Salva—. Prefiero a las desinhibidas de grandes pechos.

Luego se queda callado. Muda el tono.

—¿Tan mal estás? Es coña, ¿no?

Salva no me toma en serio. Otra de nuestras bromas. Para él soy un colega salvaje que practica la curación con emplastos de hierbas en un entorno remoto.

—Menudas mariscadas te estarás pegando, cabronazo —añade antes de colgar—. ¡Qué puta envidia!

Promete visitarme en primavera con Victoria y los gemelos.

—Pues, aunque no lo creas, hay aquí un hostal que no está nada mal —me oigo decir.

Mi mente los representa a todos en las habitaciones de Celso, desayunando en el comedor, un niño pringando la trona con restos de natillas, el otro con los manguitos en los antebrazos desde el punto de la mañana. Salva cumpliendo así con la cuota familiar de padre comprometido y esposo fiel, aunque su pensamiento se encuentre a leguas de allí, atrapado entre los encantos de otra mujer. Me ilusiono. Después caigo en la cuenta del agua helada, los guijarros incómodos, el desnivel, la ausencia del todo incluido, la nula animación nocturna. Salva jamás vendrá.

No recordamos viejos tiempos. No me pregunta por Teresa. Lo único que nos une ya es una llamada esporádica —liviana y chistosa en apariencia, intencionada y egoísta en el fondo—, muy de vez en cuando.

La luz de la tarde se perfunde en la consulta. En el cuaderno de Coarasa transcribo las notas apresuradas que he tomado en Goz.

Los ancianos han vivido tanto que han olvidado su propia vida: el amor, la sorpresa, el peligro, la alegría, la nostalgia, el ansia, la pesadumbre. Incluso la conciencia de la propia muerte se les borra. Desconocen su final, una ignorancia que los vuelve primitivos, los asimila a los animales. «¿Cuándo es mañana? —me preguntan—. ¿Cuándo es el próximo miércoles?»

No creen que ese momento exista. No creen que yo vaya a regresar. No hay un día en que no tomen una, dos, cinco pastillas distintas, un día en que no los persiga el carrito del oxígeno, un día sin inyectarse la insulina.

Las jugadoras de cartas de la salita se concentran en la mano ganadora. Al señor Mauro le importa un bledo el cambio climático. La anciana maquillada me pregunta por mi rutina en el faro y, cuando empiezo a hablar, me interrumpe con largos episodios de su vida cuyos hilos pierdo a menudo. A diferencia del nuestro, los contornos de su mundo no están delimitados, se extienden sin fronteras. Los viejos adivinan quizá la aspereza de la vida pasada —una huella ligera, la estela de un arañazo cuya causa han olvidado, el regusto amargo de un recuerdo—, pero no quieren saber nada ya. En las horas centrales del mediodía, si el sol hace acto de presencia, salen a la terraza como compañeros de oficina a cielo abierto. Nuestra complejidad, nuestra finitud, nuestras tareas, nuestras horas, mis citas, mis retrasos, mi cuaderno, mis antipatías: todo esto es ajeno a su lasitud.

Los ausculto, les tomo la tensión, les pido que fijen la vista en la luz del oftalmoscopio, me pongo a su altura. Mis esfuerzos son vanos. Sus ojos legañosos se desvían, sus ojos sin pestañas; algo los ha distraído: una nube color acero cruza la ventana, el sillón codiciado junto al radiador ha quedado vacante. Los anuncios del canal de la teletienda reclaman su atención. La infinita sucesión de productos les confirma que ellos, como las pulseras energéticas o las zapatillas relax, también serán para siempre.

Se me hace de noche así. Cambio el cartucho de la tinta y olvido lo que quería anotar. Entonces unos faros evitan el mar y destellan

por un instante en la consulta.

Un BMW negro, brillante, una pantera cuyo pelo acabasen de cepillar.

Una figura sale y se abre paso entre la verja. La luna redonda preside el cielo extrañamente despejado.

—Por lo visto nos hemos perdido —dice el hombre con una sonrisa socarrona—. Buscamos el hostal Punta Albatros.

Dentro del coche se intuye una cabeza femenina, un pelo recogido en un moño deshecho. No es Teresa, ni siquiera se le parece.

Le doy las indicaciones precisas. Mi brazo izquierdo dibuja las curvas, el derecho marca las bifurcaciones que deben evitar.

Al abrir la puerta la luz cenital del coche se ilumina. La mujer baja el espejo para contemplarse. Los vendajes le recorren el rostro de un extremo a otro: una momia moderna.

Me he acostumbrado a vivir en silencio: sin televisión, sin radio, sin nada. Me he acostumbrado a ver llover sobre el océano y que no me sorprenda la visión del agua vertiéndose sobre tanta agua. Una bruma espesa cubre el mar, me hace dudar de si el hombre con quien hablé anoche, el hombre del BMW, existió. Su voz al otro lado del teléfono resulta, sin embargo, inconfundible. Me esperan en el hostal. Enfilo un jersey de lana y unos vaqueros. A pesar de haberlos puesto a secar durante la noche, la humedad los reblandece en cuanto los separo de la estufa.

El viento golpea los radios de la bicicleta. La aparco en la entrada. Celso está en la cocina. Me acerco, llamo con los nudillos sobre el cristal frío.

Me siento en la mesa más cercana al acantilado y espero.

La pareja aparece al poco rato. La mujer está de perfil, puedo ver sus vendajes con mucha más claridad que la noche anterior. Uno le recorre el puente de la nariz, dos esparadrapos blancos lo fijan sobre las mejillas. Otra venda le cruza el labio superior, un bigote blanco y tirante. Otra tira más suelda la barbilla y se sujeta por detrás de la coronilla. Tiene el pelo despeinado, el mismo

moño de la noche anterior, los mechones se escapan en todas direcciones por mucho que intenta mesárselos.

Celso merodea. Trae café y leche caliente. Es discreto: una de esas sombras que en el teatro transforman los decorados, empujan una pared de cartón, escamotean un diván, colocan un candelabro en la oscuridad, entre escena y escena.

Son una pareja dispar. Ella, muy joven, a pesar de que su cara no se distingue demasiado bien. Él ronda los sesenta, no demasiado alto, una nariz bulbosa, un traje caro, un bronceado perpetuo.

La trata como a una niña. Le susurra al oído. Le tiende gajos de mandarina que ella mordisquea abriendo apenas la boca. Unta la tostada, se la trocea y le deja en el plato los pedacitos del mismo modo en que alimentaría a un hámster. Ella lo escucha, se ríe un poco, lo que le permiten sus labios atrapados por las vendas, se abstrae.

Cada uno con su teléfono en la mano. Se percatan de que tampoco allí funcionan.

—Es pan de leña, ¿verdad? —pregunta el hombre a Celso—. Sí que lo es: un aroma inconfundible.

Se acerca la corteza a la nariz, aspira con fuerza.

Celso enumera los pueblos de la región, los nombres de las casas, los productores locales, la miel que fabrican las abejas negras de Goz y que pueden encontrar en el mercadillo de Lindes los domingos.

—Llámame León —le dice a Celso—. Y me tuteas. Tengo pasta, pero no tanta.

Suelta una carcajada.

Al acabar el desayuno León se aproxima al mueble botellero, escoge una botella, rasca con la uña la etiqueta, le hace algún comentario a la mujer. Ella mira a otra parte; lo que él le dice lo ha oído muchas veces o no le encuentra sentido. León levanta la botella en el aire.

—Esta para la cena, ¿eh?, Celso. Para Ana y para mí. Me la guardas.

La madera cruje. Suben a la habitación y yo lo hago también, diez minutos después.

Atiendo a Ana tendida en su cama. Le cambio los vendajes. León prefiere no mirar.

—Me mareo con la sangre.

Sale de la habitación dando un portazo. Oigo cómo baja las escaleras, cruza algunas palabras con Celso a voz en grito. A continuación el motor del BMW ruge, lo imagino destellar a pesar de la ausencia de sol, y las ruedas escupen gravilla a los lados del camino.

Me quedo a solas con ella. Recorro con el índice los cortes disimulados por la precisión quirúrgica. El cuello que tiento es el de Teresa: largo, pálido, su pelusilla suave de pollito recién nacido que se eriza.

—Es un buen trabajo —digo—. Las incisiones casi no se distinguen.

Si no tuviera el rostro tan hinchado, diría que sonríe satisfecha.

—Pero conviene vigilar que no se infecte.

Le dejo un apósito sobre la nariz.

—¿Y los cortes de detrás de la oreja?

Se toca la costra todavía fresca. La tranquilizo.

—Mejor no cubrir. Secará al aire. Si necesitas analgésicos...

—No me duele.

Estoy convencido de que no es verdad, de que todo aquello, ese estirar la piel y limar el hueso, ha de doler. Me gustaría preguntarle por qué lo ha hecho, me gustaría saber cómo eran sus imperfecciones antes de la operación.

—Aquí también.

Se desabrocha la bata y aparece un vendaje compresivo en torno al pecho. Le reviso las cicatrices bajo el surco mamario. Tienen buen color.

—Dime si sientes alguna molestia.

Le palpo los senos y los pezones para comprobar que no hay rastro de encapsulamiento de la prótesis, de que su organismo no

rechaza los implantes formando un tejido duro a su alrededor. Estoy masajeando una masa semisólida. Unos pechos abultados, extraños, ajenos, desproporcionados en un cuerpo casi impúber. No siento más que repugnancia y una profunda tristeza.

Tomo alguna nota en mi cuaderno. Guardo la pluma. Le pregunto si necesita algo más.

—Solo quiero peinarme —responde.

Tiro las vendas usadas en la papelera del cuarto de baño, igual que un papel de regalo ya inútil.

—Vendré mañana a hacerte la cura.

No me da las gracias. Como si fuera ella la que me hiciera el favor.

—Está bien, pero ven después de que León se haya marchado.

En la calle donde vivía Teresa había un restaurante chino.

El dueño se llamaba Lu Yang, pero el repartidor de bebidas lo había rebautizado con el nombre de Vicente y empezamos a llamarlo de esa manera nosotros también. El local era un bar con tortilla de patata cubierta por papel film y bocatas de calamares, donde además se preparaba comida china. Vicente era muy amable, nos abría la puerta, nos acompañaba a la que denominaba «nuestra pequeña mesa china», nos servía las cañas sin preguntar, siempre con una sonrisa extrema que no provocaba arrugas en su rostro.

Teníamos el árbol de Navidad a nuestra espalda. Medía casi dos metros. Ni siquiera en verano recuerdo haberlo visto apagado. En vez de espumillón y bolas colgaban de él incontables galletas de la fortuna, tantas que temíamos que se desplomase por el peso, arruinando nuestra ternera en salsa de ostras. Las galletas de la fortuna no se estilaban en otros restaurantes chinos, eran algo pintoresco. Frank Sinatra, de quien Vicente era un gran admirador, sonaba de fondo en versiones en mandarín con emotivos *glissandi* y falsetes imposibles. Llegamos a aprendernos el estribillo de la versión china de *Strangers in the Night*, que en español sonaba a algo así como «shenye moshengrén», y de vuelta a casa la cantábamos a dúo animados por el licor de lagarto.

Al pagar la cuenta, Vicente invitaba a los clientes a arrancar una galleta. Teresa siempre elegía las más elevadas, se empinaba para alcanzarlas como si el mero esfuerzo garantizase un premio mayor; yo tomaba la más a mano. «Los grandes viajes comienzan con pasos pequeños.» «El amor está más cerca de lo que crees.» Teresa se indignaba con las malas traducciones («Hazte perdonar derecho ahora»). Nuestras favoritas eran las que contenían un

chiste: «Confucio dice mejor pide pizza», «Eso no era pollo» o «Más curry, menos chocolate».

Subíamos al piso compartido. Lulú nos saludaba chocando el pico contra los barrotes de su jaula. En su habitación diminuta, mal ventilada, llena de libros, apuntes, velas de olor, cedés piratas, hacíamos el amor hasta caer rendidos.

A la mañana siguiente me despertaba el resplandor del flexo. Fuera aún estaba oscuro. Sentada en su escritorio, Teresa estudiaba desde hacía horas, el ceño fruncido, el cabello hacia atrás en una coleta mal peinada. Contemplarla de esa guisa me maravillaba: Teresa era de las que hincaban los codos desde la primera semana de curso, mientras que yo no podía evitar aplazarlo todo para el último momento y aprobar por los pelos. Sobre sus apuntes jugueteaba con los mensajes de las galletas, los tocaba, los doblaba en minúsculos cuadraditos hasta hacerlos casi desaparecer. Así, enrollando papeles, hilos, desmembrando clips, torturando los mechones huidos de su coleta, memorizaba mejor las fechas, los conceptos, interiorizaba las teorías estéticas. Yo me vestía, me echaba la cazadora a los hombros y bajaba a la panadería. Compraba churros o unos lazos rebozados de piñones que a Teresa la volvían loca. Desayunábamos en la cama. Las migas caían como copos de nieve sobre las sábanas.

El loro había sido ocurrencia de Victoria. Aseguraba que el animal aportaría un contrapeso masculino en aquel gineceo. Su cuerpo era azul grisáceo, sus alas eran verdes y amarillas, su frente estaba perlada de manchas plateadas. Teresa lo había bautizado como Lulú por un cuento de Flaubert, pero nunca lo sacaba de la jaula. Temía su pico ganchudo. En una ocasión, al acercarle unos granos de alpiste, se había lanzado a por sus dedos en lugar de picotear las semillas.

Victoria, en cambio, abría la puerta de la casa con Lulú al hombro. Lo había entrenado para que repitiese: «Santo y seña, santo y seña», mientras se estiraba y se encogía. Su exquisita pronunciación daba escalofríos. Hablaba mucho, conocía el

nombre de todas las frutas. Vociferaba: «Victorita, Victorita» o «Teresita, Teresita», pero ante mí gritaba en tres tiempos: «Esterno-cleido-mastoideo» y se diría que se desternillaba.

Al loro le gustaba revolver sus excrementos, limpiaba su jaula a conciencia lanzando fuera las bolitas y las plumas. Lejos de procurar equilibrio en el ambiente, tenía muy mal carácter y chillaba por encima de las voces de sus dueñas.

Los días en que Victoria estaba de un humor de perros, lo encerraba en la despensa y le apagaba la luz. Lulú se sumía en un profundo silencio, hibernaba, olvidaba el vocabulario aprendido, se convertía en un ave necia. Teresa temía encontrárselo muerto, y en ausencia de Victoria sacábamos un rato la jaula al alféizar por pura lástima. A las horas o a los días Victoria emergía de sí misma, liberaba a Lulú de su mazmorra como si hubiese expiado su falta, le acariciaba la nuca, le susurraba palabras cariñosas, retomaba su entrenamiento como si nada hubiera ocurrido.

El piso era un tercero sin ascensor, muy alargado, en un barrio periférico. Era propiedad de los padres de Victoria, lo que explicaba que ella ocupase la mejor habitación. Lo habían adquirido con la idea de alojar a su hija en la ciudad durante su periodo universitario. Un pasillo lóbrego distribuía las estancias a izquierda y derecha —la cocina, la habitación de Teresa, el cuarto de baño, una pequeña despensa— hasta un salón cuadrado con la única ventana al exterior, el dormitorio de Victoria.

Un viernes por la tarde fuimos a un polígono a por pintura plástica y nos dedicamos a repintar los cuartos. El vestíbulo lo cubrimos de naranja, el pasillo adoptó una tonalidad limón, Teresa eligió el azul para su dormitorio y Victoria, un morado penitencial. Después de una mano de pintura, acabamos tan agotados que carecíamos de fuerzas hasta para ducharnos. Alguien propuso encargar comida en el restaurante chino y fue la primera de las muchas veces que tentamos la fortuna de las galletas de Vicente.

Al día siguiente, con la segunda mano, Lulú nos amenizó el trabajo zigzagueando de una esquina a otra y ganándose por accidente algún que otro brochazo. Con sus garras se sujetaba en las posiciones más inverosímiles, colgado de los apliques, del tubo

de la calefacción. Sus uñas adoptaron todas las tonalidades del arcoíris.

Teresa buscaba una habitación. Fui cauto, era demasiado pronto, no me atreví a proponerle vivir juntos. Nuestro vínculo era incipiente; ella anteponía sus estudios a todo lo demás. Lo habría rechazado con un ademán tajante y yo temía enturbiar nuestra naciente sintonía.

Me ofrecí a ayudarla en su búsqueda. Teresa no tenía mucho dinero: sus padres apenas le enviaban lo suficiente, no eran conscientes del coste de la vida urbana, había otros hermanos a los que atender. La acompañé por los tablones de anuncios de las facultades. Arrancábamos papelitos con mensajes similares: «Se busca chica para piso compartido, gastos incluidos, calefacción central, junto al campus y la avenida de Mayo». Solo le interesaban los pisos femeninos. Me inquiría por las calles de nombres desconocidos cuya ubicación en el mapa le era todavía difusa.

Recuerdo bien aquellas semanas. Por las mañanas llamaba a algunos teléfonos y por las tardes nos dedicábamos a recorrer la ciudad, a visitar los pisos de los anunciantes con los que había contactado. La mayoría tenían un aire desangelado: los muebles, escasísimos y de mala calidad; las cocinas, grasientas; las compañeras, antipáticas; las habitaciones, exiguas y en muchos casos sin ventana; el precio, grotesco, abultado con ridículo. Las caseras, cuando nos recibían ellas, solían ser señoras en bata con un gato mantecoso pegado a sus tobillos y aspecto de haber sido despertadas de la siesta. Siempre vivían en el piso de enfrente, en el superior o en el inferior. En sus bocas se amontonaban las prohibiciones. Me miraban mal dando por hecho ya la perversión, el desenfreno sexual, el escándalo de nuestras orgías nocturnas, las quejas airadas de la comunidad, por lo que Teresa se apresuraba a presentarme como «mi primo Javi». De inmediato las viejas respiraban aliviadas, el ambiente se distendía. Después hemos reservado mesas de restaurante a ese nombre, una broma íntima que tuvo su origen en aquellas patronas desconfiadas que insistían

en que el interior de las sartenes no había que rascarlo con el estropajo verde, sino con la parte de la esponja, o perderían la adherencia, y si eso sucedía, nos las harían pagar.

Terminábamos agotados. En una sola tarde habíamos cruzado la ciudad tres o cuatro veces, habíamos repetido las mismas preguntas, nos habíamos topado con las mismas desilusiones. Nos anochecía de repente en cualquier cafetería cercana al último piso y a Teresa la embargaba una cierta desesperanza, igual que si nos hubiésemos marchado de viaje a un destino muy remoto y constatásemos con desaliento la pérdida del billete de vuelta.

Sugerí ampliar el área de acción: probar en otros barrios más distantes del campus, relajar las exigencias, bajar el listón. Teresa, a regañadientes, accedió.

Al segundo día dimos con Victoria. Fue un desahogo: era simpática y despreocupada, hacía bromas, se reía mucho, gesticulaba al hablar. No hubo necesidad de fingir ante ella un dudoso parentesco. El piso no era demasiado grande ni demasiado nuevo, pero la madre de Victoria lo había amueblado con cierto cariño hortera. Carecía del desvalimiento de los pisos alquilados. Entre aquellas paredes se respiraba algo parecido a un hogar.

Victoria nos dio una vuelta rápida por las estancias. Nos sentamos con naturalidad en la mesa de la cocina, del mismo modo que lo harían unos viejos amigos. Sacó unas cervezas de la nevera. Teresa y ella congeniaron enseguida, con esa ligereza con que algunas mujeres tienden puentes entre ellas, se prestan a confesiones al poco de conocerse.

Nadie tenía prisa por poner fin a aquello. No acudiríamos a la próxima cita, daríamos plantón a la próxima casera.

Teresa se mudó a la mañana siguiente.

Teresa y Victoria se hicieron amigas con asombrosa rapidez. Superaban con ingenio la disparidad de sus caracteres. Victoria era alegre, dadivosa, pero también voluble, inconstante. En las tareas domésticas, cuyo cumplimiento habían establecido por turnos,

Victoria remoloneaba. Siempre existía algo más imperioso o más divertido que hacer la compra o limpiar el baño. A diferencia de Teresa no le incomodaba demasiado rodearse por cierta suciedad. Al final establecieron un trato que satisfizo a ambas partes: Teresa se ocuparía de la mayoría de estos quehaceres a cambio de una sustancial rebaja en su mensualidad.

Entre ellas se instaló un humor privado, un lenguaje reservado a su trato, una confianza fraterna que yo en secreto envidiaba. Teresa se reía con las ocurrencias de Victoria como nunca la he visto reírse con nadie, como jamás se ha reído conmigo, con una carcajada franca, inconsciente, ajena por completo a la desgracia. Hablaban sin inhibición de chicos, iban al cine, salían de marcha. Tejían una tupida red de confidencias. En ningún momento Teresa desatendió sus asignaturas, pero relajó sus costumbres. Victoria la volvió más tolerante, más humana, lo que de forma indirecta benefició a la buena marcha de nuestra relación.

—Hoy, mejor no —me decía Teresa algún sábado en que le proponía dormir juntos—. Voy con Victoria a una discoteca y se hará tarde.

Y conociendo de antemano mi fobia al baile, añadía:

—Si te quieres apuntar...

El domingo por la tarde, cuando yo aparecía por el piso, me las encontraba en pijama sobre el futón de la habitación de Victoria, la cabeza de la una en el regazo de la otra, ante alguna basura romántica de la tele. Los pantis de la víspera caían aún de cualquier manera sobre las camas deshechas. Había un aroma cargado y dulce: una varilla de incienso se consumía. Comían helado de chocolate directamente de la tarrina compartiendo la misma cucharilla, se hacían trenzas o se pintaban las uñas. Alzaban la vista y me contemplaban con sus caras resacosas y satisfechas sin dejar de hacer lo que estuvieran haciendo —las uñas, las trenzas, el helado—, como si yo fuera un invasor bárbaro, un mortal molesto, penetrando con botas embarradas en su espesa intimidad, en su paraíso de valquirias.

Me cruzo con el BMW en la carretera, una fuerte pitada a modo de saludo. El coche no se aparta y caigo con la bicicleta al manto de hierbas. Mi timbre suena sin sentido por el choque.

Ana me espera en el comedor. Viste una chaqueta abultada que deforma su silueta. Come un plátano machacado con la punta del tenedor. Alza los ojos al verme —casi lo único que puede mover de su rostro— y yo le devuelvo el saludo de la misma forma, contagiado por la inmovilidad.

Cuando León la acompaña, me recuerda a uno de esos padres divorciados que pasan las vacaciones con sus hijos adolescentes, culpables los padres, a desgana los hijos.

Subimos las escaleras. Las habitaciones no tienen números, sino que toman el nombre de algún navío embarrancado en esa costa en tiempos históricos: San Antonio, La Esperanza, San Bartolomé, La Gallarda, La Flecha. Recreo los buques hundidos, sus velámenes, sus quillas como espinas dorsales de ballenas que reposan en los fondos arenosos.

Saco el instrumental: las pinzas, las tijeras. La venda del labio se le ha manchado de plátano. Sus mejillas son de un color casi transparente, los rayos parecen reflectarse sobre su piel cada vez menos hinchada. Hay algo en ella de chica desaparecida, abandonada, de huérfana que se ha tragado muchas lágrimas, de la Teresa adolescente, insegura, débil, fácilmente afligible que no he conocido.

—Mira, esta es la idea.

Me tiende una carpeta con recortes de fotos de actrices de Hollywood. La mayoría me resultan desconocidas. De las que me suenan soy incapaz de recordar los nombres. Voy pasando las páginas como quien contempla instantáneas de un álbum familiar.

—Puedes sacar las fotos de sus fundas, si quieres.

Me quedo mirando a una de ellas. Protagonizaba un musical, una historia fantasiosa sobre una muchacha de origen humilde que triunfa como cantante en la Gran Manzana. Fue la última película que vi de la mano de Teresa. Nos costó encontrar nuestras butacas, la sala ya estaba a oscuras. Me dormí hacia la mitad y al final me desperté sobresaltado, sin entender por qué todos aquellos bailarines sonreían y brincaban en el ferri a Staten Island.

—Muy guapa, ¿verdad? —dice Ana—. El año pasado ganó un Óscar. ¿A que nunca dirías que está operada? Fíjate en sus pómulos. Muy pronto serán los míos.

La habitación de León y Ana da al acantilado. Una vista sublime al descorrer las cortinas, pero la habitación solo se ilumina para el cambio de apósitos. El resto del tiempo Ana duerme en penumbra.

—Te vendría bien salir, mover las piernas —digo—. Dar una vuelta, un poco de aire.

—Necesito recuperar sueño —asegura.

Después me pide otra receta de somníferos. La firmo.

Y me marcho.

Pero desearía quedarme con ella, acariciarle el pelo con los dedos hasta que su respiración se neutralice. Anestesiarla y deshacer todo ese desaguisado: devolverle un tabique nasal un poco torcido, afilarle el mentón, aspirar y hundir el pecho hasta su tamaño natural. Convertirla en la niña que ya no es.

En el exterior Celso poda un arbusto. Atravieso una lona junto a la veranda sin darme cuenta de lo que hay debajo. La lona está sujeta por unos tablones.

—¡No cruce por ahí!

Retrocedo por instinto y me fijo en el bordillo de la piscina, la forma de riñón —un riñón abarcable en tres o cuatro brazadas—, los agujeros de una antigua escalerilla. Los maderos se han agrietado en los extremos. Nadie parece haberlos movido en años. Aquella es la «piscina de temporada» que se anunciaba en el folleto

de la habitación.

—Fue una ocurrencia de Cristina. Pensó que atraería a los clientes, que la cosa se animaría, pero los conductos se obstruyen.

Celso se acuclilla y con el puño golpea la madera. Suena a hueco. Da otro puñetazo al tablón. Sus nudillos no se enrojecen.

—La madera se ha podrido por dentro —dice Celso—. Tendré que cambiarla. ¿Usted sabe de piscinas?

Niego con la cabeza.

—Pero no me disgusta nadar —digo.

A quien le gustaba nadar era a Teresa. ¿Seguiría gustándole después de todo? ¿Seguiría acudiendo dos tardes por semana a la piscina del barrio? Es un deporte cómodo, no te acaloras. Teresa se tiraba de cabeza, me esperaba en el agua, se hartaba de mi pereza, se lanzaba a bracear con energía. Mi cuerpo era hostil a la ducha previa al salto. Las gafas se me empañaban. Me desagradaba compartir calle con otro nadador que no fuese Teresa, uno de esos que salpican sin miramientos. Yo detestaba a los deportistas sudorosos, esa especie endémica de los vestuarios masculinos cuyos silbidos constantes me perforaban los oídos. Ella aparecía luego luminosa, radiante con su melena todavía húmeda, con ganas de ir de allí directos al cine, a tomar una copa, a dar un paseo, a ver una exposición, lo que fuera, y yo acababa cansado y hambriento, olvidándome la moneda en el cajetín de la taquilla.

—Un mantenimiento constante —dice Celso—. Recoger las hojas, echar un montón de productos químicos, encender la depuradora de tanto en tanto. Si no se usa, se estropea. Ahora no sé qué hacer con ella.

Suspira.

—Todo ese hueco para nada.

Deja las tijeras de podar en el suelo.

—Venga, voy a enseñarle algo.

Entramos en su despacho y de un cajón saca una revista del corazón.

—Yo antes no les hacía ni caso, pero ahora las hojeo, ya ve, me recuerdan a Cristina. Ella las leía de cabo a rabo, completaba el sudoku, me cocinaba las recetas del final. Toda esta gente me ha

empezado a interesar, me hacen compañía. Estoy al día en cuanto a rumores de noviazgo, de separación, de embarazo. Conozco los nombres de sus yates y de sus gatos.

Pasa las páginas deprisa, vuelve atrás. Una doblez triangular le indica lo que busca. Me tiende un reportaje titulado «Carol Serrano acaba con su silencio tras su ruptura». Es ella sin duda, es Ana bajo otro nombre, maquillada, arreglada, pero el mismo aire de gorrión huérfano que ha extraviado su nido. Le pregunto a Celso cuál de los dos es su nombre verdadero.

—La habitación la paga él. De ella no sé nada.

—¿Qué hace por el día?

—Cuando usted se va, duerme. Está a pensión completa, pero nunca baja a comer. A primera hora de la tarde, cuando ya he recogido el comedor, pide dátiles y una infusión de melisa.

Leo el artículo en diagonal. Ana actúa en una serie adolescente que transcurre en un instituto.

—Tengo que encargar los dátiles en Lindes. No es fácil dar con una tienda que los venda.

Me acerco la revista a los ojos, observo su rostro bello, aniñado, su pelo ordenado después de una larga sesión de peluquería. Y también un puente de la nariz algo aguileño, un mentón demasiado apuntado.

Celso insiste en prestármela.

—Yo ya la he leído.

Laura está de rodillas frotando mi bañera, limpiando sobre limpio. A escondidas leo con detenimiento el reportaje de Ana. Los pantis de lunares, las preguntas frívolas, el maquillaje teatral, las respuestas insulsas, las poses que combinan a traición inocencia y sensualidad. Guardo la revista en la consulta al fondo de un cajón, disimulada entre las publicaciones médicas. Donde Laura no la descubrirá.

Entorno la puerta de la cocina y marco el teléfono de la casa de mis padres. Cuando oigo: «¿Quién es?», respondo: «Soy yo». No

anuncié que me marchaba, no sabe con exactitud dónde me encuentro, pero sabe que he abandonado la ciudad. Lugar, trabajo, pacientes, el faro, el asilo, los ancianos, hablamos de todo por encima, no pregunta mucho.

—Despertarte y ver el mar. Debe de ser precioso todo aquello.

Asiento.

—Y tú, Consuelo, ¿qué vida llevas? Espero que estés bien.

La imagino una viuda no demasiado triste, con sus ocupaciones, su grupo de gimnasia, los viernes al teatro, el chocolate con churros con las amigas. La imagino cuidando el jardín, quitándoles el polvo a los marcos. La imagino recibiendo un ramo de flores por correo, que debía haberle encargado yo, su hijastro, de vez en cuando.

—Me encontré con Teresa por la calle. Se ha cortado la melena. Le queda bien el pelo así, a lo chico.

Teresa omnipresente. Teresa va a la peluquería, pide un cambio de *look*, borra a la Teresa anterior, la del pasado, la que me pertenecía. Teresa se renueva, Teresa de tiendas. Deseo preguntarle qué le ha contado, pero eso denotaría lo poco que sé de ella. Me quedo callado, porque todo lo que deseo decir me sobrepasa.

Cuando me dispongo a colgar, me pide si puede llamarme en caso de necesidad. Le advierto de que las comunicaciones no son demasiado fluidas, que a menudo la línea se corta, que las tormentas son habituales y coléricas. Le doy mi número, al segundo me arrepiento.

—Espero que todo te vaya bien, de verdad.

Lo pronuncio por segunda vez con la convicción que faltaba a la primera, y cuelgo.

Laura viene a la cocina a aclarar unos trapos. El chorro del fregadero cae fresco y con potencia. Sus manos se sumergen, estrujan, estiran, recogen, se enfrían.

Me pregunta si hablaba con mi madre.

—Sí, era mi madre —digo—. Se llama Consuelo.

Solo miento en sentido estricto. Consuelo ha ejercido ese papel más años ya que la mía propia.

Antes de marcharse Laura me tiende dos cartillas de tapas

rojas.

—¿Podría acercarme luego con mis hijos? Les toca el recordatorio de alguna vacuna, creo.

Hojeo las páginas. La letra de Coarasa ha anotado fechas, pesos, medidas, circunferencias craneales.

—Solo al pequeño. El mayor tiene todas las necesarias.

A la salida del colegio Laura viene con los niños. Se excusa por el retraso, se disculpa por molestarme. Asegura que tendré pacientes más urgentes, más graves. Cede las sillas de la consulta a sus dos hijos y ella se queda de pie. El pequeño se agarra los brazos, alguien le ha advertido de lo que vamos a hacer aquí. Su rostro infantil se impregna de gravedad; observa el techo, las paredes, igual que un cachorro olfatearía su jaula. No se fía. Nos vigila a todos, sospecha quizá que entre los tres lo vamos a inmovilizar en una distracción. Porque su hermano también está compinchado, también está en el ajo.

Laura me tiende la cartilla con angustia.

—Me he informado. Vamos con tres meses de retraso, ¿no?

Su calma habitual parece haberse desencajado al concebir todas las enfermedades terribles a las que su hijo está expuesto de repente. Difteria, hepatitis B, varicela, tétanos, tosferina, meningitis, sarampión, rubeola, paperas: la lista interminable del miedo a que un hijo enferme de manera mortal.

Saco mis rotuladores, les pido a ambos unos dibujos. El mayor esboza un dinosaurio; el pequeño, un cohete espacial. Proyecta los trazos de la nave sin quitarme ojo.

—¿Lo tumbo en la camilla? —me pregunta Laura.

—No, mejor no. Los niños odian eso, encontrarse bocarriba, medio desnudos en un lugar desconocido.

Le he pedido que lo siente encima de ella, en su regazo, que lo ciña como si se hubiese quedado dormido tras un largo viaje. Laura desconfía de mis métodos, piensa en las costumbres de los otros médicos.

El niño aguanta la respiración cuando la aguja se hunde en su

tierno brazo, pero no opone resistencia.

—Ya está —digo—. Ya hemos terminado.

Introduce, sereno, el pulgar en la boca.

Cuando se han marchado, encuentro un helicóptero de juguete de reducidas dimensiones olvidado bajo mi escritorio. Lo tomo por un pago secreto, una ofrenda. Lo guardo en el primer cajón, saco el cuaderno de Coarasa y comienzo a escribir en un punto y aparte.

Las mujeres, cuando son madres, tienen miedo a todo. En cuanto nacen, en cuanto les cortan el cordón umbilical y los separan de sus cuerpos, temen que sus bebés mueran. Nunca hablan de eso, no se lo mencionan a sus maridos, ni a sus madres, ni a sus pediatras, ni a sus mejores amigas, madres ellas también, cuando quedan a tomar un café. Hablan de biberones, de pañales, de siestas, de futuros colegios, de modelos de batidoras, de maridos sin opinión. No se lo confiesan ni siquiera a ellas mismas por temor a que el mero pensamiento desencadene el hecho. He visto a mujeres instruidas, racionales, científicas, viajadas, a mujeres apacibles como Laura, perder los papeles por la leve sospecha de una sombra. Agazapadas detrás de los barrotes de las cunas, los vigilan respirar, observan su pecho, sus costillas, sus aletas nasales. Cuentan uno, dos, tres, cuatro, los segundos entre la inhalación y la exhalación. Porque su cadencia de respiración es demasiado acelerada, porque es demasiado lenta, porque hace una eternidad que no respira. Los observan dormir y desearían despertarlos, separarles los párpados muy suavemente con los dedos, asegurarse de que sus corazones laten. Se aferran a una oración, una nana, el tanto por ciento, lo que sea, lo que tengan al alcance de la mano, la estadística de que la fatalidad pasará de largo, se cebará con otros más feos, más ricos. Así conjuran los escenarios del pavor que se reproducen sin reposo en sus mentes: beber lejía, una canguro despistada, la escasez de leucocitos, atragantarse con un cacahuete, el coche en el arcén con dos vueltas de campana, la caída desde un séptimo, los depravados, la profundidad de las piscinas.

En cuanto me despierto, tomo conciencia de que es más tarde de lo normal.

He soñado con Teresa. Todo su cuerpo estaba cubierto e inmovilizado por vendajes compresivos, la cara y las piernas y los brazos y el torso. Me rogaba que los retirase. Y yo me aprestaba a liberarla, la iba desenvolviendo como quien pela la fibrosa cáscara de un cítrico, y debajo no estaba ella, ni su piel, sino solo pulpa, cantidades informes de pulpa roja de pomelo que al tocarla se exprimía y su ácido me salpicaba a los ojos.

La directora me echará en cara el retraso, pero Irina me sonreirá a medias —porque nunca sonríe del todo—, será paciente conmigo. Me dirá que la señorita Mariposa, la anciana maquillada y habladora, se ha interesado por mí. Irina la llama así: le recuerda a las mariposas que poblaban los campos de su país cuando se acercaba abril y la nieve se derretía, y jugaba con sus hermanas a atraparlas y a maquillarse los párpados con el polvillo de sus alas escamosas.

En la playa de Nadie finjo apretar el paso cuando el barquero me ve. Como si de un saco de trigo se tratase, hunde sus manos en los guijarros, elige una piedra gris, la sopesa, la desecha lanzándola lejos. Da un par de pasos y se agacha a tomar otra por completo igual a la anterior, la sitúa contra el sol y se la mete en el bolsillo tras examinarla con detenimiento.

Se enciende un cigarro, lo deja en la boca. Consumido, lo lanza al mar con un impulso de su dedo índice. El oleaje devuelve la colilla a la playa. Igual que haría un feriante ante su barraca frente a una cola de niños ansiosos, esa resulta la señal tácita por la que puedo subir a bordo. Me siento en la cabina donde no me salpica la espuma. Ahí al menos no hay ni rastro de los perros. El perfil del barquero se dibuja ante mí. Tiene unas manos gigantescas, muy callosas. Viste una parka de cazador color verde camuflaje con múltiples compartimentos. Saca la piedra de uno de ellos y la deposita sobre la repisa a la altura del timón junto a una hilera de piedras hermanas, de tamaño y tonalidad similares.

—¿Y a usted no le duele nada?

El barquero no responde. De otro bolsillo extrae su navaja, una navaja tosca pero bien afilada. La coloca al lado de las piedras. No la pierde de vista.

Con un leve ronroneo el fueraborda se desliza hacia el todavía adormecido mar.

—Yo estoy bien —dice el barquero—, pero mis abejas se mueren.

Nos separamos en la entrada de la residencia. El invernadero va tomando forma; el barquero coloca los últimos cristales del techo a dos aguas. Así, tan vacío y tan transparente, me recuerda a una capilla sin velas, sin flores, sin santo, un altar desposeído.

Es Navidad. En el asilo, al menos.

Hay un pino artificial en la entrada. Las luces, algo mustias, parpadean del rojo al amarillo, del amarillo al rojo. Algunas bombillas están fundidas, me quedo un rato observándolas y nunca se encienden.

Irina me saluda desde lo alto de una escalera. Cuelga estrellas del techo. En la sala de televisión las jugadoras de cartas han apartado sus barajas y se entretienen haciendo guirnaldas con tiras de papel. Sus dedos hinchados, artríticos, sus falanges inoperantes, se esfuerzan por doblar, recortar, pegar. Irina se yergue en la escalera, alza el brazo, grapa la guirnalda a la pared.

Algunas familias acuden a recoger a sus ancianos. El señor Mauro se ha metido en un coche familiar con las llantas manchadas de barro. Un hombre —con seguridad, su hijo— lo ha ayudado a montarse en el asiento del copiloto. El hijo del señor Mauro ronda la cincuentena, es alto, comparte sus facciones (la nariz alargada, el hoyuelo del mentón), pero su abdomen es plano, casi cóncavo, casi vacío bajo las costillas, como si no poseyera vísceras, como si todo su hígado le perteneciera íntegro a su padre. El hijo ha pasado ante mí sin saludar. No había alegría en su semblante. No deseaba estar en aquel lugar.

El señor Mauro, en cambio, me ha lanzado una mirada furibunda. Le inspiro desconfianza. Soy un traidor. No me perdona

las últimas consultas, en las que he abierto la puerta con condescendencia mansa a la directora. Una espectadora más para su desnudez. Luego ha agachado la mirada, sintiendo la humillación de saberse de regreso al cabo de unos días en el mismo coche familiar con el mismo hijo de vientre huero.

La luna trasera exhibía una pegatina del mundial de fútbol.

Me libro del sermón de la directora, porque está en Lindes en una reunión con otros jefes de residencias.

Un joven empuja un carro de bandejas hacia la cocina. Las ruedas traseras van dejando un rastro húmedo en el suelo, como baba de caracol. Los viejos ya han comido. Algunos duermen sobre los cuencos del postre que el muchacho retira y apila con estrépito. Cuando el carrito se llena, va a la cocina y regresa a por más vajilla, cubiertos, mendrugos mordisqueados. En los platos hay fideos dispersos y migas de pescado al vapor. Los restos de comida no huelen a nada y eso me desasosiega.

La señorita Mariposa me espera en la sala de televisión. El canal de astrólogos, videntes y tarotistas es el único que se sintoniza con una calidad aceptable. Escruta con atención lo que sucede en la pantalla. A su lado cuatro residentes juegan a las cartas.

Le pregunto por qué no se une a la partida.

—Nadie quiere jugar conmigo.

Una de las mujeres se gira lo que le permite su abultada joroba.

—Haces trampas, Amparo.

La señorita Mariposa me mira incrédula. Le tomo la tensión. Tiene las pupilas dilatadas.

—No les haga caso, doctor —susurra—. Es solo suerte. Son unas envidiosas.

—¿Quién le enseñó a jugar a las cartas? —pregunto.

—Mi marido. Fue lo más útil que hizo en toda su vida. Eso y regalarme mi primer paraguas. Ni las canalizaciones ni los hijos.

—¿Las canalizaciones?

—Mi marido era perito hidráulico. Vino de la capital en la

época de los embalses. Yo vivía en una granja modesta que ya no existe, con mi padre y mis hermanas. Él me hablaba de la sedimentación de los cauces, de la alta tasa de erosión de las cuencas, de la falta de ordenamiento de la agricultura. Yo no entendía demasiado pese a que había ido a la escuela, sabía leer y escribir. Me enamoré de él. Yo no era nada fea, se lo aseguro.

—La creo, la creo.

Se queda pensativa por un segundo brevísimo.

—No sé si mi madre lo había sido también. Guapa, me refiero. No la recuerdo. Había una foto de ella en casa, solo una, tenía el semblante serio. Las fotografías se retocaban mucho por aquel entonces.

Hace una pausa.

—¿Por dónde iba? Ah, sí: me enamoré. Las obras en Lindes avanzaban, pero él se marchaba por temporadas, tenía que regresar a la capital, se reunía con los jefes de obra, con altos funcionarios del ministerio responsables de los proyectos. Tuve miedo de que en uno de esos viajes conociese a otra mujer y lo apremié a que me pidiese en matrimonio.

La imaginé huyendo de su padre —un padre severo, viudo demasiado pronto— y de sus hermanas atemorizadas. Dejar todo aquello atrás, pasar el testigo a la siguiente.

—Si quieres que un hombre haga algo, hazle creer que ha sido idea suya.

—Tomo nota.

Escucho con el fonendoscopio su corazón cansado. Los vaticinios del tarotista se acallan. La señorita Mariposa sigue balbuceando, pero sus palabras no me alcanzan. Todo se enmudece. Sin quitarme el aparato de los oídos, abro el cuaderno y dibujo una mariposa minúscula junto a su frecuencia cardíaca. Paso las páginas, oculto el insecto.

—¿Qué me decía? —pregunto.

—Que mi marido me enseñó a jugar a las cartas.

—Ah, sí, su marido.

—Antes me avergonzaba contarlo, pero ahora se lo digo, se lo digo sin complejos a usted y a cualquiera.

La anciana levanta la vista, espera que alguna de las compañeras detenga el juego, preste atención a sus palabras. Ninguna lo hace.

—Mi marido se arruinó, nos arruinó. Se jugó los ahorros, la casa, el coche. Por entonces vivíamos en el paseo de las Arenas, ahí es nada. Cuando lo pienso... ¿Cómo pudo hacernos eso? Nos mudamos. Me puse a trabajar en casa de una familia rica. Pagué las deudas con no pocos sacrificios. Mi marido aceptó trabajos alejados de donde vivíamos, viajaba mucho, meses enteros. Nunca sabíamos si iba a regresar, pero siempre lo hacía, siempre volvía sin una peseta. Con las manos en los bolsillos.

Me da la sensación de que esa historia la ha contado muchas veces a muchas personas distintas con las mismas palabras.

—En la casa de los ricos el señor organizaba partidas de cartas. Yo acostaba a sus hijos, les cantaba nanas, mientras los míos se dormían solos. Cuando el señor descubrió mi habilidad con la baraja, me invitó a ser su pareja en las partidas. Él ponía el dinero, yo, la maña.

—Y la señora de la casa —pregunto— ¿no estaba celosa?

—Me vigilaba de cerca, claro. Aprendí a maquillarme con ella en su tocador. Yo debía mostrarme presentable. Se sentaba detrás de mí durante las manos y observaba todos mis movimientos. Tenía que ser aburridísimo, ¿no le parece?

Bajo la voz a propósito. Sé que le deleitará.

—¿Y usted hacía trampas?

En efecto, una sonrisa pícara se delinea en su rostro.

—Las visitas me subestimaban. Yo era la criada, la que quitaba los mocos a los niños y rascaba la mugre de los zapatos. El señor me daba parte de lo que sacaba, él tenía suficiente con humillar a sus amigos.

Le sobreviene un ataque de tos. Saca un caramelo del bolsillo de su bata. Lo pela con pericia y lo restriega en la boca.

—No me diga que la menta es mala para la garganta. ¿Me va a decir usted lo mismo? Era la cantinela del doctor Coarasa. ¿Quiere uno?

Niego con la cabeza.

—¿Por dónde iba?

—Por las partidas de cartas.

—Ah, sí, eso. Lo más difícil es saber retirarse a tiempo. Los hombres, permítame que le diga, son vanidosos y eso los vuelve idiotas. No digo usted, digo en general. Yo supe cuándo parar. Dejar las partidas de cartas, dejar aquella familia rica. Pagué las deudas de mi marido, me costó, pero las pagué. Me trasladé a Lindes con mis hijos. Entré a trabajar con una modista. No se me daba mal coser, ¿le he contado ya que no se me daba mal coser? No ganaba demasiado, no me gustaba aquella mujer, la modista, era desconfiada y reservada, como lo son todos por aquí. A diferencia de ella yo no era una verdadera viuda, solo lo era a medias, a tiempo parcial. Estaba al corriente de mi situación y le resultaba deshonrosa. No me dejaba atender a los clientes, tomarles las medidas. Me quedaba en la trastienda cortando patrones.

Se encoge de hombros. El caramelo rebota contra las paredes de su boca.

—Yo nunca he sido así, ¿sabe?, nunca. Nunca he tenido secretos, al menos en lo que a mí respecta. Siempre me ha gustado decir las cosas, hablar mucho, hablar claro, para no olvidar nada.

Levanta la mirada, hace una pausa y sigue.

—Mi marido me confesó una vez que no se acordaba demasiado de nuestro noviazgo. Que había recorrido muchas comarcas parecidas a la nuestra, canalizando ríos. Que había conocido a otras chicas que se me asemejaban. ¿Qué le parece? Me ofendí, claro, no por lo de las otras chicas, sino por su falta de memoria. Yo me acuerdo a la perfección de la tarde en que apareció por la granja y saludó a mi padre, me acuerdo de su corbata de punto marrón con lunares, de la raya del pelo a la izquierda, tan repeinada, de su bigotito. Me acuerdo de dónde nos besamos por primera vez y todas las veces siguientes antes de casarnos. No fueron muchas, todo hay que decirlo.

—Las cosas se olvidan...

—Oh, vamos, doctor, ¿de verdad lo cree? Quizá no se presta

la debida atención. Por ejemplo, el salmo de nuestra boda fue ese que dice: «Solo Él puede librarte de las trampas del cazador y de mortíferas plagas, pues te cubrirá con sus plumas y bajo sus alas hallarás refugio». Eso se leyó, no otra cosa.

Ese salmo de repente. El mismo del funeral de mi madre. Es el único que conozco, el único que he retenido.

—¿Alguna vez le han hecho un traje a medida? Debería encargarse uno, hágame caso.

La señorita Mariposa sigue con su parloteo. Transportado por el recuerdo, desoigo algunas frases. Retomo el hilo.

—Él no jugaba mal, mi marido, pero perdía la concentración. Eso es un gran error sobre todo cuando apuestas. No puedes perder la concentración. Los detalles son cruciales.

Me aprieta la mano.

—Voy a contarle algo más. Puede decírselo a cualquiera, no me importa.

Consulto mi reloj de pulsera sin disimulo. Es hora de marcharme.

—Es lo último por hoy. No le entretengo más.

Hace una pausa teatral.

—Sé que no se lleva bien con la directora. No se preocupe, no es culpa suya, no ha hecho nada malo. Ella es así: es de ese tipo de mujeres que odian a los hombres, que piensan que todo funcionaría mejor sin ellos.

—Yo a veces también lo pienso.

La señorita Mariposa sonríe.

—Pues yo no, en absoluto. Yo nunca odié a mi marido, a pesar de que tuve muchos motivos para ello, se lo puedo asegurar.

Del neceser de cuero que reposa en su regazo toma un estuchito con polvos rosas.

—Para colmo ella es aries.

—¿Perdón?

—La directora, digo.

Con una brocha del tamaño de un pulgar se extiende el colorete por el agujero de las mejillas.

—Ella es aries. Y usted, piscis, no lo niegue. Fuego y agua:

incompatibles.

Tomo el pasillo en dirección al vestíbulo. La puerta de salida está cerrada con llave y el cuidador que la vigila no se encuentra en su puesto. Estoy atrapado.

Hay un teléfono público que nadie usa. Se aloja en un recinto estrechísimo con puertas batientes. Recuerda a esas cabinas de las películas antiguas donde un viajante somnoliento telefonea a su familia en Kansas, a cientos de millas de su hotel. Por una ranura se introducen las monedas y por otra pestaña más abajo se recupera el cambio. La guía telefónica tiene fecha de diez años atrás. Un cordón sujeta un bolígrafo sin capuchón.

Si llueve y la terraza está impracticable, la señora Eulalia pasa las tardes en el cubículo. Se cierra la puerta, se sienta en el banquillo, descuelga, abre un monedero de abuela con doble cierre y mete una moneda en la ranura superior. Marca números de teléfono inventados y dialoga con el vacío. La he escuchado conversar con grandes personalidades internacionales vivas y muertas. Sus favoritas son Margaret Thatcher y el Papa. También avisa a la policía de que he aparecido, de que ya pueden detenerme por el secuestro y posterior asesinato del doctor Coarasa. En otras ocasiones habla con su marido fallecido hace más de veinte años, le insta a que repare de una vez las goteras del cobertizo. De repente un rayo de lucidez la atraviesa: «Ya está bien la broma —le exhorta a voz en grito—. ¡Sácame de aquí, Isidro!». Cuando cuelga, la moneda cae. La recupera, cierra el monedero y se marcha con el sentimiento del deber cumplido.

Al verme ante la puerta cerrada, Irina acelera el paso.

—No me dejáis volver al faro, ¿eh?

Avergonzada, mete la cabeza entre el manojo de llaves.

—Órdenes de la directora. Es por la seguridad de los residentes.

—¿Por su seguridad? Y en caso de incendio esperará que vuelen, ¿no? Será que teme que se fuguen de Alcatraz.

Irina se encoge de hombros, me abre la puerta. Se diría que

sonríe.

—Feliz Nochevieja, Irina.

—Lo mismo para usted, doctor.

Pienso en las doce campanadas, en las cenas pantagruélicas, en las tracas, en los canapés de cangrejo falso de Teresa, en las gafas de broma, en mi padre probándose el traje gris perla para constatar que aún le cabía, en los brindis, en los empastes amenazados por los guirlaches, en las cintas enmarañadas a las ramas desnudas de los plátanos tras los festejos de la noche del 31 de diciembre.

Pienso en el año en que murió mi padre. Cuando concluyó, tuve la extraña impresión de que no había sido malo. Mi padre había muerto, sí, pero Teresa y yo nos habíamos casado, su tesina había obtenido el ansiado *cum laude*, yo había empezado a trabajar en el hospital y una de las investigaciones clínicas en que mi grupo participaba se había publicado con éxito.

Al aproximarse la medianoche subo al faro. Desde allí presencio la tempestad —rayos, truenos, relámpagos, mis campanadas de fin de año particulares—, y no me siento infeliz del todo.

De niño mi madre me obligaba a apagar la televisión si había borrasca. Sostenía que, de no hacerlo, un rayo entraría por la antena, recorrería los cables, se introduciría en el aparato y de ahí me alcanzaría a mí, que veía los dibujos repantingado en el sofá. Debía apagar la tele, pero tampoco podía leer porque no tenía permitido encender el flexo. Así que me quedaba mirando llover, aburrido al principio. En el semáforo de los peatones se alternaban el hombrecillo verde y el hombrecillo rojo. Ni rastro de transeúntes. Todos cobijados de la lluvia, todos en sus casas, habían apagado la televisión como yo y miraban llover desde sus ventanas.

Luego no escucho más que los truenos que se alejan. La tormenta se desplaza. Cierro los ojos y vislumbro a Teresa, los villancicos machacones de fondo, el ir y venir a la cocina, barre

una copa rota, ríe los chistes de los cuñados, harta de cava. Con una mano se sujeta la barbilla y se ha puesto algo que le regalé —el anillo de amatista—, se lo ha puesto a conciencia esa noche, echándome de menos como yo a ella.

La visión se esfuma, abro los ojos. Me imagino al señor Mauro en el extremo de una mesa mal iluminada, olvidado, dormitando ante el platillo de uvas. Le molestan el tráfico, los gritos, los escaparates cegadores, las bocinas de los taxis. Odia la habitación del nieto adolescente en la que lo han acomodado, la cama supletoria, los pósteres de jugadores de fútbol mal encarados cubiertos de tatuajes. No ha pisado la calle desde su llegada a la ciudad. Desea volver a la residencia. Desea ver el mar.

Los contornos de la isla de Goz se distinguen en la niebla. Una embarcación rodea la isla y desaparece más allá de la cala del Aire. Es sin duda la del barquero, navegando en una noche atípica, una noche segura en la que las patrullas anticontrabando no saldrán a hacer la ronda.

El espacio se difumina.

Victoria cursaba Derecho. Acarreaba por la casa gruesos tomos de legislación en compañía de los cuales desayunaba, comía y cenaba. Se aficionó a asistir a las vistas de los juicios. Tomaba apuntes de los argumentos del fiscal o del abogado defensor. Pronto le interesaron más los inculpados y las motivaciones por las que habían transgredido la ley que las propias clases de la facultad, de las que se ausentaba. Volvía al piso y le relataba los casos a Lulú. El loro la escuchaba con atención.

Estudiaba en el suelo en postura de yoga, con los códigos formando un círculo a su alrededor y dos bolígrafos clavados en el moño. Cuando se cansaba, sacaba a Lulú de la jaula, ponía música de sonidos naturales y bailaba al son de cascadas y pájaros. Lulú, creyéndose en el manglar, se volvía loco, batía las alas enfebrecido, se golpeaba contra las estanterías y su vuelo se desestabilizaba.

Victoria suspendió todos los exámenes a los que se presentó.

Un día Teresa me llamó asustada. Victoria estaba en el balcón desnuda con el loro Lulú entre las piernas. Hacía bajo cero. Se negaba a entrar, no atendía a razones. Para cuando llegué, Teresa solo había conseguido cubrirla con una manta. Entre los dos la metimos dentro a la fuerza y cerramos la puerta del balcón. Unas vecinas habían salido por los gritos y contemplaban la escena sin ni siquiera fingir regar los geranios.

Con la pintura restante Victoria había trazado espirales en las paredes de su cuarto, que desembocaban en símbolos del infinito. Tenían algo hipnótico esas tramas, de no ser porque además de las paredes había cubierto de pintura la cama, el escritorio, el armario,

y había arrancado las hojas de todos los tratados de Derecho.

Las galletas de la fortuna no habían predicho nada de aquello.

Llamé a Salva, no porque estuviera acabando la especialidad de Psiquiatría, sino porque siempre llamo a Salva cuando necesito ayuda. Así fue como se conocieron.

Los murmullos relajantes de las mareas, el repiqueteo de la lluvia, seguían sonando en la cadena. Lulú se mostró dócil cuando lo metimos en la jaula, no opuso resistencia. Ahuecó el plumaje haciéndose una bola y entró en un letargo semipermanente. A la mañana siguiente apareció bocarriba, los ojos cerrados, las garras apuntaban al techo. Lo paseé en mi coche en el asiento del copiloto dentro de una bolsa de plástico. Tomé la circunvalación, salí de la ciudad. Me perdí un par de veces. Conduje marcha atrás en un tramo en que no había un alma, hasta dar con la escombrera ilegal a las afueras. Allí aterrizó Lulú, su cadáver, con jaula y todo, sobre un sofá destripado.

Nadie volvió a preguntar por el loro.

Después de aquello acompañé varias veces a Teresa al centro donde habían ingresado a Victoria. Había un jardín exterior alrededor de la estatua de una virgen blanca, que acababa en unos setos muy altos de un verde tan sólido que parecían de plástico, imposibles de franquear. Los residentes no compartían banco, hundían las miradas en el suelo. Si comenzaba a llover se ponían a cubierto debajo de una pérgola, porque las cuidadoras los conminaban a ello, no porque sintiesen la humedad de las gotas, ni el viento, ni el frío, ni el azote del sol.

La primera vez que fuimos a visitarla, Victoria estaba contenta, nos enseñaba las salas, saludaba al personal. A la salida nos cruzamos con sus padres. Nos dieron las gracias con una mueca triste, sin poder ocultar su preocupación. En la segunda visita Victoria me recordó a Lulú cuando lo liberábamos de su encierro en la despensa: tenía el pelo lacio, mal peinado, las facciones

mustias, macilentas, debido a un exceso de sueño provocado por la medicación. Escondía la cabeza bajo la capucha de la sudadera, metía las manos en los bolsillos, respondía con monosílabos. Solo deseaba marcharse de allí. Se echó a llorar cuando anunciaron por megafonía el final de la hora de visitas; nos siguió con la mirada por el pasillo, igual que un niño al que se le da un poco de cariño para a continuación abandonarlo en medio del bosque.

Salva fue a visitarla en más ocasiones: primero con nosotros, después por su cuenta.

Al cabo de un mes Victoria regresó al piso de la mano de Salva. Se habían hecho novios. Habíamos repintado su habitación con el morado previo a la crisis, en un deseo de retrotraernos a la casilla de salida. Tiramos los dados de nuevo.

Montamos una fiesta sorpresa con globos atados al techo, música, sangría, patatas fritas, amigos de amigos, hasta una tarta tonta. El piso empezó a llenarse de gente con bolsas de supermercado, amigas de Victoria la mayoría, compañeras de facultad, conocidas del pueblo, ignorantes todas ellas de la verdadera celebración oculta tras aquella fiesta, de dónde se había metido Victoria las semanas anteriores. El timbre no dejaba de sonar: Victoria abría la puerta, Salva cogía las bolsas, sacaba la bebida, la metía en el congelador para que enfriase antes y se servía una copa tras otra. Teresa había ayudado a Victoria a maquillarse, la había peinado con un pañuelo de colores a modo de diadema y sus ondas densas se derramaban sobre los hombros. Pero su semblante escondía algo duro, poseía una mirada restañada. Una mancha enturbiaba sus pupilas, una rémora quizá de aquellas noches sola en el centro, todas las pesadillas de su internamiento. Pese a eso estaba muy guapa; era comprensible que al principio Salva no pudiera dejar de contemplarla, si bien enseguida las chicas nuevas lo distrajeron de su papel de novio oficial.

Victoria estaba demasiado pendiente de agradar, de dar la bienvenida, de charlar en los grupos que se iban formando, de explicar por qué habíamos pintado cada cuarto de un color. Demasiado ocupada jugando a la anfitriona como para advertir los

devaneos de su novio. De haberse percatado lo habría achacado a su manera de ser, esa broma constante que en Salva lo envolvía todo, ese quitarle hierro al asunto, ese regodeo que nos hacía la vida más fácil a su alrededor.

Fue anocheciendo. Para avanzar por el pasillo había que ir empujando espaldas que solo se comprimían unos milímetros. No cabía un alma. El volumen aumentaba. Victoria propuso sembrar de velas la casa. Había cola para el baño. Victoria se quitó el pañuelo de colores y se lo ató a Teresa en la cabeza, bailaron juntas, se abrazaron. Teresa se mostraba alegre y risueña. En los ceniceros rebosaban las colillas. Como yo no bailaba, me sentí cansado de estar de pie y me recosté en el futón junto a una pareja que se daba el lote. Desde allí lo veía todo: Victoria aupándose, encendiendo las velas que se apagaban en las estanterías o supliendo las consumidas, mientras Salva, el barman, les tiraba la caña a todas las desconocidas con lo que él denominaba sus «habilidades innatas para la coctelería afrodisíaca». Yo había escuchado ese rollo hasta la saciedad; aunque desde donde me encontraba no podía oírle, me figuraba sus malabarismos de ligón incorregible. Entorné los párpados unos minutos. Un rodillazo de la pareja de al lado me despertó. Ahora se sobaban sin pudor. Entreví a Salva, los dos brazos como barrotes apoyados en la pared, y, encerrada en el hueco de los brazos, a una mujer. Una mujer que no era Victoria, aunque llevaba su pañuelo, que se parecía a Teresa, que era Teresa con su lata de cerveza, sonriendo nerviosa, deseando escapar. Ambos se me presentaron como en un espacio aislado, un alveolo, una burbuja despresurizada ajena al ruido, a las conversaciones, a la música. Salva se aproximaba cada vez más, Teresa se cruzaba de brazos en una señal inequívoca de malestar. Una mueca de desagrado deformó su sonrisa. Transcurrieron unos segundos hasta que Salva le puso una mano en la cintura, con la otra le acarició la cara, se aproximó a sus labios, la intentó besar. Teresa quiso zafarse, pero entonces Salva subió de nuevo los brazos bloqueando las posibles salidas. La sonrisa cesó, Teresa frunció el entrecejo, se abrió paso de un codazo.

Fue en aquel instante cuando Teresa me vio. Teresa vio mis

ojos abiertos de espectador pasivo que asiste en un cine a una película, arrellanado en el futón sin ayudarla, sin hacer nada, nada más que mirar. Y luego, aún peor, me vio ponerme en pie y quedarme ahí parado sin hacer tampoco nada.

Pero ¿qué pretendía que hiciera? Aquella era una maniobra típica de Salva de la que yo había sido testigo cotidiano —cuando no cómplice—. Y aquella era una situación a la que Teresa, como la gran mayoría de las chicas en bares, en discotecas o en fiestas idénticas a esa, se habría enfrentado no una sino miles de veces. Estaba convencido de que se las arreglaría sola, de que se escabulliría de la trampa por sus propios medios. Y estaba casi seguro de que si yo intervenía, Teresa me lo reprocharía. Me espetaría: «Sé cuidarme solita» o «No necesito escolta» o «¿Quién te has creído que eres: mi padre?», algo por el estilo.

Salva ni siquiera reparó en mí. Se sirvió la enésima copa, se dirigió a Victoria, la hizo bailar pegando su entrepierna a la de ella. Echaban la cabeza hacia atrás, se reían sin control.

Teresa se encerró en el baño. Al salir comenzó a vaciar el piso, a echar a la gente con energías renovadas.

—¿Qué prisa tienes? —le reprochaba Victoria—. Es pronto todavía.

—Es una aguafiestas —decía Salva.

Victoria y Salva se fueron de marcha con los demás. Teresa apagó una a una las velas que aún relucían. Me ofrecí a acompañarla, a ayudarla a recoger.

—Vete tú también —me dijo—. No te necesito. Ahora ya no haces falta.

Se cubrió los ojos con las manos y se echó a llorar.

—En qué pensabas, ¿eh? ¿No has visto cómo Salva me metía mano?

La abracé.

—Mujer, solo estaba borracho.

—¿Me tomas el pelo? ¿Cómo puedes ser tan ingenuo?

Me disculpé.

—Lo siento. No pensaba, no creía... Me dio la impresión de que solo charlabais. Salva no es malo, ¿sabes?, solo que a veces

pierde un poco el norte. Por eso acabará siendo tan buen psiquiatra.

Teresa no me escuchaba, estaba decepcionada. Mi inacción le era más desagradable que el aliento alcohólico de Salva sobre su boca. Aceptaba mis abrazos, mis caricias, pero su mente estaba lejos de allí.

—Pobre Victoria —repetía—. No se merece a alguien así.

La atraje hacia mí. La besé en el cuello, en la nuca.

—Estoy cansada. Me voy a la cama. Mañana tengo que estudiar.

Teresa se metió en la cama, la cara contra la pared. Me desvestí con sigilo, pues creía que ya dormía, levanté las sábanas y me deslicé dentro sin tocarla. En aquel momento Teresa se dio la vuelta y me abrazó.

—Tú no eres como él, no eres como Salva —me decía atusándome el pelo—. Tú nunca serías capaz de hacer algo así, de tratar así a las chicas. Por eso te quiero.

Yo estaba bocarriba. Teresa se colocó encima de mí. Su ternura y sus susurros cálidos me reconfortaban, el cosquilleo de su melena en mi nariz era una penitencia suave, un castigo dulce, el símbolo del perdón que me otorgaba. Me acarició primero el pecho, más tarde los costados, y se deshizo del pantalón del pijama. Sus manos buscaron a tientas mi vientre. Así, sin hablar más, sin besarnos, su pelvis empezó a oscilar conmigo dentro. Recuerdo que cuando concluyó todo, permanecimos en la misma postura hasta que su respiración se ralentizó. Se había quedado dormida. Yo, como no podía conciliar el sueño, me dediqué a observar el pañuelo de colores que había pasado de la cabeza de Victoria a la de Teresa y reposaba en olas sobre la mesilla.

En aquella época los padres de Victoria se acercaban con frecuencia y sin avisar. Andaban de pasada en la ciudad, sostenían, por recados inexactos. La madre le traía siempre algún regalo: unos pendientes, algo de ropa (un jersey, una falda, unas botas de media caña). Con la excusa de que se probase aquello, entraba en el

dormitorio y con el rabillo del ojo comprobaba que todo permanecía en su sitio. Les preocupaban muchísimo las drogas, como si el cóctel de pastillas que su hija tomaba no fuese en sí mismo una bomba farmacológica. Si Salva se encontraba en el piso —lo que ocurría a menudo—, el padre se lo llevaba a otra habitación, hablaban en susurros y salían al cabo de un rato.

Victoria no retomó la universidad. Se apuntaba a cursos esporádicos —tatuajes de henna, biodanza, guitarra exprés— que se anunciaban en las marquesinas. Veía a una psiquiatra dos veces por semana. Salva la acompañaba.

Teresa trató de mantener a raya sus recelos hacia Salva y concentrarse en la amistad que las unía. Se esforzó mucho. Se enteraba de la apertura de nuevos garitos con el fin de ilusionar a Victoria. Le cocinaba los platos que más le gustaban. Salían a pasear. Hacían planes. Su verano ya no tenía semanas libres: en julio, las fiestas del pueblo de Victoria y una escapada a la playa, y en agosto, un Interrail de un mes —Teresa suspiraba por callejear por las capitales de Centroeuropa junto a su amiga—. Yo estaba atado a la ciudad, a mi residencia en el hospital, no podía pedir vacaciones. Le hice ver que, de llevar a cabo esos viajes, ella y yo nos veríamos poquísimo, pero Teresa anteponía su hermandad con Victoria a nuestra relación con razones convincentes. Hablaba de una situación excepcional y transitoria, de los progresos en la curación de su amiga, de entrega, de generosidad. Era optimista: si arrimábamos el hombro, si nos sacrificábamos, el episodio del balcón y su posterior ingreso en el psiquiátrico se convertirían en recuerdos velozmente borrados. Esa era la meta que se había propuesto, lo comprendí enseguida, y la rebasaría con holgura empleando todos los medios a su alcance.

Dicho así, acabó no pareciéndome mal del todo.

Sin embargo, aunque los demás nos afanásemos, nos disfrazásemos, me dio la sensación de que Victoria jamás olvidaría. Exudaba ya el amargor de esas manzanas que por ser arrancadas demasiado pronto nunca maduran.

Cae una llovizna menuda en un día templado.

Celso nos ve salir. Ana va muy abrigada, yo no llevo más que un jersey. Celso me ofrece un chubasquero naranja de entre las pertenencias olvidadas por antiguos huéspedes.

—Lo va a necesitar.

Se equivoca. No va a hacer falta. Se abren claros sobre el mar. Lo meto en el maletero a regañadientes, con desconfianza, molesto porque es testigo de nuestra salida.

Vamos a la ermita de Santa Bárbara, a unos diez kilómetros al noreste. Ana parece ilusionada. Me da las gracias por conducir. No tiene carné, pero me cuenta que en una escena simuló arrancar un coche.

—Sé meter primera.

—¿Por qué no has pedido a León que te acompañe?

Tras cambiarle los pocos apósitos que le quedan, me ha pedido que la lleve a hacer algo de turismo. «Me aburro tanto —me ha confesado—, peor que enterrada.»

—León está ocupado. Está en el mercado inmobiliario.

«Un hombre de negocios no puede permitirse vacaciones», lo he oído decir en el comedor. Lleva el teléfono móvil en una funda trabada al cinturón a modo de petaca, como la pistola de un *sheriff*. Con la oreja pegada al auricular sortea las mesas en busca de cobertura hasta que sale al exterior escupiendo siempre las mismas frases: «Espera, no te oigo» o «Te cortas, te cortas» o «Véndelo, te he dicho que lo vendas, ese terreno no interesa». Se ríe con voz fuerte, come con la boca abierta, arrastra la silla cuando se levanta.

La carretera serpentea entre islotes de hierba y flores. Cada vez a más velocidad, cada vez más cerca, el viento amontona nubes

gruesas en dirección a la tierra y el cielo las empuja hacia nuestras cabezas.

Arrincono el coche y salimos.

Suspendida sobre el mar, la ermita se sitúa en un islote unido a tierra firme mediante una flecha de arena. Caminamos juntos. Unas aves de colas ahorquilladas nos observan curiosas sin levantar el vuelo.

Ana restriega las manos contra sus muslos, contra su cuerpo. Su impermeable emite chasquidos. Desea restregarse también las mejillas, pero se detiene. La piel está tirante, la hinchazón no ha desaparecido. Quizá todavía le duela o tema tocarlas como si fuesen de porcelana, frágiles, fáciles de romper.

Bajo una campana solitaria, una puerta de madera en un soportal. Al penetrar en el interior, el eco de nuestros pasos retumba igual que si camináse mos ataviados con escafandras. Ana se acomoda en un banco a mitad de la iglesia y contempla la efigie de la santa en su hornacina, la protectora contra el rayo y las tormentas, con sus atributos, la torre a sus pies y la palma del martirio.

—Ya nadie cree —dice Ana—, pero hay que creer, hay que creer en algo.

—¿En qué crees tú?

—¿Yo? Mira la santa ahí arriba, mira su cuello sin una sola arruga.

Y luego entrelaza los dedos y reza, reza de verdad, sobre el perfume languideciente de los crisantemos, sobre los exvotos de las esposas de los marineros, agradecidas por la intercesión de lo sobrehumano, por la restitución milagrosa de sus maridos de la garganta abierta del mar.

Al salir un aguacero pacífico, constante, da la razón a Celso. Las manos de Ana están tan congeladas que las uñas se le han amoratado. Me las enseña.

—Tengo frío.

Se las froto entre mis palmas con la fricción de un *boy scout* que intentase hacer fuego. Las noto suaves, tiernas. Su frialdad no

remite.

—Entremos en el coche.

La lluvia cobra vigor. Los limpiaparabrisas se acompasan igual que la respiración de los cantantes, los péndulos, los corazones.

Pero el motor no arranca.

Abro el capó. Un laberinto de tubos y cables que en contacto con las gotas libera vapor. Mi jersey se empapa. Miro la grisura de tapones y fusibles sin comprender.

Ana se ajusta la capucha y se queda mirando las piezas. Ahora es ella la que me acaricia los dedos de la mano.

—¿Te había pasado esto alguna vez?

—¿El qué? ¿Que no arranque el coche?

Se lleva mi mano a la cara, a los moratones de su rostro. El maquillaje no es capaz todavía de difuminarlos.

—No, tonto. Me refiero a si has cuidado alguna vez de alguna chica a la que le hubiesen hecho la cirugía estética.

—No, es mi primera vez.

Se pone de puntillas y me besa, me besa despacio, solo para probar, con los labios juntos, una boca prieta, un roce mínimo, casi sin querer. Su beso me recuerda al primero que Teresa me dio, porque yo no me atrevía a besarla.

Pero, a diferencia de aquel recuerdo, me hago a un lado e intuyo su torso debajo del abrigo: los pechos que alguien había considerado incorrectos ahora reparados, aún calientes de dolor, infatuados de plástico, anidados por la nada.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —me escucho decir—. ¿Cómo has dejado a alguien que te lo hiciera?

Ana me suelta la mano. Su tez se agrieta.

—Prueba a arrancar otra vez, anda. Se hace tarde y quiero volver.

En el coche, calado por completo, me acuerdo de las predicciones de Celso, del chubasquero en el maletero.

—Da las gracias de que no le cuente nada de esto a León.

Entonces el Volvo por fin arranca y deseo alejarme lo más

deprisa, marcharme con precipitación de aquel lugar.

León regresa por la tarde al hostal. Los negocios han terminado. Si ha perdido dinero, aparca de malas maneras el vehículo: el morro se hunde en las jardineras y descabeza alguna begonia. Celso lo maldice en silencio y endereza la maceta.

A tiempo para cenar, se da una ducha y aparece con el rostro encendido por el agua caliente. Baja con Ana del brazo por la escalera.

Apura la botella. La copa de Ana permanece intacta. León la toma de la mano, le escudriña la cara al trasluz, le pide que gire el mentón, le da golpecitos rítmicos sobre las mejillas como si fuese la piel de un tambor. Unas caricias desagradables que no puedo dejar de observar.

Si estoy presente, me dice:

—¿Cómo lo ves, doctor? ¿Cuándo nos podremos largar de este agujero?

Ana esconde los ojos como las niñas que han roto una figurita del aparador de sus madres y no se atreven a confesarlo. Si no me ve, no existo.

La hinchazón es casi imperceptible. No falta mucho.

Las curas terminaron la mañana de la excursión a Santa Bárbara. Desde entonces, ni una visita más.

Apoyo la mejilla contra el cristal empañado de la cocina. Limpio el vaho con la manga del anorak. La nieve cubre el camino. Una capa finísima de un resplandor brillante, intacto.

—No es habitual —dice el barquero—, pero a veces sucede. La playa se vuelve blanca y el mar se oscurece por completo.

Fiel a su ritual elige un guijarro. Lo sopesa en su palma, lo proyecta al aire calculando su densidad, lo observa como a través de una lente de joyero. Lo desecha.

Escuchamos un aullido sobre otro y después, unos ladridos potentes. El barquero emite un silbido al aire en dirección a la vieja herrería. Los ladridos enmudecen.

Luego se gira hacia mí.

—Pronto saldrá el sol —asegura—. La nieve no aguantará.

Atravesamos el estrecho. Me asomo a la borda. Entre las ondulaciones del mar creo ver sombras de rodaballos gelatinosos nadando en las profundidades.

La nieve. Me acuerdo del modo ciego en que caía en la ciudad de mi infancia. Las fachadas de ladrillo se entristecían. Los neumáticos la aplastaban, la escupían a los sumideros, los tubos de escape la tiznaban. La nieve lo sepultaba todo: los columpios en las plazas, los toboganes, los balancines, las casitas donde jugábamos a las tiendas. Los límites del estanque en el que un cartel rezaba NO DAR PAN A LAS OCAS. Las ocas eran violentas. Alargaban el cuello para picarte. Hacíamos una bola con el papel de plata del bocadillo y se lo lanzábamos. No lo esquivaban, no se amilanaban. Aguantaban la nevada desafiantes con los picos anaranjados hacia el cielo, fuera de sus casetas.

—¿Cómo están sus abejas? ¿Siguen muriéndose?

No deseo preguntarle por los perros; las abejas me espantan un poco menos.

Veo el perfil de la residencia, el edificio recortado sobre el cielo. Las ventanas como ojos escrutadores, la directora acechando mi llegada. No quiero entrar todavía.

—Me gustaría ver sus colmenas —me oigo decir.

El barquero se cala la navaja al cinturón. Bordeamos la playa de las Damas y ascendemos por un camino embarrado, resbaloso, a causa de la nieve sin hollar. Sigo la estela de sus huellas. Piso donde él pisa. Mi calzado es inadecuado y enseguida la humedad traspasa las suelas. Caminamos así: él delante y yo detrás, unos diez minutos. La residencia permanece a la derecha, se distancia, se empequeñece. Nos internamos en una zona boscosa de castaños y robles. Me cuesta avanzar sobre el delgado manto de hojas mojadas que despierto y revuelvo a mi paso. Los helechos acarician mis rodillas. Un olor a hongo tierno se eleva del suelo.

—Tenga cuidado con dónde pone el pie. La nieve ha cubierto los cepos.

Llegamos a una cabaña fabricada con piedras amontonadas unas sobre otras, trabadas con una argamasa bruta. El techo es de uralita. El barquero abre el candado.

—Espere aquí.

Una lámpara de gasolina se enciende, una llama tibia ilumina la estancia. Me acerco. De la puerta entreabierta el hedor emerge. Colgados por el cuello de la viga central penden unos diez cuerpos de animales desollados.

—¿Qué son? —pregunto, tapándome la nariz con la bufanda.

—Conejos, ardillas, ratas acuáticas, algún zorro idiota. En Lindes se cobra bien por las pieles.

El barquero blande una palanca de punta metálica en forma de garfio, como las que algunos pescadores usan para capturar pulpos por las grietas de las rocas. Cierra la puerta, pasa el candado. Apunta hacia el frente con el palo curvo.

—¿Ve ese claro? Ahí están las abejas.

Lo que veo mientras avanzamos me hace pensar en el museo natural de un escultor chiflado. Las colmenas se alojan en troncos alineados sin mucha geometría. De un metro de alto aproximadamente, en posición vertical, han sido vaciados por dentro para albergar los panales. Losas pulidas tapan los huecos a la manera de tejados y sobre ellas, en una decoración caprichosa y jeroglífica, se amontonan las piedras que el barquero recolecta en la playa de Nadie.

Da unas palmadas a un tocón recio.

—Así las niñas están protegidas de las heladas y de los depredadores.

El barquero habla de garduñas hambrientas con avaricia de trampero. Me invita a acercarme al tronco. Desparrama los guijarros que, amortiguados por la nieve, se precipitan al suelo sin emitir ningún sonido. Hinca la palanca en una rendija.

—Sostenga de ese extremo.

Entre los dos levantamos la losa del tronco. Retira las frondas secas que aíslan las colmenas. Pasa su mano endurecida sobre una

capa de arena. Temo que las abejas despierten de su hibernación, de su letargo, se abalancen sobre mí, sobre el extranjero, con el zumbido que produce el batir de sus alas transparentes y nervudas. Mis pies están entumecidos, han perdido su sensibilidad.

—El año pasado, diez troncos habitados. Este invierno, solo cuatro.

Con ayuda de su navaja hace palanca en el interior del leño sobre un madero cruzado. Extrae un panal. Espero poder contemplar la famosa miel negra de Goz, una miel que me figuro oscura, solidificada por la congelación, brillante como los ojos facetados de un insecto.

El panal está vacío.

Vuelve a colocarlo en su lugar, pero ya no ajusta. Saca la navaja y, a modo de gubia, intenta tallar la corteza. De súbito el mango se le resbala. Es entonces cuando la sangre brota, se desparrama, tiñe la nieve. El filo ha atravesado de lado a lado la palma del barquero dejando atrás una tajada profunda.

En un segundo me arranco la bufanda y la anudo alrededor de su mano.

—Presiónese fuerte.

El barquero amaga un rictus de dolor. Se sienta sobre la nieve. Aprieta las muelas. Sin que se dé cuenta recojo la navaja, me la meto en el bolsillo. Le presiono la herida yo también y así, de la mano, como Hansel y Gretel, recorremos el camino inverso, dejamos atrás las colmenas y el claro y el bosque de castaños y robles, en dirección a la playa de las Damas.

Soy consciente de que, al traspasar la entrada de la residencia junto al barquero, la directora se ha levantado de su butaca y se ha quedado en el pasillo, testigo de nuestra precipitación. Grito el nombre de Irina cada vez más fuerte. Los ancianos emergen de sus madrigueras, asoman sus arrugados hocicos. Intuyen, entusiasmados, que algo está ocurriendo.

—Bien abierta, Irina. Como si le estuviésemos leyendo el futuro.

Irina sujeta, yo suturo. Diez puntos en la palma, cinco en el dorso. En el instante en que corto el último filamento, me doy

cuenta de que con el nerviosismo y las prisas he pasado por alto la anestesia. El barquero no ha mudado el gesto.

—Mi navaja —dice al final—. Se ha quedado en las colmenas.

La directora nos observa, los brazos cruzados y el ceño fruncido, y avanza hacia mí con el pecho por delante, como un gallo de pelea desbarbado.

Irina ocupa el otro confidente. Agacha la cabeza y sus ojos color hoja de pino se oscurecen para mí.

La directora nos acusa de «uso fraudulento y sin permiso» de la enfermería.

—Me obligan a dar parte a la Comarca —ha dicho con contrición fingida—, en contra de mi voluntad.

Insisto en que, de no haberla cosido de inmediato en la residencia, la mano del barquero podría haberse infectado, gangrenado. Ahora sería un inválido.

—Ha sido una urgencia. Los daños habrían sido irreparables. Podría haberse quedado manco.

Me descubro a mí mismo justificando lo injustificable ante una mujer que soba un escarabajo.

—No debería ayudar a ese ladrón —dice la directora—. Me ha estafado con la construcción del invernadero.

—Usted verá con quién hace sus tratos.

Mi contestación la crispa.

—Métase en sus asuntos.

Respira de nuevo y prosigue más calmada.

—Mi mayor preocupación son mis residentes, doctor. Y los recursos que ellos, no lo olvide, invierten en su bienestar. Debería ser también la suya.

Hace una pausa. Retrae las escápulas, su cuello de avestruz emerge. Eleva la voz.

—No se equivoque, doctor. Los viejos no son suyos. Los viejos son míos.

Luego apunta con su mirada a Irina.

—Y de ti no esperaba esto, Irina. Después de tantos años, después de lo que he hecho por ti.

—Irina solo ha hecho lo que yo le he pedido que haga.

Es en vano. La directora está a mucha distancia de aquí. No escucha. Me he vuelto transparente para ella. La decisión ya está tomada.

Luego comienza una perorata sobre la responsabilidad y la jerarquía de prioridades y el que se abstrae soy yo. Leo los lomos de sus libros en las estanterías. *Los casos de Miss Marple* se sitúa entre *El sentido positivo del fracaso*, *La gran enciclopedia de las orquídeas* y *Cómo piensan las personas exitosas*. Hay un cuadernillo de sopas de letras abierto por la mitad en su mesa.

Cuando termina, me pongo en pie. No bajo los ojos, no me excuso.

—¿Sabía usted que los escarabajos son coprófagos?

La directora, sentada en su butacón, sufre uno de sus violentos ataques de hipo.

Cierro la puerta de un portazo.

Es domingo. Llevo dos días enfermo: he tenido fiebre, he vomitado, he sudado. He cancelado las citas, las visitas a domicilio, he derivado los casos más urgentes a los colegas de Lindes. Me he metido en la cama con los pies helados y el cuerpo recorrido por temblores. He dormido sin consciencia.

Laura me visita fuera de su horario habitual. La oigo susurrar a sus hijos. Pone música en la cadena con el volumen al mínimo. Me sorprende que le gusten los boleros. Me pide permiso para usar los folios y los rotuladores de la consulta. La oigo trajinar en la cocina. El choque de las cacerolas y las tapas, encender el fuego, un olor reconfortante que atraviesa las rendijas de las puertas. Me trae sopa de pescado, me calienta una taza, me la acerca a la mesilla. No tengo hambre, se lo agradezco.

—¿Los médicos no vais al médico? —pregunta.

Ha venido con su marido, pero su marido permanece en el coche.

No necesito nada, le pido que se marche, aunque me gustaría poder pedirle que se quedase.

Me acerca los cuadernos, la pluma, los libros, las revistas de medicina. Conoce lo que deseo tener cerca. En las mujeres nada es casual.

Dormito otro poco.

Antes de que se vayan, quiero enseñarles el faro a los hijos de Laura, subir con ellos. Abro la puerta de acceso a la torre y a los muchachos los recorre la emoción. Subimos la escalera de caracol. Los dejo pasar delante y nos esperan arriba. Los chicos se entretienen haciendo vaho contra los cristales de las vidrieras. Laura los reprende:

—Dejad de ensuciarlo todo.

Les abro la puerta para salir al balcón, donde juegan a perseguirse sin escapatoria posible, girando en círculos en torno a la gran linterna varada.

Desde allí arriba me reencuentro con el mar y el cielo y Goz y la bruma. Respiro fuerte, todo lo que cabe en mis pulmones. Los días son extraños, despejados. No hace demasiado viento. Sobre el cabo los parapentes pueden desplegarse sin peligro. Los hombres, enfundados en sus monos cortavientos, corren por la ladera y se deslizan sobre la playa de Nadie, planean las alas rojas, limas, púrpuras, flotan sobre el mar en calma y cuando están a punto de rozar los cantos rodados de la playa, las piernas de los voladores se agitan con el ímpetu de las patas de un insecto y consiguen aterrizar de forma armónica, liviana, sin casi rozar la tierra.

El más pequeño me atrapa la mano, me dedica una sonrisa mellada.

—No es el mejor momento, ya lo sé —dice Laura—. Estás aún enfermo y puede que no tengas muchas ganas... Pero, aprovechando que Antonio está ahí fuera, ¿te importaría echarle un vistazo?

—¿A él?

—Sí, a Antonio. Me tiene preocupada.

Antonio escucha la radio del coche. Por el retrovisor ve cómo me acerco y sale. Mete las manos en los bolsillos del vaquero. Su

postura es algo desafiante, su gesto esconde un dolor difuso. Tiene el aspecto granuloso de alguien que no se ha contemplado desde hace décadas en un espejo. Laura le toma del antebrazo con la ternura con que empujaría a un hijo, uno tripudo con los hombros caídos, un niño tosco de cien kilos de peso.

Antonio conduce un camión de gran tonelaje. Dos veces por semana viaja a Austria, descarga su camión isotérmico en un polígono a las afueras de Viena y da media vuelta. Miro a través de sus ojos: su estampita de san Cristóbal con las puntas dobladas en el salpicadero y el retrato desactualizado de sus hijos. Cuando otros niños lo saludan en los adelantamientos, él echa un vistazo a la fotografía y responde haciendo sonar el claxon potente, un barrito de mamut. Nunca ha visitado ninguna ciudad de las que atraviesa —Clermont-Ferrand, Ginebra, Salzburgo son solo letras impresas en carteles reflectantes—, pero conoce a la perfección las circunvalaciones, los carriles de acceso, las gasolineras más baratas de la ruta. Duerme en la cabina, se detiene a las afueras, en los aparcamientos de los supermercados, bajo las luces metalizadas de las farolas, donde se abastece de cerveza sin alcohol y salchichas ahumadas. Las come echado en el catre, frías, goteantes, directamente del tarro. Racanea con el sueño para poder estar de vuelta el sábado. Su patrón lo sabe —que no descansa lo suficiente, que falsea el tacógrafo—, hace la vista gorda. Antonio es su mejor trabajador, el más cumplidor, aquel que pone siempre como ejemplo. Eso es lo que cuenta.

Le duele la espalda. Tiene la tensión muy alta. Bebe diez cafés al día con el fin de mantenerse despierto al volante. Laura se inquieta. Lo ve deteriorarse, las ojeras color ciruela, el insomnio. Le ha obligado a entrar y él no quiere estar aquí, en mi consulta, tumbado en la camilla mientras le tomo una muestra de sangre con el brazo abierto, indefenso, a mi antojo.

Oímos una bocina fuera. Son sus hijos jugando a conducir el coche.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta Antonio, nervioso.

—Claro. Os avisaré en cuanto tenga los resultados de la analítica.

Cuando se han ido, pego los dibujos hechos por los niños. La pared de la consulta ya no está vacía. Me reconozco en el tipo alto del pelo revuelto, con esa bata de médico que recuerda a la capa de un superhéroe torpe y despistado, en un desajuste despreocupado de las perspectivas. Recojo los rotuladores esparcidos por la mesa de la cocina.

Celso se acerca casi al anochecer. Trae una caja de madera con incrustaciones nacaradas. Dispone las fichas bocabajo. No recuerdo la última vez que jugué al dominó, pero no he olvidado las reglas. El tiempo pasa más deprisa.

Entre los dibujos de los hijos de Laura y las partidas con Celso, ya no me siento tan solo.

3

Dentro del invernadero la atmósfera es pesada. Una rejilla escupe vapor. Los potos suspendidos, las raíces colgantes, las plumas de los helechos oscilan. Vaharadas calientes e invisibles se enroscan como serpientes perezosas sobre las ramas de una jungla en miniatura, de juguete, de mentira. Un higrómetro marca el nivel de humedad. Nunca baja del setenta por ciento. En cuanto entro, mis poros reaccionan: sudo.

La directora ya no sale a recibirme ni soporto sus homilías en el despacho del escarabajo. La mayor parte del tiempo lo pasa en el invernadero, y es ahí donde me cita cuando quiere que hablemos. Lejos de albergar las hortalizas de los residentes, la directora lo ha reservado para su disfrute personal. Orquídeas, ficus de hojas acorazonadas, troncos del Brasil, plantas de hojas gigantescas, todas especies alóctonas necesitadas de unas condiciones de temperatura, humedad y luz en las antípodas de las que Goz puede ofrecer. Pero incluso el rayo de sol más débil, al atravesar los cristales, quintuplica su claridad, me obliga a entornar los ojos.

La directora me habla mientras pinza y estira con sus dedos cortos la espina de un cactus. Me da instrucciones precisas como si yo fuese un caso perdido, un alumno abocado a repetir curso. Le irritan mis insumisiones mínimas, pero le reconforta mi indolencia, mis pocas ganas de pelea.

Cuando su sermón termina, me echa del invernadero y nos sincronizamos en una coreografía esquiva. Si oigo sus tacones terrosos doblando un pasillo, entro en una habitación y cierro la puerta tras de mí. Si nos encontramos en el comedor, me da la espalda y busca a gritos al cocinero bajo pretextos inventados. Cada vez son más escasas las ocasiones en que coincidimos.

Unos albañiles reparan el techado. El barquero también se ha

unido a la cuadrilla. Al verme, baja de la escalera, me lleva de vuelta a la playa de Nadie y regresa a Goz. Los perros camparán a sus anchas. Ladrarán hasta desgañitarse.

Después de unas semanas jugando a la evitación, la directora me convoca en su despacho. Se quita las gafas sujetas a su cuello por un cordón. Lleva una falda demasiado corta, los muslos se vislumbran por debajo de la mesa, las medias estiradas al máximo a la altura de las rodillas.

Me explica que los obreros del tejado están comenzando a cubrir la terraza.

—Hemos recibido un ingreso extra. Haremos algunas mejoras.

Hace una pausa. Se restriega los párpados.

—Hemos cambiado de nombre, por cierto. Ahora nos llamamos Residencia Elegance Isla de Goz. Vamos a pertenecer a una gran familia.

Señala fuera en dirección a las obras.

—Dentro de poco sacaremos partido al espacio infrautilizado de la terraza. Quince habitaciones más. Habitaciones dobles, eso sí, pero de reciente construcción y con todo el equipamiento: camas articuladas, baños adaptados libres de barreras...

Las motas de polvo se quedan mucho tiempo en suspensión.

—Es una pena que usted no vaya a ser testigo de esta revolución. Sus visitas muy pronto no serán necesarias. Elegance desea los mejores cuidados para sus mayores. A su sustituto se le exigirá la especialidad en Geriatría.

Le pregunto a Irina cómo evoluciona su tendinitis, si se aplica calor, si toma los analgésicos que le receté. Se rasca el hombro.

—Ya no me duele. Ahora me pica.

Le pido que se desvista. Tiene unas quemaduras leves sobre la

epidermis.

—Me quedé dormida sobre la manta eléctrica.

Se ruboriza. Nos da la risa. Le prescribo una pomada y le pido que vaya a buscar al señor Mauro para su pesaje semanal.

Irina no malicia nada. Ignora que la directora va a revisar los contratos de todo el personal, incluido el suyo, por indicación de los responsables de Elegance.

La señorita Mariposa ya está en la puerta esperando su turno. La hago pasar.

—¿Cómo está, doctor? ¿Cómo se encuentra? Espero que no le duela nada.

Se ríe sola. Ha hecho un chiste, creo. Me río con ella, con su humor sin fatiga.

Cuando saco el tensiómetro, lo rechaza.

—No, no se moleste. Ese chisme me aprieta y no me queda mucho brazo, que digamos. Hoy he venido para hablar.

«Menuda novedad», pienso.

—Pues la escucho.

—Es que yo no quiero que me alarguen la vida. No sé si basta con que se lo diga a usted o tengo que firmar algún papel. Usted habrá visto muchos muertos, ¿a que sí? Pues yo no he visto demasiados y no quiero verme a mí a punto de morir sin conseguirlo. No me malinterprete: pretendo seguir dando guerra todo lo que pueda, todo lo que aguante este cuerpo. Al Ruso se lo mencioné, bueno, al doctor Coarasa, quiero decir, pero ya sabe, él siempre con sus cosas, con sus relojes. No sé si me hizo mucho caso. Me prometió que lo pondríamos por escrito, pero eso fue dos semanas antes de que se fugase con aquella cuidadora morenita.

Mi cara no puede disimular la sorpresa.

—Irina sabe de quién hablo. Pregúntele cuando vuelva.

—No sabía nada de eso.

—Bueno, es cierto que nunca los vi juntos de esa manera, ya me entiende, pero se hacían ojitos. La directora se enteró, seguro, y la echó. No deja vivir a nadie esa mujer, ¿se ha dado cuenta?

—Tengo una leve sospecha, sí.

—A la sombra del nogal no te pongas a recostar.

—¿Cómo dice? —pregunto.

—¿No conoce el refrán? Pues eso, que bajo la sombra de ciertas personas nada puede florecer, nada puede prosperar.

—¿Y el doctor Coarasa?

—El Ruso se marchó a los pocos días por las buenas. Demasiadas coincidencias, me parece a mí. ¿Le apetece un caramelo?

—¿Y dónde están ahora?

La señorita Mariposa se encoge de hombros. Cruza las manos sobre el regazo.

—Si lo supiera, tenga por seguro que se lo contaría.

Guiña el ojo en señal de complicidad, pero el párpado se le queda medio bajado, no lo puede volver a levantar.

El señor Mauro aparece del brazo de Irina. Su cinturón ha extraviado dos trabillas laterales. Por su pantalón demasiado ancho parece un trol espigado y perverso que hubiese robado el atuendo a un obeso incauto. Refiere molestias en la parte superior del abdomen, pero la palpación no muestra nada nuevo. Recurro al omeprazol. Se frota las manos sin frío, sus manos secas y huesudas, sus uñas espesas como lascas. Le tomo el pulso: veintinueve, treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres. Pierdo la cuenta, distraído por las cascadas de ladrillos rotos, las carretillas que descargan cascotes en el contenedor oxidado de la entrada.

Treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis.

Anoto su dolor de estómago. Luego lo olvido.

Cuando se marcha, le pregunto a Irina por la cuidadora morena.

—¿Manuela? Ah, ya. ¿Quién se lo ha contado? No haga mucho caso a la señorita Mariposa. Habla demasiado y no siempre tiene razón.

Se sonríe.

—Su madre enfermó. Manuela tuvo que marcharse para hacerse cargo. Renunció al trabajo. Así de sencillo.

Bajo la mirada.

Me avergüenzo de haber prestado oídos a chismorreos.

Entro en mi dormitorio. Me tumbo en la cama calzado, las suelas mojadas. Teresa me habría reconvenido. He cerrado la verja, la puerta de la casa, la puerta de la habitación, en una voluntad de reclusión. Miro al techo escamado. Las humedades se intuyen a pesar de la reciente capa de pintura de Celso.

Pienso en la directora. En todas esas semanas de reuniones en Lindes, de jugar al gato y al ratón, en el espejismo de sus ausencias. En cómo, poco a poco, había aflojado su vigilancia, había bajado la guardia, se preocupaba más por el riego de sus plantas que por mi aleccionamiento. Su presencia en la enfermería era cada vez más esporádica. Parecía haberse aburrido de ver cómo desnudamos a los ancianos, cómo los tumbamos en la camilla, cómo les estiramos la piel de tortuga antes de introducir las agujas.

Un día dejé de entregarle mis informes a la salida y ella dejó de reclamarlos.

Quise creer que había claudicado.

Me encargaré de las visitas de Goz hasta la venida del geriatra. Después solo me quedarán los pacientes comunes, los de tierra firme.

Ya no tendré que tomar más pulsos arrítmicos, pulsos que casi no se perciben de tan remotos. El señor Mauro dejará de odiarme por constatar su progresiva desaparición sobre la báscula. Ya no oiré el castañeteo perpetuo de las dentaduras postizas. La señora Eulalia descargará sobre otro sus manías persecutorias. Ya no tendré que penetrar en habitaciones asfixiantes que apestan a heces y a orines, ni tocaré esos cuerpos severos sobre los que el tiempo ha causado mutaciones impúdicas, irreparables, que beben en jarritas de bebés porque son incapaces de sostener un vaso sin derramarlo, que piden que les rasques el costado porque ya no se lo alcanzan. Esos cuerpos que solo quieren afecto y se equivocan siempre al pedirlo.

Llamaré a Salva, me digo, Salva me conseguirá algo. Si

alguien puede, es él.

Esa noche sueño con Coarasa, a quien no conozco, a quien nunca he visto. Lo veo avanzar por el camino del faro con su gorro cosaco y una pelliza color hueso. Le abro la puerta. Se acomoda en mi sillón de la consulta y yo ocupo el sitio del paciente.

—Vengo por el puesto de geriatra. Estoy cansado de viajar.

Ha recorrido las noventa y seis estaciones del Transiberiano, sus nueve mil doscientos ochenta y ocho kilómetros desde Moscú hasta Vladivostok.

—Ya era hora de regresar —dice—, ¿no te parece?

Tiene unas ojeras violáceas. Me cuenta cómo el reflejo de la cara se le hundía sobre el cristal empañado y la oscuridad no se aliviaba ni con el amanecer. Los pasajeros subían y bajaban: militares ruidosos en sus botas descarnadas, mujeres con pañuelos estampados abrazando gallinas, vendiendo *matrioskas*, intercambiando comida por debajo de las mangas —caldo caliente, panecillos de centeno, huevos duros—, en un ambiente de fiesta, de bosque encantado. La vía mugrienta, los asientos incómodos, la locomotora palpitando como un corazón pesado y lento. El vagón que no avanza, que se enfanga en la taiga igual que la línea de un pincel sobre un lienzo que la nieve se afana en borrar.

—¿Y yo qué voy a hacer? —le pregunto.

Coarasa se encoge de hombros.

—Te presto mi gorro, si lo quieres. Ya no lo necesito.

A su lado bullen las hojas del té dentro de un samovar, el carbón mantiene caliente el agua. Un olor a hierba seca flota en suspenso. El té borbotea, se diluye, pierde su nombre.

Me despierto cubierto de sudor.

Lo que borbolla es el sumidero de la bañera. Un viento huracanado hace crujir la torre del faro. Las tuberías se remueven, emana agua salobre de los grifos.

Un temporal azota la costa con dureza.

El móvil de Antonio está apagado. Lo imagino conduciendo, atraviesa un túnel alpino, la amenaza de alud en las cumbres

demasiado cercanas, alterna la vista entre los neveros y el asfalto. Llamo a su casa, donde tampoco está, y le pido a Laura que le transmita el recado: han llegado los resultados de su analítica. Necesito hacerle más pruebas. No puedo comentar nada todavía. Laura insiste, no quiere entenderlo.

Tres horas después, puntual como siempre, su coche aparca junto a la verja y ella entra con los brazos tensos. Maldormida pero alerta, plancha mis camisas, friega los platos sucios —sobre los que como la comida que ella me cocina, los que apilo y aclaro con un chorro de mala conciencia—, cocina, completa sus tareas con precisión. Podría ubicarla en un quirófano: cauteriza tejidos con sus guantes de fregar, esquiva la admiración unánime de sus compañeros. Su mente vuela a leguas de mi dormitorio, de mi cuarto de baño, de la roña de las baldosas, de mis escasas pelusas. No conversamos. Hoy no quiere charlar, no quiere verme, no me deja el café recién hecho, no me trae los restos de un bizcocho de cumpleaños. Me va echando poco a poco de todas las estancias. Se quita los guantes, la operación ha sido un éxito. No viene a despedirse a la consulta donde escribo estas líneas.

La estoy traicionando por ocultarle lo que sé del cuerpo de su marido, eso es lo que siente.

Según lo previsto, a comienzos de aquel julio Teresa hizo una maleta rápida y se despidió de mí.

—Enseguida estoy de vuelta, ya verás. No te vas a dar ni cuenta. Dos meses pasan volando.

En su mirada no había ni rastro de sentimientos inútiles e improductivos como la compunción o la pena.

Hasta mitad de mes se quedarían en el pueblo, después la playa y a continuación el Interrail. Todavía no era la época de los teléfonos móviles y nos llamábamos poco, desde alguna cabina. Los tres pitidos finales nos avisaban de que la conversación se cortaría pronto y entonces nos dábamos mucha prisa en contarnos cosas, quizá en la convicción de que, si no las decíamos, se nos pudrirían dentro. El que llamaba no echaba una nueva moneda a la ranura y la voz del otro se extinguía de forma abrupta.

Las jornadas en el hospital eran fatigosas, pero la velocidad a la que aprendía mi oficio me embelesaba. La ciudad estaba desierta y era aburrida sin Teresa. Me consolaban esas charlas esporádicas. Al mes siguiente, cuando Victoria y ella abandonaran el país, el contacto sería por completo nulo. La echaba tanto de menos, me empezaba a sentir tan enfermo sin ella, que una mañana tras una guardia de veinticuatro horas —aún mareado por el agotamiento físico, la falta de alimento y de sueño— cogí un tranvía vacío y atravesé la ciudad con el único propósito de plantarme en la calle del piso compartido, frente al balcón de Victoria cerrado a cal y canto. No quería tocar timbres, así que esperé a que apareciese algún vecino para colarme. Me puse un límite: una hora, sesenta minutos. Si nadie entraba o salía del portal durante ese lapso, regresaría. Era domingo, era muy temprano. No hubo suerte. No apareció nadie y di media vuelta. A pesar de mi comportamiento

adolescente, algo se calmó en mi interior. Durante esa hora que pasé allí con aspecto de indigente, apoyado contra la reja de una mercería, encendiendo un nuevo cigarrillo con la colilla del anterior, sentado en el borde de la acera, dormitando con la barbilla entre las manos, comprendí con claridad meridiana cuánto necesitaba a Teresa en mi vida.

El verano de Teresa y Victoria concluyó antes de lo planeado. Ese agosto Teresa no cruzó el Danubio, ni paseó por la isla de Óbuda, ni visitó la basílica de San Esteban. No lo hizo hasta años más tarde, cuando fuimos nosotros dos a Budapest y el rencor ya se había apaciguado.

Teresa me citó en el piso. Acababa de llegar. Estaba sola. Quería verme.

En el último minuto Victoria había cambiado de idea. Las fiestas de su pueblo eran sagradas, lo habían pasado muy bien, habían dormido poco, habían bailado y bebido mucho entre el bullicio, pero después Victoria se cansó, no quiso ir a la playa ni mucho menos recorrer Europa. Ya no le apetecía.

En cambio, optó por aceptar la invitación de Salva de pasar unos días en una casa rural en la montaña.

Salva fue a buscarlas al pueblo. Victoria ocupaba el asiento del copiloto y Teresa, el trasero. En la ciudad descargaron a Teresa, su mochila y el saco de dormir que ya no usaría en los albergues juveniles extranjeros. Aligerados de tales fardos, Salva y Victoria tomaron la autopista del norte.

Teresa intentó contármelo de la manera más aséptica posible.

—No quiero que Victoria haga nada en contra de su voluntad —repetía—. Lo primero es su bienestar.

Pero su rostro no podía ocultar la amargura de haber sido engañada, de haber sido plantada.

—Ese amigo tuyo le ha comido el tarro —dijo—. Yo ya no existo. Ahora solo tiene ojos para él.

Intenté consolarla.

—Es normal. Son los primeros meses del enamoramiento, ya sabes, luego se pasa.

No pudo por menos que echarse a llorar.

Fue una de las escasísimas ocasiones en que he contemplado una Teresa desprotegida, insegura, flaqueante.

En ese instante, mientras se enjugaba unas lágrimas que no se permitía verter, le dije:

—Venga, larguémonos lejos. Nos vamos al aeropuerto y pillamos el primer vuelo con asientos libres.

Teresa, que es muy competente para la previsión pero carece de imaginación para los desafíos, se reía. Por una vez me dejó hacer, lo que me reveló la magnitud de su desolación.

Hice varias llamadas. Pedí favores con intereses. Lo arreglé en el hospital, no sé ni cómo. Esa tarde nuestro avión se elevaba. Volábamos hacia Turquía.

Estábamos borrachos y nos costaba subir las escaleras hasta nuestro hostal en Kuşadası. Teresa se apoyaba en mi brazo fingiendo un miedo a caer que en verdad no sentía. Los peldaños eran irregulares, unos más altos que otros. Nos parábamos a menudo para besarnos, nos hacíamos a un lado, nos apoyábamos contra la pared escachando las buganvillas. Si el pensamiento de Teresa se trasladaba a lo que había perdido, a la traición de Victoria o a los trenes que no tomaría, no se le notaba. Refulgía, era feliz. Se oía música en las terrazas. En la playa todavía quedaban bañistas, toallas multicolor dispersas en la arena, colchonetas, cubos y palas, jugadores de voleibol sin camiseta. La noche no se decidía a irrumpir, pero una luna menguante, como la de la bandera turca, lucía ya enorme, fija en el horizonte, algo enrojecida en medio de un cielo de postal. Los turistas apuntaban hacia ella las cámaras, pero nosotros, con una superioridad que no ocultábamos, contemplábamos la luna sin filtros y luego nos mirábamos, lo intuía ya, con esa devoción con que se miran las parejas en los reportajes de boda.

El raki nos soltaba la lengua. Perdíamos la cuenta de los vasos

que vaciábamos. Un camarero adolescente nos los rellenaba sin requerirlo. Hacíamos bromas sobre su trasnochada pajarita. Pese a que a ninguno de los dos nos gustaba el sabor anisado, no le hacíamos ascos a esa bebida blanca cuyo aspecto al principio nos recordó a la leche.

Teresa me hablaba con intensidad de su deseo de enterrarse entre libros, de descifrar manuscritos, de ensuciarse las uñas en yacimientos arqueológicos, de leer a los poetas, a los más primitivos, a los más confusos, de llenar páginas y páginas con la interpretación de un único verso.

—*Odi et amo* —recitaba—. *Quare id faciam, fortasse requiris. Nescio, sed fieri sentio et excrucior*.

Yo no entendía nada, pero no pedía que me lo tradujese. Me gustaba escucharla hablar en una jerga incomprensible, una sibila profetizando en trance. En cuanto a mí, no sabía lo que deseaba para mi vida, cuáles eran mis anhelos —o quizá solo la deseaba a ella, verla en erupción, como ese firmamento de lava de la puesta de sol—, y creía que sus aspiraciones voraces me bastaban.

Los cinco días recorriendo sin descanso Estambul —madrugando, tachando, conforme los visitábamos, los nombres de los monumentos, las mezquitas, las plazas, los mercados— habían finalizado. Estábamos extenuados: solo queríamos tumbarnos, holgazanear, bañarnos en las aguas cálidas y maternales del Egeo, embriagarnos de sol, comer a todas horas esos pimientos rojos rellenos de queso que nos dábamos a la boca, adormecernos si nos venía en gana. En los pocos días que llevábamos de vacaciones, Teresa había conseguido aprender unas cuantas frases en turco, lo suficiente para que la patrona sonriese al vernos o el dueño del restaurante nos ofreciese la mejor mesa. Le gustaba pedir los platos más extraños al azar, aborrecía las cartas en cuatro idiomas. Y cuando nos servían los cuencos, las salsas, los pinchos de carne a la brasa recubierta de especias, lo devoraba todo sin preguntar qué contenía, quemándose la lengua, mientras yo miraba desconfiado, untaba la punta del meñique, esperaba lo que fuera necesario, me lo llevaba a los labios con inquietud. Los comerciantes la reconocían, la saludaban levantando el brazo. Compramos una

alfombra de tramas romboides hecha a mano, que ha decorado desde entonces el pasillo de nuestro piso. Éramos una pareja curiosa: ella tan blanca, tan nórdica, chapurreando turco y griego antiguo, algo de italiano, todo el inglés del mundo, conversando con los artesanos sobre Orhan Pamuk y la poesía otomana; y yo, un poco a la zaga, con la piel tan morena como ellos pero sin sus bigotes, y el pelo demasiado largo, que sonrío un poco pero no me atrevo a abrir el pico, un acompañante mudo.

El último día en Kuşadası un taxi nos acercó hasta las ruinas de Éfeso, a escasa media hora de donde nos encontrábamos. Teresa se había empeñado en romper nuestra indolencia esgrimiendo excusas de deber histórico. Yo la seguí con la vista en las losas, apático, con fastidio por habernos alejado siquiera treinta kilómetros de la desidia refrescante de la costa. El calor era asfixiante, no soplaba ni una gota de viento, ni una nube nos protegía del inclemente sol. Los pies me escocían por las sandalias. El agua de mi botella se agotaba. Mientras yo me calaba la gorra, ella se levantaba las gafas ahumadas para percibir con mayor nitidez lo que quedaba de las ágoras, las fuentes, los teatros. Saltaba de una piedra a otra con levedad ingrávida de ninfa, las altas temperaturas no menoscababan su energía ni su ánimo. Le saqué una foto apoyada en unas ruinas jónicas, otra junto al templo de Artemisa, otra ante el templo de Adriano. Consciente de la fugacidad, le saqué muchísimas fotos. No descartaría ninguna, ni siquiera las repetitivas, las mal encuadradas, las borrosas. No me cansaba de admirarla, de enfocarla, estaba luminosa. Su piel, sin llegar a broncearse, había adquirido un leve tono dorado y su melena se había aclarado todavía más por efecto de la sal. Vestía un pareo gaseoso cuyo color sandía me ayudaba a distinguirla entre tanto turista proveniente de los monstruosos cruceros que atracaban en los puertos cercanos.

Aquel día, mientras comíamos a la sombra de unos parasoles, oímos un ruido seco y a continuación un estrépito de cubiertos y vajilla hecha añicos. A escasos metros un turista se había desplomado hacia atrás. Aún sentado en la silla de plástico, yacía en el suelo y había arrastrado el mantel y su contenido en su caída.

Empezó a convulsionar. Recuerdo su camiseta con aspecto de recién comprada, el vino derramado sobre la blancura serigrafiada del Coliseo. La mujer a su lado le gritaba en alemán o en holandés, no estoy seguro, y luego, dirigiéndose a todos nosotros, a la terraza repleta de turistas, vociferaba: *«Help, help!»*. El cuerpo del hombre, un gigante robusto de casi dos metros, se agitaba rápido y sin control. Los brazos recios parecían inertes. Una mancha húmeda se extendió por su entrepierna. Algunos clientes se levantaron de sus asientos, acaso solo para ver mejor. Dos camareros se acercaron a la escena y uno gritó:

—*A doctor! A doctor! Any doctor here?*

Teresa me miró —primero extrañada, después atónita—, pero yo no me levanté. Me vi a mí mismo como el secundario de una película de bajo presupuesto. Bebí un trago de agua helada, me metí un trozo de berenjena en la boca, lo mastiqué despacio. Tenía un regusto avinagrado que no me desagradó.

Del fondo de la terraza una mujer se abrió paso con decisión. Tenía los ojos rasgados de los orientales y el pelo muy liso y muy oscuro. Le ordenó al camarero que avisase a una ambulancia. Enrolló una servilleta y la metió en la boca del hombre para evitar que se mordiese la lengua. Con ayuda del otro camarero ladeó su cuerpo. Le buscó el pulso. La ambulancia llegó poco después, cuando la crisis ya había terminado. El hombre estaba aturdido, la mujer lloraba, la japonesa le sostenía la cabeza calva. La ambulancia se marchó con la pareja dentro. Los camareros, una vez hubieron recogido los platos rotos y barrido el suelo, volvieron a sonreír como si nada. Minutos más tarde una familia con un bebé de pocos meses, ajena al suceso, la ocupó.

Nos sirvieron el café y una copa de raki, pero Teresa no la probó.

Al día siguiente embarcamos de vuelta. El avión despegó con mucho retraso por una huelga imprevista. Era casi de noche cuando la dejé en su piso vacío.

Aquella noche no dormimos juntos.

El resto del verano lo pasamos bastante ocupados en la ciudad. En el hospital trabajé a destajo. Pagué con creces los favores que había mendigado para permitirme el viaje a Turquía. A la salida de mis guardias iba al encuentro de Teresa, al casoplón donde daba clases particulares a los siete hijos de una familia rica. Pagaban bien, ganó un buen dinero y aborreció la enseñanza. Me hizo prometerle que nunca, nunca jamás, la forzaría a tomar esa alternativa, la más directa, la más elemental, la más básica: la de ser profesora. Recuerdo mis vagabundeos por la urbanización hasta el final de la tarde, mis charlas con el vigilante que hacía la ronda. Se llamaba Agustín: soltero, hincha del equipo de fútbol regional, se ocupaba también de algunas labores menores de jardinería y del mantenimiento de las pistas de tenis. Gracias a estas incursiones en las casas conocía al detalle la historia de todos los vecinos de aquellos palacetes medio ocultos entre el follaje, bajo las copas de los árboles altísimos. Me contaba las miserias de sus habitantes, sus vicios, sus herencias, sus debilidades, sus negocios poco claros. Su conversación era vivaz e incontenible. Yo le inspiraba simpatía por el mero hecho de que desde el principio nos consideró, a Teresa y a mí, de su misma clase.

Victoria y Salva aparecieron en septiembre cuando ya teníamos la sensación de que no lo harían, de que no volverían a presentarse en nuestras vidas. Nos habíamos habituado a su ausencia. Pero a su regreso nos topamos con las afinidades extraviadas y con la felicidad de la risa, una risa basada en la ligereza de lo intrascendente, en la tontería del absurdo.

Para entonces yo vivía de facto en el piso compartido y esto animó a Salva a mudarse con Victoria. El gineceo ya no existía. Teresa había limado sus asperezas hacia Salva, se reía con sus ocurrencias. No estoy seguro de que estos cambios hiciesen olvidar a Teresa su intimidad malograda con Victoria, pero si en algún momento experimentó el dolor de lo perdido, consiguió suplirlo levantando una nueva empalizada, una integrada por los cuatro, dos parejas en armonía, firmes y establecidas.

—Somos los Cuatro jinetes del Apocalipsis, los Cuatro evangelistas, los Cuatro fantásticos —solía decir.

Y después, en privado, recuerdo de aquellos meses otra frase que Teresa me dirigía a mí en exclusiva, a media voz, con frecuencia antes de meternos en la cama con el día vencido:

—Sería bonito que fuese así *in aeternum*, ¿no te parece? Para siempre los cuatro juntos, como una familia, pero de las dichosas.

Era cierto. Éramos lo más parecido a una familia sin las incomodidades que las familias traen consigo: sin la jerarquía, sin los mandamientos, sin el toque de queda, sin las obligaciones. Sin reproches, sin celos, sin envidias. Salíamos a la calle, íbamos a los trabajos, a las clases, al supermercado, pero entre las paredes de aquel piso deslucido nos sentíamos comprendidos, cobijados, a resguardo.

Aquel fue el tiempo de la reconciliación.

Ese escenario adolecía de una ingenuidad perecedera. Como ante el efecto de la noche polar, no podíamos creer que algún día amanecería, que saldría el sol restallante e iluminaría los contornos estableciendo el verdadero, el único orden. Teresa —siempre tan racional, siempre tan práctica— fue la que más se dejó llevar por esta quimera.

Coarasa dejó tres cuadernos escritos —el tercero, apenas iniciado— y uno en blanco. Por más que busco entre líneas, no hay ninguna referencia a la tal Manuela. ¿Un amor secreto o un amor inexistente? He alcanzado la última página del cuaderno incompleto; hoy empiezo el nuevo.

Han dejado de ser libros de servicio destinados en exclusiva a reseñar las historias de los pacientes, sus anamnesis, sus antecedentes familiares, personales —patológicos y no patológicos —, gineco-obstétricos en el caso de las mujeres, sus padecimientos actuales, sus constantes vitales, las indicaciones terapéuticas, las medicaciones prescritas. Esto también se recoge, pero a continuación, como hacía Coarasa con sus reflexiones a propósito de los relojes o del tiempo, incluyo todo tipo de anotaciones: el sueño en que Coarasa regresa y ocupa mi puesto, reflexiones sobre el dolor y la vejez, cartas a Teresa que nunca leerá, el orden de los huesecillos del oído que siempre olvido —martillo, yunque, estribo y lenticular—, los mensajes de las galletas de la fortuna que más nos hacían reír, la lista de arreglos para Celso, algunos gastos menores, el teléfono de la consulta de Salva, las plantas o los animales que Celso me ha enseñado a distinguir (centaurea, charrán, retama, hinojo marino, gordolobo), del mismo modo que la mirada de Teresa me enseñó la exactitud en los colores o el nombre de algunas flores. Nada consistente, nada demasiado filosófico, escrito con esta letra de médico que Teresa aborrecía y que incluso a mí me cuesta en ocasiones desentrañar.

Teresa tenía una caligrafía preciosa, una letra con pasado —el trazo horizontal que corta la te nunca temblaba y ocupaba buena parte de la palabra, las efes se alargaban hacia arriba, las mayúsculas tenían entidad propia, como en un manuscrito

iluminado—, un pasado que quizá ni siquiera le pertenecía. Cuando anotaba la lista de la compra, lo hacía venerando cada línea de lo escrito. Renglones siempre rectos, márgenes respetados, títulos, subrayados. La intento recordar aquí, en estos cuadernos: el espacio debajo de la fecha, no apurar hasta el límite el pie de página, cómo eran sus tildes, su rabito de la o, de qué forma cogía el bolígrafo. Nada que yo en mi mediocridad sea capaz de reproducir.

Cierro el cuaderno. El callo del dedo corazón está sucio de tinta.

Imagino un día en que como Coarasa yo también me esfumo, me monto en un vagón mugriento, moscovita, coloco mi maleta en un altillo de malla, me adormezco con el traqueteo de las vías. A los años, una tarde de olas suaves y redondas sin nada de viento, un verano equivocado en medio de febrero, otro médico arriba a Punta Albatros —un poco a desgana, un poco desorientado— y ocupa mi puesto, duerme en mi cama, sube a mi faro, descubre mis cuadernos, los recorre entre la sorpresa, la incomprensión y el desconcierto. Sigue escribiendo donde yo lo dejo, sueña conmigo una noche, pero yo ya estoy a miles de kilómetros, muy muy lejos de aquí.

Los tojos se agitan enloquecidos entre la niebla densa.

A pesar del considerable mar de fondo, el barquero siempre me espera con su embarcación en la playa de Nadie.

Me explica que el mar de fondo se genera a distancia, que la longitud de la ola es muy superior a su altura, y por eso es engañoso, porque no se percibe su peligrosidad a simple vista.

Le pido que me enseñe la mano. El vendaje se ha ennegrecido. No lo ha cambiado. No le duele, pero ha disminuido la movilidad de alguna falange. Le enseño ejercicios de rehabilitación sin pronunciar esta palabra. Ase el timón, mira al frente hacia la isla, se enciende un cigarrillo. Fuma sin necesidad de usar las manos.

—¿Quiere uno? Coja un cartón.

Con su pulgar apunta debajo del banco que ocupo. Destapo la

manta. Cubre un fardo oscuro, una caja metálica. Dentro, cartones y cartones de tabaco americano.

—En pago por el cosido que me hizo. Ahora ya no le debo nada, en paz. No me gusta estar en deuda con nadie.

Sostengo en mis manos un cartón de Marlboro. Eso es al menos lo que aparece escrito.

—Buena pesca, por lo que veo.

—Algo así. Marea rubia. Las mareas son caprichosas por esta parte de la costa.

Esboza una sonrisa. No es una sonrisa cómplice, no se dirige a mí, no desea compartir conmigo ninguna confidencia. El barquero me permite saber lo que sabe todo el mundo en Punta Albatros: que sus fuentes de ingresos son múltiples e infrecuentes. Pero ahí se acaba todo. Sigo siendo un forastero, aunque quizá un poco menos que en los comienzos.

—¿Sabe que los nuevos dueños de la residencia han comprado terrenos de Goz? —digo.

Me lo ha contado Celso. Pretenden ampliar el aparcamiento y levantar dos alas adicionales para nuevos residentes. No sé cómo se habrá enterado, pero no dudo en absoluto de su veracidad.

—Sus colmenas no quedan lejos. Ni los zorros o los hurones o lo que sea que usted despelleje.

El barquero se encoge de hombros. Mi comentario no le afecta.

—Yo voy donde me pagan. Y ellos pagan bien.

—Tenía entendido que la directora le debía dinero.

El barquero carraspea. No me vuelve a dirigir la palabra. Tampoco en el trayecto de regreso.

De vuelta al faro, el Volvo me deja tirado en lo alto de un collado. No me había ocurrido desde la excursión a Santa Bárbara. He recordado el beso furtivo de Ana, el motor agarrotado, la caladura, las fiebres.

Bajo del coche. Me apoyo en su morro. Espero a que alguien aparezca por allí.

Abro el cuaderno por la página incompleta. Reviso las anotaciones rápidas que acabo de tomar en la granja. Los bomberos de Lindes ya estaban en la zona, habían llegado unos minutos antes, cortaban con cizallas la cabina del tractor. El conductor se llama Vidal, veinte años, ochenta kilos de peso, unos brazos fuertes, una cabeza recia bajo una gorra verde con el emblema de un ciervo dorado en pleno salto. Lo he reconocido al instante, bocarriba, inconsciente por el dolor. Acudió a la consulta hace dos semanas: una sinusitis banal que no terminaba de ceder. Me ha dado tiempo a constatar el destrozo de su fémur, hecho trizas igual que un palito seco. A su madre no le he contado que con mucha probabilidad perderá la extremidad, que saldrá de su convalecencia en muletas con una pernera vacía, fantasma, ausente, como un imberbe soldado de las trincheras. Su padre, los bomberos, todos respiraban aliviados: Vidal había conseguido saltar antes de que el tractor volcase. Solo la pierna había renqueado, se había quedado atrás. Vivirá.

No hay muchos jóvenes en Punta Albatros. Hay algunos niños, pero entre los quince y los treinta años existe una generación perdida. Pocos se quedan, pocos regresan. La hermana de Vidal trabaja de camarera en Lindes. La madre la ha avisado. Va camino del hospital. Se encontrarán en la sala de espera; no muy dados al contacto físico, se abrazarán.

En la ambulancia lo han sedado. He ayudado a intubarlo. Tiene dos muelas del juicio aún por salir. La madre permanecía a su lado, le susurraba una nana al oído, le acariciaba el cabello. Han cerrado las puertas y lo han trasladado sin necesidad de sirenas. La ambulancia ha penetrado en la niebla. Un bombero me ha tendido un parte, he firmado, he sido el último en marcharme. El motor del Volvo ha arrancado a la tercera presagiando ya la avería posterior. La granja se ha quedado vacía. Las vacas mugían desesperadas: nadie echaba heno en sus comederos, nadie las atendía.

Transcurre una hora, tal vez hora y media. No ha pasado ningún vehículo por el collado. Multitud de gaviotas chillan eufóricas sobre mi cabeza.

Me siento sobre el pedestal de un vértice geodésico a unos

metros del coche. El cilindro de cemento me sirve de respaldo. La bruma se despeja y parece que el tiempo, en vez de avanzar, retrocede hasta un mediodía soleado dado ya por extinto. Desde una considerable altura, un horizonte inmenso se descubre: el tómbolo de Santa Bárbara, la bocana de la ría de Cirón, el cabo de Punta Albatros, la isla de Goz, los guijarros brillantes de la playa de Nadie, el litoral sinuoso y escarpado, la cala del Aire, una embarcación a lo lejos —un petrolero acaso—, el océano sin final.

Vidal estará ya en quirófano bajo la mirada estupefacta de un cirujano que no sabrá muy bien qué hacer con ese estrago. O acaso con suerte le toque uno de los que no pestañean ni reflexionan, solo cortan, cosen, grapan con ademanes de carpintero y alargan su jornada más de lo habitual, y luego llegan tarde donde sea que los esperen.

En una página en blanco esbozo el paisaje —salientes y entrantes, acantilados y bajíos—, una cartografía desleal a las escalas, un mapa inventado, poco fiable, con el único objetivo de conservar mi memoria de este lugar. Pese a mi obstinación con la pluma, soy incapaz de fijar sobre el cuaderno la pureza de esas rocas graníticas.

Nadie en su sano juicio vendrá, pienso. ¿Quién desearía trasladarse aquí? ¿Quién, por voluntad propia?, pienso. Mucho menos un especialista, un geriatra, tan demandados en las ciudades envejecidas. Es descabellado, es ridículo, pienso. Y al mismo tiempo intuyo, frente al cielo despejado que se eleva sobre la isla de Goz, que llegará un día en que lo único mío que permanezca en esta tierra será un miembro amputado, una extremidad abandonada aquí para siempre, enterrada bajo las dos cruces de hierro del acantilado.

El barquero remolca el Volvo hasta el faro. Lo desata y lo deja junto a la verja.

—Puedo intentar arreglárselo. Tengo recambios. Pueden funcionar.

Dentro del bolsillo de mi cazadora palpo la frialdad de su

navaja, la encierro en mi puño.

—¿Cuánto me costaría? —pregunto.

Me propone una cantidad excesiva. Ambos sabemos que es un timo.

—No pierde nada por dejármelo. Si no lo arreglo, le pagaré por la chatarra.

Me veo a mí mismo en medio de un regateo, algo que ni siquiera hice durante el viaje con Teresa por Turquía. Consigo un tercio de rebaja.

El vendaje de la mano le cuelga. Se lo ata con un mal nudo.

—Pase un segundo. Le echaré un vistazo a la cicatriz.

Se mete los cabos sueltos en la manga de la parka.

—No es necesario. No le rebajaré la reparación ni un céntimo más.

Se lleva el Volvo de vuelta por el camino, un toro perlino arrastrado por las mulillas.

Había previsto devolverle la navaja, pero cuando se marcha, continúo notándola en mi bolsillo.

La madeja de cables se revuelve entre mis manos. Los desanudo a trompicones golpeando los electrodos contra la camilla. Anteayer lo guardé con prisas y ahora lo lamento. Antonio se impacienta tendido bocarriba con el pecho descubierto.

Chasqueo la lengua.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

Ese pecho peludo, de oso, dificulta el contacto de las ventosas.

Le pido que guarde silencio, aunque en realidad no es necesario, no va a modificar en nada el resultado. Obedece.

Cargo el papel milimetrado, conecto los electrodos. Los colores de los extremos —verde, amarillo, rojo, azul— tienen algo de alegre, de festivo. La aguja comienza a trazar oscilaciones de tinta. El papel se desenrolla, se riza.

Su respiración se altera. Tamborilea con el índice y el anular.

—Procure estar tranquilo.

Pulso el botón de apagado. Arranco el papel.

—Ya se puede vestir.

Antonio se abrocha los botones de la camisa mientras observa cómo tomo un libro de la estantería, lo abro y comparo líneas, picos, oscilaciones, estrías, con los modelos del manual. La transcripción de su corazón, su lenguaje cifrado incomprensible para su propio dueño, lo inquieta.

Nos habíamos parado a tomar unas cañas los cuatro, en un bar muy sucio a punto de cerrar. Un tipo desganado barría el serrín, las servilletas de papel, los palillos. Era de madrugada. Los escasos taxis que circulaban aceleraban a nuestro paso. Regresamos al piso andando, porque el último tranvía también lo habíamos perdido.

Ya casi no hablábamos, lo habíamos dicho todo, nos reíamos un poco, carraspeábamos, teníamos sed de agua, una sed delirante que hacía aún más largo el camino al piso. Ni siquiera nos apetecía liar otro canuto más. Las chicas iban delante: Victoria y Teresa, abrazadas por la cintura, sus intimidades, sus secretos nunca se agotaban. Salva y yo íbamos detrás, las manos en los bolsillos sin decirnos nada. Entonces Victoria se paró en un escaparate de trajes de novia y dijo: «Nos casamos», como quien dice cualquier cosa que se le pasa por la cabeza. Pero era en serio.

—Es de verdad —aseguró—. Nos casamos y queremos que seáis nuestros padrinos.

Teresa se quedó de piedra. Salva se encogió de hombros.

Victoria lo tenía todo planificado: la fecha, los invitados, el menú, el vestido.

Ya en el piso ambas parejas nos metimos en nuestras habitaciones con prisas. Esperamos a que los otros desocupasen el baño, espiamos sus pisadas, no salimos hasta que tuvimos la seguridad de que no iban a volver a aparecer, de que no convergeríamos en el pasillo. Una especie de grieta se instaló entre nosotros. Luego Teresa y yo los escuchamos de lejos: primero, la voz susurrante de Salva; luego, las risitas de Victoria, cada vez más agudas, y sus maullidos de muñeca, y Salva que le chistaba, le tapaba la boca.

Teresa no se había desvestido. Cruzaba los brazos semisentada sobre la cama, la espalda contra el cabezal.

—Es una locura. Somos demasiado jóvenes para eso.

Los desnortados contrayentes parecíamos ser nosotros.

Se quedó con los ojos abiertos, las pupilas apuntando al techo, a la moldura de yeso, constatando el final de la noche polar, el derrumbe de la quimera, mientras yo me quedaba dormido olvidándolo todo en un sueño placentero y reparador.

Al día siguiente, aún en la cama, entre lágrimas de rabia, me confesó que había permanecido mucho rato despierta, desvelada. Había comprendido que la amistad con Victoria nunca sería la misma, que los cuatro jinetes ya no cabalgaríamos en la misma dirección, y eso la desolaba. Hastiada de revolverse en la cama, de cuestionarse en qué había errado, había bajado a la calle y había visto los autobuses transitar, no los urbanos ni los de línea, sino los que se dirigen a las fábricas antes de que amanezca, cargados de empleados somnolientos. Y deseó montarse ella también con su bocadillo de lomo con pimientos aún caliente, y a la mierda la tesina y los trovadores y los endecasílabos, aseguraba, mejor recluirse en una vida de escenario angosto donde las cadenas de producción nunca se detengan y los amigos no te traicionen casándose de ese modo tan estúpido.

Como yo no decía nada, me espetó:

—A ti, ¿verdad?, como te da todo lo mismo...

Durante los tres días siguientes, igual que siempre que algo del mundo exterior la ofendía, la contrariaba, se enfrascó en sus estudios, en su tesina; se fue a vivir casi a tiempo completo a la biblioteca de la facultad. De regreso al piso estaba de morros, como si yo tuviera parte de culpa en el anuncio de la boda.

En paralelo a la carretera quedaban los silos, las fábricas, los campos de frutales, las vías del tren. Los mosquitos se estrellaban contra la luna produciendo chasquidos eléctricos. El cristal se emborronaba. En una gasolinera Teresa lo limpió con una escoba mojada en agua caliginosa. Repostamos. Habíamos conducido toda

la mañana.

Con el fin de estirar las piernas, detuvimos el coche ante el mirador de un pantano medio seco cuya hondonada, kilómetros y kilómetros de hueco, no tenía fin. Había un puñado de aparcamientos, un merendero y un panel interpretativo sobre los pueblos sepultados por las aguas. De tan ubicuo que era en el cielo, nos costaba localizar el sol. El lugar recibía el paradójico nombre de embalse de la Hoja. Salvo unos cuantos arbustos prestos a arder y alguna que otra encina remota, todo era una extensión erosionada de polvo y arenisca y, muy al fondo, el gran charco de agua detenida. Debido al bajo nivel de las reservas se intuían las ruinas de unas casas, el triángulo de un campanario sin campana.

Nos dimos la mano. En vez de invitados a una boda, en vez de un punto en nuestra ruta, aquel embalse se me antojó nuestro final y nuestro destino, y nosotros, amantes suicidas muriendo de sed antes de despeñarnos en el vacío.

—¿Y si nos casásemos nosotros también? —le propuse—. Así aprovechamos el viaje y los trajes y el banquete. No creo que a Victoria le importe.

Teresa me miró incrédula, pero yo lo decía en serio: me habría casado con ella allí mismo, en lo alto de aquella presa, teniendo como testigos la sequedad y los pueblos sumergidos.

Soltó una carcajada.

—Eres un idiota —me espetó—. No sé ni por qué te quiero.

Y yo en verdad lo era: un idiota enamorado proponiendo matrimonio sin haber ensayado frente a un espejo en mil ocasiones la escena.

Teresa, tan inmune a los chistes como a los disgustos duraderos, me lanzó una sonrisa indulgente y me pidió que nos refugiásemos en el frescor artificial del vehículo.

Nos besamos contra el cemento del mirador.

Seguimos ruta.

A solas la madre de Victoria nos trataba con cariño, pero en público nos evitaba. ¿Albergaba tal vez el pánico de que

difundiésemos el secreto de su hija? Su pintalabios era el mismo de la tarde anterior, cuando nos habían recibido en la casa familiar, un carmín que sobrepasaba el perfil de sus labios agrandándolos de manera extravagante y cuya iridiscencia no pegaba con nada, ni con el delantal de la víspera ni con el traje malva de madrina, y que continuaría comprándose porque en su juventud habría estado de moda.

Todos se conocían, todos se saludaban.

A nosotros se nos acercaban y nos decían: «Ah, sois vosotros, los amigos, los de la ciudad», como si solo hubiese unos amigos, solo una ciudad.

De la iglesia nos habíamos trasladado a una carpa a las afueras del pueblo, una inmensa extensión de PVC donde celebraban banquetes. Era la noche de San Juan. Al lado había un descampado. Las hogueras se encendieron justo al ocupar los novios sus asientos. Desde los plásticos traslúcidos de la carpa podíamos ver los reflejos del fuego.

La familia de Salva no asistió. Sus padres estaban de viaje. Al cumplir la mayoría de edad lo habían abandonado en todo salvo en lo material, vivían alejados de su hijo, viajaban, residían en un apartamento en la playa la mayor parte del año, con lo que él había tomado la determinación de apartarlos por completo de su vida y de aquella boda que, de haber tenido constancia, habrían despreciado dentro de la indiferencia. Teresa no estaba al tanto de nada de esto, se lo conté mucho más tarde. Y quizá debiera haberlo hecho antes: de haberlo sabido, habría comprendido un poco mejor toda aquella chaladura.

En los postres el tío militar de Victoria pronunció un discurso. Vestía el traje de gala con sus medallas, sus emblemas, sus botones dorados. Ocupaba sin explicación la mesa nupcial. Comenzó hablando de Salva y de Victoria, pero luego se desentendió de ellos y su arenga derivó hacia la importancia de aprovechar el instante, cuando las cosas aún son posibles, cuando la vida aún es posible, porque un día lo único que queda es el remordimiento.

Teresa me daba la mano, entrelazaba sus dedos con los míos igual que en el mirador del pantano, y cerraba los ojos con

voluntad de teletransportarse muy lejos de allí.

—Lo que nos faltaba, un iluminado del *carpe diem* —me susurraba, y yo le servía más de ese champán malo consciente de que lo bebería.

Hubo unos aplausos fríos, un brindis desordenado. Luego entraron los tunos y cantaron entre los invitados, oscilando cual tripulantes de barco. Eran los únicos no sesentones que se atrevían a fumar los puros. Salva se abrazaba a todos ellos, les daba fuertes palmadas en los jubones, estrechaba manos, se le humedecían los ojos.

—¡Menuda pérdida de tiempo! —suspiró Teresa.

Al oír estas palabras, me pregunté qué hacía ella a mi lado, qué estaba haciendo todos estos años malgastándolos conmigo. Teresa se refería a la misa eterna, a los votos, a los aplausos espontáneos, a los vítores. A los «vivan los novios». A los bramidos de «que se besen, que se besen», que no cejaban hasta que Salva y Victoria accedían al clamor y se enredaban en posturas cada vez más toscas, más burdas, más explícitas, menos sentidas. A los tunos, rehuidos siempre por Teresa como a piojosos, que comían con modales de ganado las sobras de la tarta. Al tío militar, dueño y señor del micrófono. Al vals.

—No puedo con todo esto —dijo Teresa.

Y luego murmuró:

—Ha pasado una eternidad desde el último verano.

Yo, sin embargo, me divertía. Todo era una gran broma decorada con confeti pisado y música pachanguera. Había un revuelo alegre de primos y primas, de tíos carnales y tíos segundos, enjambres de niños —pajaritas y tirantes, trenzas despeluchadas, faldas de plumeti regadas de Calippo— que trazaban ochos entre las mesas y desfallecían en brazos de sus madres, llorando a moco tendido, muertos de cansancio. A las mujeres se les había corrido el maquillaje de tanto bailar y estaban atractivas con esos manchurrones negros bajo las pestañas. En un pillaje mal orquestado dos señoras se acercaron a la mesa principal, introdujeron en sus bolsos los claveles de los centros florales y se marcharon a sus casas.

Entonces alguien dijo —un primo, un tío—: «Debe de estar amaneciendo», y salimos afuera y de las hogueras de San Juan no quedaban casi ni los rescoldos, solo la ceniza. Fuera de la carpa, con la fiesta tan consumida, tan en las últimas como aquellas fogatas —y no el sol todavía, sino la claridad, la claridad apuntando—, me giré y observé a Teresa, que, recostada en la silla, ya no albergaba ninguna duda de que nuestra unión a cuatro se había roto para siempre, era irreparable. Representaba la viva imagen del escepticismo, un alcohol fuerte a cuyo sabor áspero no estaba habituada.

Y en ese instante yo la comprendí un poco, yo experimenté algo. No el aguijón de la decepción, sino una especie de mancha que ensombreció aquella jornada exagerada y festiva: que con esa boda nuestra vida —un capítulo, al menos— concluía; que no habría más piso de estudiantes, ni más galletas de la fortuna, ni más borracheras de madrugada, ni más porros compartidos: solo quedaría el recuerdo de una amistad que cada cual interpretaría a su manera o terminaría borrando.

Cuando al final nos casamos, Teresa y yo dimos muchas vueltas al tema antes de tomar la decisión. Yo siempre eché en falta la proposición atolondrada, irreflexiva, del pantano. Acudimos a un notario para redactar un testamento que quitaba las ganas de vivir. Hablamos de las cuentas bancarias, de la educación de los hijos que no sabíamos si deseábamos, de lo que ocurriría en caso de divorcio y de defunción. Nuestra boda no se pareció en nada a la de Salva y Victoria, no hubo tunos, ni cóctel de gambas, ni petardos a la salida de la iglesia. Solo un discreto intercambio de alianzas —de alianzas también discretas—. Concertamos cita en el juzgado y nos casamos una mañana de lunes. Nadie fue avisado ni invitado. Aguardamos nuestro turno en la sala de espera, firmamos unos papeles. Nos marchamos de viaje una semana, a un destino no demasiado distinto de los habituales, algún lugar con calor y ruinas para Teresa y sombra, mucha sombra, para mí.

Victoria se echó a llorar la tarde en que les dimos la noticia.

Teresa creyó que sollozaba de alegría, yo opiné en silencio que Salva debía subirle la dosis de antidepresivos. Mientras se secaba las lágrimas, nos recriminó el haber hecho «una boda tan sosa».

—Eso ni es boda ni es nada —añadió airada.

Salva la tomó de la mano, conminándola a que se callase.

Cuando da la impresión de que la primavera se asienta en Punta Albatros, con los gordolobos en flor y los vencejos lanzándose en picado a sus nidos entre las rocas, nos azotan unos vientos enfurecidos del noreste. Levantan las olas y gran parte de la costa se cubre con una capa de espumarajos amarillentos.

Escribo apoyando el cuaderno en la repisa de la ventana. Unas gotas repelidas chocan contra los cristales.

El Volvo está reparado. He pagado sin rechistar. Terminar colgado de un gancho en una cabaña en medio del bosque no me acaba de convencer. El barquero parecía satisfecho. Quizá la directora sí, quizá ella sea capaz de enfrentarse a tipos como él, pero yo no tengo las agallas suficientes. Lo mío es más consentir y agachar la cabeza.

Voy en coche hasta el hostal. Anochece. Le devuelvo a Celso el chubasquero que no utilicé bajo el aguacero de Santa Bárbara.

—Ana se ha marchado, si es lo que busca —dice Celso con cierto resquemor.

Ni una nota, ni un mensaje, nada.

—Ana no me interesa. Creí reconocer en ella a alguien que había perdido, pero me equivoqué.

Celso asiente.

—Esas cosas pasan.

—En el fondo esa chica me da lástima —me oigo decir—. ¿Cuándo se han ido?

—Oí el coche de madrugada. Pensé que era solo León, ya sabe, que la chica dormía todavía, pero no bajaron a desayunar. Me extrañó, así que subí. Nadie contestaba. Pegué la oreja a la puerta y nada, ni un ruido, ni siquiera la televisión.

Se queda mirando el fuego.

—Me encontré un fajo de billetes en la mesilla de la habitación y ni rastro de ellos. El doble de lo convenido. El muy imbécil.

Es la primera vez que lo oigo hablar en esos términos.

—Con todo el dinero del mundo, pero incapaz de despedirse.

Celso chasquea la lengua. A mí me entra la risa.

—Míralo por el lado bueno: al menos no se fueron sin pagar.

—Bah, tener que aguantar a imbéciles como esos, doctor, meterlos en tu casa... En serio, a veces me dan ganas de cerrar el chiringuito y largarme lejos.

Celso no alimenta la chimenea más allá de las diez de la noche, deja que se consuman poco a poco las brasas.

—¿Y adónde irías? —pregunto.

La intensidad de las llamas baja.

Su espalda se levanta, alcanza una fotografía sobre una repisa.

—Mi nieta se llama Wiebke. No sé pronunciar ese nombre, pero sé escribirlo. Yo la llamo Virginia.

Me tiende la instantánea. La niña ríe de forma forzada, una mueca demasiado abierta, la que ponen los niños para las fotos confiando en que sea la última. Tiene el cabello claro partido en una raya al medio y recogido en dos coletas.

El joven que la sostiene en brazos comparte la mandíbula recta de Celso.

—Tu hijo se parece a ti.

Celso amaga una sonrisa y sus ojos se ensombrecen.

—Eso dicen. Yo lo miro y veo a su madre.

Su hijo vive en Alemania.

—Era un muchacho aplicado. Esto se le quedó pequeño.

Había estudiado en Lindes. Al acabar la universidad, le ofrecieron unas prácticas en una multinacional de maquinaria agrícola. Cuando aún no se había instalado del todo, volvía en vacaciones o viajaba por el extranjero.

—No quería venir. Decía que eran complicadas las conexiones con Lindes. Se iba por ahí de mochilero. Llegaban postales.

De un cajón saca una caja de zapatos. Me tiende las tarjetas:

Johannesburgo, Bali, San Francisco, Calcuta. Las leo sin disimulo, aunque el texto es tan escueto, tan impersonal, que podría haberlo escrito cualquiera. Abundan los «saludos desde» la ciudad en cuestión. En alguna hay abrazos. Si da más información, siempre se refiere a la meteorología («hace mucho calor» o «llueve bastante»).

—También enviaba esas bolas de nieve. Cristina las coleccionaba, jugaba con ellas de vez en cuando. Era su pasatiempo.

Me acerco a la estantería. Hay una docena: las pirámides, el Partenón, el minarete de la Mezquita Azul, las Torres Gemelas. En una de las bolas una bañista es arrastrada por una lancha rápida sobre la playa de Copacabana. La agito dos veces. Por fin nieva sobre Río de Janeiro. Me invade una mezcla de extrañeza y embelesamiento. Los copos descienden a ritmos distintos, pero todos acaban por caer.

—Se casaron hace siete años. Fuimos para la boda. Aquello es muy plano, muy verde, muchos bosques. Cristina aún no estaba enferma y todo nos parecía bonito. Pero pronto eché algo en falta, no sabía qué era al principio. Luego caí en la cuenta: en los seis días que estuvimos allí no sopló ni una gota de viento.

Coge una de las bolas al azar.

—No han tenido más hijos. Mi nuera dice que los niños dan mucho trabajo.

Mis ojos se fijan en el corazón rojo del hogar, la llama fugaz que salta, se esconde, se enrolla, como una cinta contra el tronco. Una atracción hipnótica, la que ejerce sobre mí el fuego.

—Le entiendo, ¿sabe?, entiendo a mi hijo. Yo llegué aquí de forma, digamos, un poco clandestina. No es ningún secreto: hace treinta años esta costa era un coladero, nadie vigilaba, en la aduana hacían la vista gorda, entraba de todo. Tabaco, más que nada, pero, además, relojes falsificados, joyas, peletería venida del Este. Luego fue la droga, la dura, la de verdad. Con la heroína, en unos pocos pases, te hacías de oro, pero yo a eso nunca me presté.

Celso se me representa de súbito bajo otra luz, una luz insospechada.

—Hay que ser precavido, no exponerse demasiado. Esos tipos,

como su amigo el barquero, no son conscientes del daño que causan. Los puede la codicia, acaban mal, arrastran a otros en su caída. No los soporto, no les tengo ningún respeto. He conocido a muchos como él. Y se lo puedo asegurar, no queda ninguno, ninguno que no esté muerto o entre rejas.

—Tú estás aquí —digo.

—Yo me limité a repararles los motores de los fuerabordas. Lo hacía rápido, de noche, al resplandor de la linterna. En la playa de Nadie en enero hace frío, los dedos se me congelaban. Siempre temía que me pagasen con dinero falso, pero el dinero era lo único auténtico que poseían.

Jugamos varias rondas de dominó. Solo su confesión, el chasquido de la ficha sobre la mesa y el chisporroteo del casi inexistente fuego.

—Hasta que conocí a Cristina nada me importaba demasiado.

Titubea y coloca un tres doble encima de la mesa.

—Era una noche de verano, mar en calma, luna llena. Había recibido un aviso para reparar una lancha. La playa de Nadie estaba desierta. Eso lo odiaba, odiaba esperar. Cuanto más esperaba, más me parecía ver sombras detrás de las piedras, sombras saliendo del mar. Entonces oí una embarcación acercándose. Me extrañó que el ruido del motor fuese tan suave, tan constante. En eso pensé durante unos segundos eternos, en la avería que podría tener aquel motor. Quizá la llave de transporte o la palomilla del aire estuviesen cerradas, o quizá le llegaba demasiado combustible por haberlo intentado arrancar con el estárter abierto. O igual eran las bujías sucias. O también era posible que algún manazas lo hubiese estibado mal y se hubiese quedado aceite en el carburador. No sería la primera vez.

—Me estás hablando en chino, Celso.

—Bueno, la cuestión es que me extrañaba que sonase tan bien, no sonaba como un motor estropeado, ¿sabe? Algo me dio mala espina, metí mis herramientas en la bolsa y me largué. Desde arriba lo vi. Era la patrulla de aduanas remolcando la embarcación averiada con todos sus ocupantes esposados. Subí a toda prisa por el acantilado, este que tiene allí, este tan pintoresco para los

parapentistas. Se me antojó una pared lisa, perpendicular y sin asideros, una fortificación. Tropecé en más de una ocasión, me di de bruces contra el suelo, me puse perdido de barro, me partí la ceja. Cuando me creía arriba, resbalé y noté una punzada terrible bajo la rodilla.

—Tu pierna, ¿no? Tu herida de guerra.

Celso asiente.

—Me había torcido algo, lo sabía. Me arrastré como pude. Me metí en esta casa. Imagíneselo: tenía tanto miedo que ni siquiera sentía dolor. Pasé diez horas escondido en un cobertizo que ya no existe, una caseta donde se guardaban los aperos del huerto. Los padres de Cristina tenían un bonito huerto, bien cuidado, en el espacio que ahora ocupa la piscina. Fue Cristina quien me encontró allí dentro, helado de frío, con el mono sucio, la rodilla hinchada. Me vendó como pudo. Me dio de desayunar, me lavó la ropa, me prestó un pantalón de su padre. No quiso saber nada, no hizo ninguna pregunta. Al día siguiente fui a verla, quería darle las gracias pero no sabía cómo. Al poco tiempo nos casamos. La casa familiar se convirtió en nuestro hogar, se convirtió en el hostal.

Celso traga saliva.

—Hay muchas cosas en esta vida que he olvidado, muchísimas, pero la cara de Cristina al abrir la puerta del cobertizo, eso no lo he olvidado. No se asustó, no gritó. A los años se lo pregunté, le pregunté por qué no me había denunciado.

—¿Y qué te respondió?

—Que me había estado esperando una eternidad, aunque no esperaba que llegase hecho un despojo.

—¿Cuándo abristeis el hostal?

—Poco después de casarnos. Esto no era una atracción turística ni mucho menos, pero nos sobraban habitaciones y empezaban a llegar los primeros excursionistas. Dejaban dinero. Al principio los alojábamos como podíamos, no eran personas de muchas exigencias.

—Vaya, que no os pedían dátiles para merendar.

Celso esboza una sonrisa.

—Nada de eso, no. Pero de esto que le cuento ya casi todo se

ha perdido. Tiramos el cobertizo para construir la piscina. Nuestro hijo se fue a Alemania, su vida está allí. Y Cristina ya no está, se marchó antes de tiempo. Si al menos ella estuviese... Solo quedan los turistas de vez en cuando, esos sí son siempre los mismos, las mismas caras que no retengo.

—Y yo.

—Usted no es un turista. Usted es un buen médico, ya se lo dije. Pero usted también se irá.

En cómputo general no he salido tan mal parado con el dominó. Aprendo de las estrategias de Celso. Y cada noche él se me aparece un poco más transparente, un poco menos opaco.

Antes de marcharme recojo lo que le encargué: pan, dos bolígrafos, pilas alcalinas, tinta azul para la pluma, una linterna nueva porque la que tenía se me cayó peldaños abajo, al descender a tientas una noche por la escalera de caracol del faro.

Casi es medianoche. Celso me acompaña fuera.

—Espere, lo olvidaba.

Se mete dentro y sale con una carta a mi nombre.

La carta tiene el membrete de la Comarca: el barco, el ancla enorme, los atributos que ya me resultan familiares. Rasgo la solapa. Bajo el saludo de «Muy señor nuestro» se me informa de que han acordado con los responsables de la cadena Elegance que el próximo geriatra se encargará, además, dos días por semana, de los pacientes comunes. Dispongo de un plazo de diez días hábiles para presentar mi título de especialista en Geriatría si deseo continuar en el puesto.

Los diez días del plazo los paso a caballo entre el abatimiento y el entusiasmo.

Telefoneo a Salva. Le cuento lo ocurrido.

—Por fin te vas a librar de esos dinosaurios —me dice.

Hace una pausa y añade:

—¿Y ahora? ¿Qué piensas hacer?

Le contesto que no lo sé, que no tengo plan B, que no puedo

volver.

—Quizá tú puedas echarme un cable, no en tu consulta, sino, no sé, seguro que conoces a alguien, que puedes recomendarme, que alguien te debe algún favor.

Me descubro a mí mismo mendigando con un tono de víctima que asquea.

Salva piensa, como yo, que acaso nadie acepte.

—Quién puede querer eso, ¿eh? ¿Quién va a querer vivir en un faro, cual prehistórico, en medio de la nada, diagnosticando hemiplejias a viejos a los que la baba se les escurre por un lado?

Acaba cediendo a mis ruegos. Acaba prometiéndome su ayuda.

Por cortesía pregunto por Victoria y los gemelos.

—Ahí andan —responde sin esconder su aburrimiento.

Me refugio en el hostal. Partidas de dominó con Celso. Pierdo la mayoría de las manos.

Irina también ha recibido un ultimátum: a pesar de todos los años de servicio, carece de la titulación requerida por Elegance. En un mes su contrato expirará.

Las obras de Goz están casi concluidas. Los pintores extienden una capa de color verde hospital sobre las paredes de las nuevas habitaciones, cargan sus útiles en un remolque y se marchan. La señora Eulalia no puede salir a la terraza, porque la terraza ya no existe; sus mañanas transcurren en la cabina telefónica intimando con Margaret Thatcher, planeando codo con codo la estrategia para recuperar las Malvinas.

Una semana después comienzan a llegar los nuevos residentes. Los observo con extrañeza, como un maestro que el primer día de curso desconfía de poder aprenderse los treinta nombres de la lista. Sus caras, sus batas, sus enfermedades, sus maletas, sus nueras, sus inquietudes, su culpabilidad: todas se asemejan. Algunos provienen de zonas muy alejadas del país, trasladados desde otras residencias.

—Hace siglos que no veía el mar —me dice con una sonrisa

boba una señora en silla de ruedas.

La directora los recibe en la puerta. Estrecha las manos de los parientes, los acompaña a la habitación. Se ha vestido con su mejor traje, se ha planchado los cuellos insípidos de la blusa. Si nos cruzamos, me presenta como «nuestro médico temporal», en espera del «geriatra titular, que se incorporará en los próximos días».

El comedor no ha sido ampliado, por lo que se han establecido dos turnos de comida. El primer grupo come demasiado pronto, apenas han transcurrido dos horas desde el final del desayuno, no tienen apetito. El segundo lo hace demasiado tarde y el sopor los inclina sobre las bandejas. Entre medias las cuidadoras no pueden limpiar todas las mesas. Los del segundo turno ponen los codos sobre las migas de los primeros.

En cuanto a la higiene, los residentes son duchados en días alternos.

—Un día sin otro —me explica la señorita Mariposa, encantada con los cambios y con las nuevas amigas ignorantes aún de su habilidad con la baraja.

Se queda en la sala de estar, la oigo conversar con una anciana nueva.

—¿Cosía usted de joven? A mí se me daba bien coser. Ahora, con estos dedos míos, ya no podría ni enhebrar una aguja. Me he operado de cataratas, ¿sabe?, hace cinco años, primero el ojo derecho, que es el que andaba peor, y luego el izquierdo. Opérese si puede, dígaselo a sus hijos, ya verá qué mejoría, se nota una barbaridad. Yo me hacía mi propia ropa. Trabajé en casa de una modista. Sí, se me daba bien coser. Tengo tres hijos, tres varones. Y cinco nietos. ¿Usted cuántos nietos tiene? ¿Cómo me ha dicho que se llama? ¿Quiere echar una partidita de cartas?

Me las tengo que arreglar solo en la enfermería. Irina está demasiado ocupada. El día no tiene tantas horas. Saltándose las instrucciones de la directora, alimenta y asea a los insomnes de noche, con la inquietud de saberse en cualquier momento descubierta. Su entrega me conmueve hasta tal punto que me hace presagiar la inminencia de su partida, los coletazos postreros de un pez que boquea.

En el cuaderno anoto nombres, tensiones, edades. Dejo encargadas dietas hipoproteicas, bajas en sal, hipercalóricas, trituradas. Con cinco pacientes encamados, casi por completo inválidos, se me acaba la pomada para las llagas.

Los dolores abdominales del señor Mauro no mejoran. Llamo al hospital para solicitar una endoscopia de urgencia, sospechando de una úlcera péptica, una dolencia que se incrementa en pacientes cirróticos. Lo trasladan en ambulancia. Dos días después confirman perforación del duodeno e intervención quirúrgica. El señor Mauro se quedará un tiempo largo ingresado en Lindes.

Algunas familias han pernoctado una o dos noches en el hostal antes de regresar a sus ciudades, a sus trabajos, a la vigilancia de sus hijos adolescentes, a sus sesiones de gimnasio. Coincido con ellos cuando cargan los equipajes en el maletero.

—Es bonito esto —aseguran—. Podríamos venir en verano.

Cierran las puertas. Confían en que el GPS les ofrecerá la ruta más rápida. Sus coches arrancan y la isla de Goz mengua en los espejos retrovisores hasta convertirse en un puntito, y luego, la nada.

Un anticiclón se asienta en Punta Albatros. Son días extraños de nubes altas y alargadas como encajes de hilo. Un sol impropio, prestado. Los polluelos de gaviota tientan con suerte desigual sus primeros saltos.

Recibo un aviso telefónico. A pesar del tiempo estable, un catamarán ha naufragado al sureste de la cala del Aire. Por la tarde aparece un cuerpo en la playa. El barquero me busca. Una jueza sustituta viene desde Lindes. Los tacones se le hunden en los guijarros, no desea aproximarse demasiado. Certifico la muerte y me marcho en cuanto la cremallera de la bolsa negra se cierra. Los perros no cesan de ladrar. De la vieja herrería se eleva una columna de humo. Me obstino en desfigurar de mi memoria los rasgos del cadáver, la curva de su frente, su palidez. Se da aviso a las costas cercanas, pero el otro tripulante, su cuerpo al menos, nunca alcanza tierra.

A la mañana siguiente comienza a soplar el viento y la borrasca castiga de nuevo la costa. El invierno regresa. Ni rastro de veleros en el mar.

Laura falta dos días a sus tareas domésticas y la semana se me hace eterna sin su presencia. Me quedo todavía más solo, mi bata blanca se arruga, las pelusas se acumulan en los rincones. No me molesto en recoger las camisas del tendedero, se embrollan a merced del viento.

Un cardiólogo, un tal doctor Bazán, me deja un mensaje en el contestador. El recado es largo, detallado, dura dos o tres minutos; lo escucho varias veces. Por su voz parece muy joven, tiene un acento seseante que no ubico con exactitud, carraspea, hace pausas breves, habla deprisa, es animoso y enérgico. Lo identifico enseguida: es de esos sanitarios enganchados al éxito, a los éxitos, que no conciben la desmejora, el fallo, los cuerpos recalcitrantes. Anoto en el cuaderno «angioplastia exitosa con colocación de *stent* en arteria coronaria». El doctor Bazán tiene prisa, funciona con urgencia, se come los artículos definidos e indefinidos, va directo a lo esencial, al sustantivo, sus adjetivos nunca son una aureola, nunca resultan superfluos, imprescindibles, siempre son radicales. Da más detalles, muy específicos, que me avergüenzo por intuir pero no entender del todo. Se despide con un «¡salud, amigo!» que me arranca la sonrisa que necesito.

Me alegro por Antonio, ha tenido suerte. El cardiólogo le prescribe de seis a ocho semanas de baja. Con suerte podrá quedarse parado unas cuatro.

Las vacas me reciben entre mugidos; soy para ellas una presencia no anunciada. El padre sale del establo: un chubasquero, guantes gruesos, una horca en la mano. Aparco junto al gallinero. El gallo mira desafiante, su pico serrado me apunta por un hueco de la malla.

La madre abre las contraventanas de un comedor ceniciento

cuyo uso se reduce a las visitas. De la vitrina del aparador saca tres vasos chatos, sirve un aguardiente de reflejos verdosos y se sienta sin pronunciar palabra, como una estatua con poderes de camuflaje. Su chaqueta de lana parda se mimetiza con las cortinas.

Vidal se desplaza con ayuda de unas muletas axilares. Está más delgado, pero el rostro se le ha hinchado por efecto de los calmantes. Deja caer su tronco desmañado en una silla. La pernera del pantalón se derrama de lado en una postura imposible de haber contenido todavía su pierna. La recoloca.

—¿Cómo te encuentras?

Se remanga, descubre el muñón. Hinco una rodilla en el suelo y le observo en contrapicado. Reviso el edema, la ausencia de infecciones. Debido al retraimiento de los vasos sanguíneos, el miembro está helado al tacto.

—De uno a diez, ¿cuánto dirías que te duele?

Me limito a cambiar el vendaje. No quiero hablarles de prótesis ni de rehabilitaciones, porque lo primero es la cicatrización y el fin del dolor. Tampoco les menciono la sensación fantasma, ni las alucinaciones. No deseo invocarlas.

Estamos sentados alrededor de una mesa de madera sólida, decorada en el centro con un jarrón vacío y un paño de ganchillo. Hay retratos colgados de las paredes, hombres jóvenes y serios, un señor con bigotes negros y lustrosos, un espejo de estuco dorado cuyos ángulos han perdido el azogue. Los antepasados me escrutan, me están hablando, me increpan: «¿Acaso esto es todo lo que puedes hacer?». En una mesita auxiliar se encuentra el teléfono viejo con rueda de marcaje desde el que avisarían a las emergencias.

El padre y el hijo apuran los vasos. Vidal se sirve otro.

—Beba —ordena Vidal—. Es bueno. Lo hacemos en casa.

El licor, una mezcla de menta, tomillo e hinojo, me quema el esófago a cada sorbo. La madre saca de un aparador servilletas blancas bordadas con las iniciales de los ancestros. A mí me toca una jota cuyas volutas se enrollan sobre sí mismas.

Revuelvo en mi maletín, preparo una inyección y se la clavo en el glúteo fláccido. Al poco rato el cuerpo de Vidal se relaja, su

vista se extravía entre las rayas del papel pintado.

Mi vaso apenas probado permanece junto a los otros dos.

Ya puedo marcharme de la granja y ellos cerrar de nuevo la puerta de esa estancia patibularia, poco ventilada, tan propia de museo.

De Salva y Victoria nos distanciamos poco a poco. Los padres de Victoria habían vendido el apartamento de estudiantes y como regalo de boda les habían puesto un piso en pleno centro que albergaría también la consulta privada de Salva. Gracias a sus contactos, a su apellido, su agenda no tardó en llenarse.

A Salva yo lo veía por el hospital si nuestros turnos coincidían.

—Victoria anda coordinando gremios, llamando al pintor, al electricista, encargando muebles nuevos. Se le da bien tratar con los cortos de entendederas. Yo no quiero saber nada, tío, que haga lo que quiera.

—Pero la próxima vez nos tomamos un café, ¿eh?

—Claro, joder, es que justo hoy me pillas con prisas.

Siempre decía lo mismo.

—Aunque sea de máquina —añadía yo.

Sin confesarlo lo echaba de menos, echaba de menos nuestra amistad, nuestras conversaciones insustanciales, las risas.

Pero Salva nunca encontraba el momento, bien porque sus consultas privadas lo acuciaban, bien porque el cansancio le podía.

—Solo tengo ganas de llegar a casa para tocarme los cojones —decía.

En casa, mientras cenábamos, se lo contaba a Teresa.

—Me he cruzado con Salva esta mañana. ¿Tú sabes algo de Victoria?

Teresa tampoco sabía mucho. Hacía tiempo que no se llamaban, que no quedaban. Teresa trabajaba en el último borrador de su tesina, cuya defensa estaba prevista para dentro de

escasas semanas, y evitaba a conciencia las distracciones.

—Somos tan distintas ahora... —me contestó sin ocultar la nostalgia—. Ella, preocupada por si cortinas o estores y yo, concentrada en la lírica medieval. Fuera de eso, ahora mismo me siento incapaz de mantener una conversación distendida sobre ningún tema. No veo la tele, no me compro ropa, hace un siglo que no me depilo.

Pero a pesar de sus quejas respecto a su desfase social, su aislamiento la reconfortaba.

Teresa y yo solo nos frecuentábamos al final de la jornada. Por el día ella se encerraba en la biblioteca de la universidad, por la noche dormía o tecleaba. En vista de que mi sueldo todavía era el de un médico residente y Teresa no poseía un trabajo remunerado, tuvimos que reducir nuestros gastos al mínimo. Hicimos una última escapada, un fin de semana largo en Budapest, y nos olvidamos de viajar. Apenas salíamos al cine o a cenar, aplazamos la renovación del coche, pero las facturas, las cotidianas —la luz, el agua, las basuras, el gas—, llegaban por igual. Necesitábamos ingresos extra. En el hospital empecé a ser conocido como el residente siempre dispuesto a ocuparse de las guardias incómodas, en festivo, las que nadie quería.

Teresa defendió su tesina una tarde de febrero. Hacía mucho frío, un frío seco que rompía las piedras. Esa mañana Consuelo la había acompañado a la peluquería. Le había comprado una americana clásica, elegante, pero de un color aguamarina que le daba un toque informal, un toque juvenil. Antes del acto la dejamos reunida con su director.

—¿Me acompañas a por unas flores? —le pedí a Consuelo—. No tengo ni idea de cuáles elegir.

Consuelo escogió un ramo de rosas magnífico, un dispendio que no nos podíamos conceder y que pagué con deleite sabiéndolo prohibido. Lo coloqué en la silla contigua y a rachas lo miraba, mientras los tres profesores —los tres hombres, los tres feos, los tres viejos, calvos, cetrinos, gafotas— formulaban a Teresa

preguntas interminables, llenas de recovecos, morosas, sin verdadera intención de ser respondidas, solo de ser pronunciadas.

Fuera del aula magna, durante la deliberación, Teresa me preguntó:

—¿Ese ramo es para mí?

—Para quién si no.

Me besó, abrazó a Consuelo. Lucía guapa, extravertida, sonriente, nerviosa. La primera vez en semanas que la veía arreglada, maquillada, con lentillas, sin ese moño revuelto en lo alto de la coronilla.

—No sé si nos lo podemos permitir, ¿no crees?

—Si no nos lo permitimos hoy...

De repente miró a su alrededor como si hubiera extraviado algo.

—¿Y Salva y Victoria dónde se han metido? Como no lleguen pronto, se perderán el veredicto. Los has avisado, ¿verdad?

Y se destrozaba las manos de tanto apretárselas.

—Ya sabes cómo son —dije para calmarla—. Vendrán para las cañas.

En esos instantes Teresa no se enfadó, su mente bullía. Sus compañeras de doctorado se acercaron a besarla sin ruido. Me fijé en todas ellas, en sus caras de bibliotecarias, en sus bocas minúsculas solo capaces de susurrar, en su despreocupación por el aspecto físico, y me pregunté si Teresa acabaría pareciéndose a ellas como los dueños a sus perros o las hijas a sus madres.

Nos llamaron para escuchar el veredicto. Me demoré fuera a propósito con el fin de telefonear a Salva.

—¿Se puede saber dónde os habéis metido?

—Pero ¿no era a las siete?

—No, era hace más de una hora, coño. El acto está a punto de terminar.

—Venga, hombre, no te cabrees. Que estamos casi llegando.

Me hacía cargo. No los imaginaba justo aparcando. Le colgué el teléfono. No me irrité por mí mismo, sino porque era consciente de cuánto suponía para Teresa estar acompañada por sus amigos aquella tarde, por las personas esenciales en su vida. En su escala

de valores, además, si nosotros habíamos tragado con la ceremonia de su boda —el viaje en coche hasta el pueblo, la misa, el emperifollamiento, la carpa, los tunos, el baile— era justo que Salva y Victoria correspondiesen de algún modo, como asistiendo a la defensa de su tesina.

Entré en la sala con todo el sigilo del que fui capaz. No quise que nada ensombreciese la alegría de su triunfo. Traté de formular una justificación para Teresa, una que no la hiriese demasiado. La puerta chirrió a mi paso. El profesor de la izquierda me lanzó una mueca reprobatoria.

Teresa se puso en pie para recibir el veredicto, cruzó las manos a su espalda. Aquello me recordaba a las películas americanas de juicios: la acusada a punto de ser absuelta o condenada a perpetuidad. Sus compañeras se levantaron de forma discreta para hacer fotos. El anillo de amatista le brillaba en el dedo. Esa mañana le había regalado una antigua joya de mi madre, consciente de que para Teresa aquel día era más trascendental que nuestro propio casamiento. Me emocioné con los elogios a su trabajo, a su perseverancia, a la elección osada del tema, a su minuciosidad y pulcritud. Al escuchar la nota máxima, el más alto reconocimiento, fue un *déjà vu*. Consuelo me acarició el hombro, me sonrió con ojos húmedos. Me enorgullecí de la mujer con la que compartía las cenas a base de mortadela, queso barato y tinto en oferta. La austeridad en la que vivíamos, las dificultades económicas, los sacrificios: todo había merecido la pena, o al menos eso me pareció entonces.

Teresa dio besos y estrechó manos. Se quedó un rato charlando con los tres profesores feos. El aula se fue quedando sin gente. Me acerqué por detrás y le susurré al oído:

—Te esperamos en el Parly.

Teresa asintió.

Los tres profesores parlamentaban con la mirada abstraída en lo alto.

Consuelo no sabía qué pedir.

—He perdido la costumbre —dijo.

Con sus banquetas altas las compañeras del doctorado formaron un círculo estrecho e impenetrable, bebían refrescos sin burbujas y se negaron a que yo las invitase como me había ordenado Teresa.

Aquello era una fiesta, pero la homenajeada tardaba en presentarse y yo me ventilaba una cerveza tras otra acechando con impaciencia la puerta. Me acordé de que en aquel bar, en el Parly, solíamos juntarnos algunos compañeros de la carrera antes de que sustituyesen el billar por las tragaperras y le cambiasen el nombre. Antes de eso nos citábamos allí los habituales: Pablo, Salva y aquel otro chico —un poco tímido, un poco obeso— del que no me viene el nombre y de quien luego me enteré de que se había hecho de oro implantando folículos en las cabezas peladas de hombres presumidos y desafortunados, e Irene, su pecho plano, sus uñas mordidas, ese flequillo de niña de primera comunión, pero la única que se atrevió a bajar al osario de aquel pueblo al que fuimos pidiendo huesos de muertos anónimos para el examen de Anatomía. Nos encontrábamos allí, en el Parly, a todas horas, fumábamos, intercambiábamos apuntes y novelas de crímenes, íbamos apareciendo a cuentagotas, y allí siempre había alguien para echar una caña o una partida de billar, para aligerar el peso de las tardes de domingo y de los veinte años.

Teresa entró abrazando sus rosas, protegiéndolas de la lluvia bajo su paraguas. Sus compañeras apuraban los refrescos, algunas ya no estaban. Consuelo le acarició el rostro con las dos manos, le dijo algunas palabras al oído, se sonrieron. Se dispuso a marcharse.

—Si quieres, te llevo —me ofrecí.

—Ni se te ocurra, hijo, disfrutad. Volveré en taxi.

Teresa se dejó caer sobre el taburete.

—Por fin —dijo—. Por fin todo ha acabado.

Resopló.

—Al menos por ahora —añadió.

Reposó su cabeza en mi hombro descargando así toda la tensión de aquel día, de todos aquellos días, semanas y meses. Me

miró con sus ojos avellana, tan dulces, tan extenuados, que sin atisbo de duda me amaban.

Y entonces se percató de que de Victoria y Salva no había ni rastro.

—Salva me ha llamado antes —mentí—. ¡Qué cabeza! Se ha confundido de hora. Están de camino.

La fatiga de Teresa actuaba como un frontón contra el que su decepción rebotaba.

—No te molestes. Es igual.

Pero no era igual, yo lo sabía. Quizá sí en aquel instante, pero no la mañana siguiente, no cuando se desplomase sobre ella la resaca del éxito, no sería igual en el futuro.

En ese momento Salva apareció por la puerta, se quitó la cazadora de cuero y abrió los brazos como un prestidigitador hace su entrada triunfal en el circo.

—Menudo tráfico, joder. Caen dos gotas y la ciudad se pone imposible.

Venía solo.

—¿Y Victoria? —preguntó Teresa.

—No se sentía demasiado bien. Anda algo mareada.

Se encendió un cigarrillo, echó el humo hacia arriba.

—Pero ¿qué?, contadme, ¿cómo ha ido? Hoy la estrella eres tú, chica.

Y sin dejar a Teresa abrir la boca, dijo:

—No es cuestión de quitaros protagonismo, pero bueno, tenemos algo que confesaros: estamos embarazados.

Más tarde, en privado, Teresa se dedicó a despellejar las palabras de Salva. En la breve conversación que habíamos mantenido, todas y cada una de sus expresiones le parecían imbéciles, ridículas, desafortunadas o directamente malvadas. Lo de «estar embarazados», así, en plural, lo calificaba desde su perspectiva de filóloga como «un plural genérico masculino de falsa solidaridad, que dicho en boca de Salva excluye encima toda responsabilidad o carga en la tarea de la gestación, además de ser una locución propia de gilipollas».

Salva aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se excusó.

—Me alegro de haber llegado a tiempo. Victoria os manda un beso. Llamadnos un día.

Se subió el cuello de la cazadora. Un motero sin moto. No mencionó adónde se marchaba, pero no daba la impresión de estar regresando a casa.

Teresa comenzó a escribir la tesis con las ilusiones en alto. Siempre había un nuevo artículo que leer, una vía de investigación inexplorada. Se dirigía a la biblioteca como quien se va de campamento, se preparaba el portátil la víspera, los archivadores y los libros. Su despertador sonaba y pegaba un brinco. Durante las pausas en el hospital yo pensaba en ella entre pilas de libros, dejándose las pestañas, sin levantarse siquiera al aseo. A casa regresaba contenta, se metía en la cama cuando yo ya dormía.

—¿La biblioteca está abierta todavía?

—Me he quedado a escribir en la cocina —me susurraba—. Estoy en vena. Espero no haberte despertado.

Ya en la cama, como no se podía dormir, me recitaba poemas al oído. Me obligaba a escucharlos primero en occitano:

—Ar resplan la flors enversa
Pels trencans rancs e pels tertres
Quals flors? Neus, gels e conglapis
Que cotz e destrenh e trenca.
Don vey morz quils, critz, brays, siscles
En fuelhs, en rams e en giscles.
Mas mi ten vert e jauzen Joys
Er quan vei secx los dolens croys.

Luego los traducía:

—Ahora resplandece la flor inversa
en los afilados riscos y en las colinas.
¿Qué flor? Nieve, hielo y escarcha

Que quema, comprime y corta.
Y así veo muertos los canturreos, los trinos, los gorjeos,
Entre las hojas, las ramas y los tallos.
Y sin embargo el gozo me tiene ahora verde y dichoso
Al ver secos a los viles malvados.

Teresa decía:

—Pierde mucho con la traducción, ya te imaginarás.

Ni papa, eso es lo que yo entendía. Me daba media vuelta y me dormía enseguida. No conseguía recordar siquiera el periodo que abarcaba su tesis —un siglo después del X pero antes del XV es lo único que mi mente podía retener—, lo ignoraba todo de la Edad Media. Empezaba a aborrecer a los poetas, se me representaban como una especie descolgada de la evolución humana, un género de auténticos pelmazos. Los versos eran extraños, arcaicos, una monserga, una incógnita. Cuando me explicó el amor cortés —todos esos caballeros y damas, el vasallaje, los pasos del progreso del caballero enamorado hacia su dama—, me resultó un concepto trasnochado, anacrónico; en suma, muerto.

Yo no le encontraba mucho sentido a lo que Teresa hacía, pero ella era feliz. A primeros de mes, cuando mi salario era ingresado en la cuenta bancaria y aún no lo habían devorado las facturas, yo también lo era. Sin embargo, a final de mes me abrumaba tanto ese descenso monstruoso de la cifra de la que partíamos que empecé a sugerirle que buscase algún trabajo.

—Algo sencillo, algo que no te quite mucho tiempo, a media jornada, unas horas.

Teresa se cerraba en banda.

—Imposible, no tengo ninguna hora libre.

Si le insinuaba que impartiese clases particulares, cambiaba de tema de forma radical.

—Ha salido una nueva beca de posgrado. Mañana echo los papeles. Esta me la conceden seguro.

Solicitaba sin éxito una ayuda tras otra. Nunca obtenía respuesta o le contestaban tarde, solo reclamación mediante. Los

motivos del rechazo eran variados: sus estudios no se ajustaban al cien por cien al perfil requerido, no tenía la suficiente experiencia investigadora o poseía demasiada, no reunía los requisitos, le faltaba algún título de idioma, las condiciones habían cambiado, el beneficiado sospechosamente compartía apellidos con alguno de los miembros del comité seleccionador, la fundación se había ido a pique.

—Ya lo tengo —dijo un día—. Voy a hacer una lista con ideas para ahorrar. Hay gastos inútiles de los que podemos pasar, estoy convencida.

Así, junto con la tesis, emprendió una nueva cruzada. Su obsesión por reducir al mínimo nuestros consumos la llevó a mantener la calefacción al límite de la energética temperatura de diecisiete grados. En los días más crudos del invierno, su atuendo de estar por casa incluía un forro polar, un poncho y mitones. Me invitaba a cargar las mismas toneladas de ropa sobre mis espaldas. Pese a esos ropajes, que no invitaban a la lujuria, siempre teníamos las manos frías, las orejas frías, los pies fríos.

—Déjame la compra a mí —dijo asimismo—. Los hombres no sabéis más que derrochar. Compráis lo que os ponen delante de las narices.

A partir de ahí el frigorífico albergaría casi en exclusiva productos sin marca, con frecuencia yogures a punto de caducar y frutas tocadas a mitad de precio, embutidos de segunda o tercera, carne correosa, pan del día anterior, queso soso de untar.

—Mira todo lo que nos hemos ahorrado —me decía agitando los tiques de compra, los cupones de descuento, sus tarjetas de fidelización.

Pero yo no quería ahorrar. Yo quería comer jamón serrano y pasta italiana. Quería desayunar tostadas de mermelada de naranja inglesa de importación. Quería darme duchas largas y con el agua muy caliente, ir en calzoncillos por la casa y dormir en pelota picada. Me negaba a sacarme el abono del transporte público. No estaba dispuesto a apagar cada noche los pilotitos rojos del *standby*.

Para colmo, los problemas con el director de la tesis no

tardaron en surgir. No se encontraba en el despacho a la hora convenida o hacía esperar mucho rato a Teresa. Postergaba las citas sin motivo, sin excusas y sin disculpas. Aquella desidia fue minando la natural templanza de Teresa, pero no hasta el punto de hacerla desistir.

—Escribiré la tesis con o sin su ayuda —aseguraba.

Frecuentaba menos la facultad y la biblioteca, se quedaba más en casa. Fue el retorno de la Teresa ermitaña, antisocial, la de los moños despeluchados, sin arreglar, sin atractivo, con el rostro pálido, en chándal y poncho de llama, las gafas siempre, las dioptrías subiendo, alimentándose de patatas cocidas al microondas. Dos tardes por semana a la piscina, pero salvo eso, ni un viaje, ni una cena, ni un concierto, ni un paseo.

—Sal tú si quieres.

Yo no tenía grandes inquietudes, ni grandes aspiraciones —salvo quizá acabar la residencia y empezar a ganar dinero como un médico de verdad—, pero sin pretenderlo la clausura de Teresa me arrastraba con ella. Nuestra vida se nos escapaba en ese encierro, en ese entierro.

De una de sus escasas citas con su director volvió encolerizada. Ante sus reproches por desatención, el profesor le había sugerido de forma sibilina que diese marcha atrás si le agobiaba la magnitud de la tarea.

—En otras palabras, me allana el terreno para que me raje.

No quería sentarse. Me lo contó de pie en la cocina, indignada, con la bata de vieja anudada en torno a su desdibujada cintura.

—Todavía no se ha dado cuenta de cómo soy, parece mentira.

—No todos tenemos tu constancia, Teresa —dije con intención de apaciguarla—. Es comprensible que la gente tire la toalla.

Ella no quería escucharme.

—Si el mundo se rige por la ley del mínimo esfuerzo, no es mi

culpa —contestó furiosa—. Están los constantes y los inconstantes. Tú, por ejemplo, serías incapaz de algo así, de un esfuerzo tan perseverante, tan continuado, tan solitario, sin ninguna utilidad práctica. Pero eso no quiere decir que yo no vaya a ser capaz.

No podía creer lo que oía. No se daba cuenta de sus palabras. Me irritó su egoísmo, su estrechez de miras.

—No me digas... Te recuerdo que, gracias a un inconstante como yo, tú comes y te vistes y enchufas tu puto ordenador.

Yo acababa de salir de una guardia desafortunada. En el vestuario me habían presentado a un residente más joven, nuevo e inexperto, con ganas de agradar evidentes pero desatinadas, quien al estrecharme la mano había replicado con toda naturalidad: «Ah, me han hablado de ti, tú eres eseal que llaman "el chapero de las guardias", ¿no?». En esos momentos yo no habría podido soportar ni un poema más de alondras ni de alcobas.

—A ver si te piensas que tus trovadores pagan las facturas.

—Pero ¿qué te has creído? —dijo Teresa elevando la voz—. A mí no me hables en ese tono.

Yo ya me había lanzado. Demasiado tiempo cargando a mis espaldas con los gastos, las estrecheces, con esa rutina insulsa, aburrida, sin meta. Iba sin control.

—Tú misma lo has dicho: tu tesis es un esfuerzo sin ninguna utilidad práctica. No va a cambiar nada, no sirve para nada. No te lo tomes tan a pecho, no estás descubriendo la vacuna contra el cáncer.

—Ya está, muy típico de los de ciencias. Solo lo vuestro cuenta.

—¿En serio lo crees? ¿En serio crees que a alguien le importa una mierda todo eso sobre lo que escribes?

Hubo un silencio. Me di cuenta entonces de que las frases salidas de mi boca habían rasgado de arriba abajo la cordialidad que hasta esa mañana, incluso en las etapas más difíciles, nos habíamos profesado.

—Pensaba que a ti sí te importaba —murmuró Teresa.

El feudalismo me la traía al pairo, qué duda cabe, pero ella no y eso fue justo lo que no le dije. No dije nada, no nos pedimos

perdón, ni el uno ni el otro. Ella dio un portazo, yo di otro. Esperamos demasiado y luego ya todo comenzó a carecer de sentido.

Cada vez pasaba más tiempo en el hospital, todo el que podía. Antes que en casa, comiendo paté enlatado y con una manta en los hombros como un Drácula entumecido, prefería atender urgencias, palpar cuerpos doloridos, fracturados, enfebrecidos, tratar con madres cansadas, hijas llorosas, esposas preocupadas. Mataba dos pájaros de un tiro: mientras ganaba un sueldo por los dos —uno escaso pero real, uno que pagase alquileres y facturas—, me distraía del integrismo ahorrativo de Teresa y de su empecinamiento ciego en la tesis. Todas aquellas horas extra, todas las guardias diurnas y nocturnas que nadie quería, yo las seguía aceptando, incluso mendigando, en parte porque estábamos en números rojos, en parte por dar esquinazo a Teresa. Entre nosotros las discusiones se habían enraizado y entremedias no había más que periodos tensos de guerra fría.

En sus pausas Teresa se dedicaba a revisar los anuncios por palabras de los periódicos a la caza de pisos baratos. Las medidas de austeridad impuestas por su ley marcial habían resultado insuficientes. Ahora tocaba mudarse. Por la comisión que se embolsaban, las inmobiliarias estaban vetadas. No había semana en que no la acompañase, a regañadientes, a ver dos o tres pisos en los únicos ratos que compartíamos ya en pareja. Los requisitos de Teresa parecían sensatos: dos habitaciones, céntrico pero sin exagerar, luz natural, amueblado, calefacción. Yo no tenía requisitos, yo no quería mudarme. No quería presentarme ante los caseros, enseñarles mi nómina de residente, bajarme los pantalones junto con otras tres parejas citadas el mismo día a la misma hora, candidatos todos a competir por la misma vivienda como si fuese la corona de un concurso de *misses*. Me desagradaba guardar la compostura, aguantar hasta el final, mientras nos enseñaban entresuelos cavernarios, locales comerciales a pie de calle calificados de «lofts», antiguos palomares, minipisos en los que

para transitar era obligado ponerse de perfil.

Tras una de esas infructuosas visitas, con el anochecer engulléndolo todo y dispuestos ya a regresar, Teresa recibió una llamada de Victoria.

Nos invitaban a cenar en su nueva casa.

Teresa me miró. Asentí. Me moría de ganas de cambiar de aires, de comer caliente, de no fregar los platos.

—Vale —respondió Teresa—. Esta noche no tenemos planes. ¿Qué llevamos? ¿El vino, el postre?

—Nada, nada. Está todo listo —oí a Victoria al otro lado del teléfono—. Venid rápido o toda esta comida se echará a perder.

Teresa me dio la mano calle abajo, mientras con la otra sostenía el teléfono. Quizá otras personas habrían plantado a Salva y a Victoria en el último instante y nosotros constituíamos su premio de consolación.

Cogimos el coche. Salimos de la ciudad, dejamos los barrios periféricos atrás. Tomamos un desvío, nos internamos en la urbanización. Según las palabras de Victoria, ante el próximo nacimiento de los gemelos, el piso de la ciudad —de ciento cincuenta metros cuadrados— se les había quedado pequeño. La consulta de Salva seguiría funcionando allí.

—Lo mantendrán como residencia auxiliar —dijo Teresa—. Signifique lo que signifique eso.

Aparcamos en la dirección que nos habían dado. Al bajar del coche oímos unos relinchos fuertes, relinchos encorajinados.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Teresa.

—Parecen caballos —dije—. No lejos de aquí.

Teresa llamó al timbre.

Era un chalé independiente de tres alturas, revestido de pizarra oscura, de líneas modernas, un cubo con aspecto de búnker, ventanales cuadrados y balcones de cristal templado. Unos setos altos y recién podados lo enmarcaban. Alguien abrió desde el interior. Accedimos al jardín por un caminito de baldosas. En la oscuridad de la noche no se distinguían bien los colores, salvo el verde del césped salpicado de bombillas empotradas.

Al principio la mujer que abrió la puerta me pareció la madre de Victoria. De edad similar, bajita, con un corte de pelo anticuado, la tez morena. Habrá venido a pasar unos días, pensé. Luego, a la luz de la entrada, vi el delantal y la cofia.

—¿Necesita algo más la señora?

Victoria apareció con una especie de sari. A pesar de la prominente tripa, no le costaba moverse.

—Nada más, Encarna. Nos vemos mañana por la mañana.

—Pero bueno —nos dijo—, no os quedéis ahí plantados. Pasad, pasad.

La sirvienta se nos acercó por detrás para hacerse cargo de nuestros abrigos. Después se deslizó por un pasillo y desapareció.

Cuando se hubo marchado, Teresa le preguntó por ella.

—Un diamante en bruto —dijo Victoria—. Y lo mejor es que no lo sabe. No fue fácil sacarla del pueblo, mis padres la convencieron, pero ahora está encantada.

—¿Y la cofia es necesaria? —preguntó Teresa.

—Fue idea de Salva. ¿A que es genial?

Teresa torció el gesto.

Una mesa exquisita se extendía ante nosotros. La vajilla brillaba, había velas con el pábilo intacto en candelabros de diseño y un centro de flores. Dos tipos de vino estaban escanciados en sendos decantadores de cristal. Los canapés fríos se disponían en bandejas. Un ligero olor a carne tostada emergía de alguna parte. Mi estómago se contrajo ante la promesa de un asado.

Salva apareció mientras Victoria nos hacía la visita guiada por el chalé. Iba en mangas de camisa, una camisa blanca y cara, abierta hasta mitad del pecho. Acababa de salir de la ducha, dejaba a su paso vaharadas de perfume.

—¿Qué os parece nuestra choza?

Tomó a Teresa por la cintura. Le dio un beso confuso al final de la mejilla, casi en el límite del cuello. A mí me abrazó muy fuerte, como se abraza a un hermano. Se acodó en el quicio de la puerta y se abrochó las mangas. Yo había visto a muchos villanos

así en las películas de gánsteres.

—No sé vosotros, pero yo me muero de hambre —dijo Salva.

Descendimos de nuevo a ese espacio abierto que agrupaba salón, comedor, biblioteca y sala de televisión, cuya cristalera daba al exterior, a una terraza con dos hamacas, y más allá, otro jardín distinto del que habíamos atravesado, iluminado por los focos azules de una piscina en calma. Me percaté entonces de la música ambiente. Intenté localizar sin éxito los altavoces, eran invisibles, así como los radiadores. Me agaché con la excusa de subirme los calcetines, toqué el suelo con disimulo: el calor emergía de ahí.

Salva me tendió una copa. Me propuse disfrutar de aquellos manjares, de la charla despreocupada, del lujo. Fantaseé que todo aquello me pertenecía: no a Victoria ni a Salva, no a los padres de Victoria, no a los pacientes ricachones y trastornados que Salva atendía en su consulta privada y que le extendían generosos cheques con los que seguir amueblando aquella estancia, sino a mí en exclusiva. Sabía que de vuelta a casa, en nuestro coche de segunda mano de casi doscientos mil kilómetros, con los abrigos y los guantes puestos por la climatización estropeada cuya reparación no nos podíamos permitir, Teresa, con su especial meticulosidad, se encargaría de llamarme la atención sobre cada uno de los detalles, los sillones, las ropas, los aparadores, sobre la sirvienta y su cofia, sobre la calefacción innecesaria («Victoria iba en sandalias, ¿te has dado cuenta?»), sobre el derroche de tener todas las lámparas encendidas, sobre esa comida que sobraría y tirarían a la basura («No veo a Victoria metiendo las sobras en táperes, ¿y tú?»), negando por descontado cualquier atisbo de envidia. A sus ojos nuestros amigos se habían transmutado en unos seres sin remedio, sin moral, sin conciencia, en unos elitistas despreciables. Cada vez menos tendentes a encontrarse, nuestros caminos se bifurcaban con obstinación. Nuestro pasado común era un edificio en situación de ruina, a punto de ser derribado por una gigantesca bola de demolición. Nada de lo que nos había unido se sostenía ya.

En estos aspectos no estaría en desacuerdo con Teresa. Sin embargo, mientras que aquella velada me serviría a mí para

olvidar por unas horas efímeras las marcas blancas y las salchichas, a Teresa le alimentaría la locuacidad y el orgullo, le daría motivos para sentirse satisfecha de sus esfuerzos, de sus renuncias, de sus sacrificios. Le daría aire para reafirmarse en sus convicciones y seguir en sus trece. Y por un tiempo limitado, lo que nos durase a cada uno ese bono —a mí, la saciedad, la embriaguez; a ella, la botella de oxígeno, el escudo antibalas, el heroísmo—, estableceríamos una tregua, no pelearíamos.

Durante la cena Victoria nos habló de los preparativos ante la llegada de los gemelos: los peleles, las cunas, el yoga preparto, la maleta para la clínica, el yoga posparto, los pros y contras de la lactancia materna, las guarderías que ya barajaban.

—Están construyendo un colegio suizo a la entrada de la urbanización. ¿Lo habéis visto?

—No, pero hemos oído como relinchos de caballos —dijo Teresa.

—Ah, sí, han abierto una hípica aquí cerca, al otro lado de los chalés —dijo Salva—. Con pistas y cuadras y todo. Muy exclusiva. Ideal para apuntar a los niños a clases extraescolares cuando crezcan un poco.

—Me encantan los caballos —suspiró Victoria—. ¿No es el animal más elegante que conocéis? He pensado en decorar las habitaciones de los niños con vinilos de ponis. ¿Qué opinas, cariño?

Salva asentía, le parecía todo bien, y Victoria le daba pequeños besitos, como los que daba con el piquito el loro Lulú. Victoria nos contó cómo habían elegido los nombres. Teresa se mostró interesada; quizá se había relajado, quizá solo quería tirar a Victoria de la lengua. Yo desconectaba a intervalos. Si Victoria me ofrecía más cordero, acercaba mi plato. Cuando Salva salía a fumar, yo lo acompañaba y fumaba de gorra el cigarrillo que él me tendía.

En una de estas escapadas a la terraza, le pregunté a Salva si no le daba vértigo todo aquello, todo lo que se le venía encima, convertirse en padre así de repente, de un día para otro. Si se lo

pregunté fue porque yo no me veía en esas lides, porque yo estaría aterrado ante semejante perspectiva.

—Bah, tío, entre la teta y los pañales, el primer año los bebés son de ellas.

Hacía frío. Salva no aguantaba mucho a la intemperie. Arrojó el cigarrillo a un arbusto, pero yo lo apuré hasta el final. Regresamos dentro.

En los postres Salva preguntó a Teresa:

—¿Y ahora a qué te dedicas?

A Teresa se le iluminó el rostro. Como siempre que alguien le inquiría por su trabajo, se mostraba complacida.

—Escribo la tesis.

—¿Y cómo la llevas?

—Bien —contestó—. Avanzo, que no es poco.

Teresa soltó el rollo que yo había escuchado miles de veces: esa versión edulcorada, siglo veintiuno, del tema de su tesis, aquello del joven caballero —la mayoría de las veces, célibe y vasallo— que se enamora hasta las trancas de una dama infeliz en su matrimonio. La pasión con que lo transmitía embaucaba a su auditorio, siempre surtía efecto, pero a mí oírlo de nuevo me ponía de mal humor, me recordaba nuestras privaciones y me daba hambre.

—Ay —suspiró Victoria—, ¡qué bonito es el amor! ¿Y ya le has puesto un título? Eso es como un hijo, ¿no? Tiene que tener un nombre.

—Sí, ya tenemos nombre —bromeó—: «Elevación estética e inversión sinestésica del amor cortés en la poesía occitana del siglo XII».

Salva le pidió que lo repitiese. Teresa lo hizo más despacio, confiada.

—«Elevación estética e inversión sinestésica del amor cortés en la poesía occitana del siglo XII.» Un poco largo, pero los títulos de las tesis son largos.

Salva soltó una carcajada.

—Menudo trabalenguas, joder. Habría jurado que nos estabas tomando el pelo, que serías incapaz de repetirlo tal cual.

Victoria le rio la gracia. Nadie lo notó, pero yo sí lo hice, yo sí reparé en el velo que cubrió los ojos de Teresa.

—¿Quién quiere otro café? —preguntó Victoria.

Levanté la mano, como el alumno más aplicado y más pelota de la clase.

Nos marchamos poco después. A Victoria de repente le entró sueño y corrió al dormitorio casi sin despedirse. No deseaba irme, no deseaba regresar a nuestro piso alquilado, al piso de las carencias, de las broncas con Teresa. Si me hubieran dejado, me habría acostado en uno de los tres sofás inmensos de aquel salón y habría subsistido días con las sobras de aquella suculenta cena.

Salva nos tendió los abrigos. Cuando abrió la puerta de la casa, un hedor nauseabundo nos azotó la cara.

—Daos prisa —dijo Salva.

—¿Se puede saber qué es esa peste? —pregunté.

—Estiércol —contestó—. De la hípica. Si sopla viento norte, hay que cerrarlo todo o el tufo se cuela dentro.

La puerta nos dio en las narices.

Entramos en el coche sin poder respirar y hasta que no nos alejamos unos kilómetros no nos atrevimos a bajar las ventanillas. En la circunvalación el aire entró de nuevo en el habitáculo, mitad oxígeno, mitad contaminación. Comenzó a chispear. Entonces a Teresa le entró la risa, una risa necesaria, una risa que tenía algo de hechizo, que me contagió a mí también.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté sin parar de reír yo tampoco.

A Teresa le costaba hablar. No podía dejar de hipar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Se abrazaba los costados.

—¡Dios mío! Esa casa —dijo Teresa—. Comprarse semejante palacio para que acabe oliendo a mierda.

Fue la última vez que oí a Teresa reírse de aquel modo descabellado que recordaba a los comienzos. Cuando las carcajadas se aplacaron, su rostro se serenó, se colmó de una belleza sosegada. Callaba, miraba al frente, al vaivén de los limpiaparabrisas; pensaba en algo, no pensaba en nada. Separé la mano derecha del volante para acariciar la suya y durante unos segundos

permanecimos así, juntos, reencontrados, dos desconocidos dichosos de madrugada emprendiendo un viaje sin destino.

Irina se sienta en el asiento trasero de la furgoneta y abraza una maleta anacrónica. Eso y su bolso de mano, no posee otras pertenencias.

La víspera Celso me dice:

—Hace bien en acompañarnos.

Tengo que despedir a Irina. Es lo que siento. Ella que me ha acompañado tantos miércoles en Goz.

Las nubes impiden ver el sol, da la sensación de que no ha amanecido todavía. Hace un frío afilado propio de los peores días de invierno. Celso se pone al volante, enciende la calefacción al máximo y los cristales se empañan.

La furgoneta desciende por el camino de grava del hostal y alcanza la carretera sinuosa que se resiste a abandonar el litoral. Pasamos por delante de la vieja herrería. Reconozco el edificio, su planta rectangular, la techumbre en pendiente, la chatarra acumulada en el patio trasero en un montículo piramidal. Al sentir el vehículo, los perros se apostan entre los barrotes de la verja y ladran hasta el ahogo. Celso pisa el acelerador acaso de manera inconsciente.

Irina se duerme y Celso, al percatarse, apaga la radio. Conversamos en voz baja. El paisaje desfila ante mis ojos: los caminos que se bifurcan, las cañadas, los rebaños de ovejas, las concentraciones boscosas. Una señal con forma de flecha indica que a cien metros se vende queso. Celso va recitando los nombres de las aldeas, pero soy incapaz de memorizar ninguno. Me avisa del azor sobre el tendido eléctrico; cuando lo localizo, ha volado.

Nada de lo que desfila por la ventanilla —ni las señales, ni ese cementerio en lo alto, ni aquel granero— me recuerda a mi llegada. El taxi tomó tal vez otra ruta.

—Eso no es posible —dice Celso—. Esta es la única ruta que hay.

Recuesto la cabeza, intento descansar. Irina sigue dormida, agotada por las últimas jornadas de trabajo intenso, de cuidados sin descanso: su manera personal de decir adiós. En las curvas el rosario suspendido del retrovisor se bambolea. Al atravesar un puente sobre un río, un pescador lanza la caña al agua. En Kuşadası, mientras Teresa tomaba el sol, un hombrecillo me prestó sus aparejos y la primera vez que lancé el anzuelo picó un sargo. El tipo creyó que yo le traía suerte; los días siguientes me buscaba en la playa y me llevaba con él a pescar. Hablaba sin cesar, sin importarle que yo no entendiese ni una palabra de turco. Enrollaba con enorme habilidad el carrete, sus falanges estaban surcadas por múltiples cortes, antiguos unos, recientes otros. Los peces se amontonaban en un cubo de plástico, se recalentaban, los asediaban las moscas mientras morían. Cuando nos despedíamos, el pescador me estrechaba las dos manos en un apretón agradecido, me ofrecía la mitad de su captura —que yo por supuesto rechazaba— y sonreía abriendo una boca grutesca en la que faltaban la mitad de los dientes.

Celso me indica el panel por el que abandonamos Punta Albatros y nos internamos en la comarca limítrofe. El paso de una comarca a otra no cambia nada: las mismas edificaciones dispersas, las mismas parcelas de hierba alta, los mismos cruceros reverdecidos por el musgo. No obstante, al poco las casas comienzan a agruparse, los pueblos se compactan, la carretera se ensancha, los desvíos y el tráfico aumentan. Cruzamos una rotonda con una escultura en su centro, una campesina tocada con un cesto. Un pequeño polígono industrial queda a la derecha, fábricas con chimeneas que echan humo, algún camión, el paso soterrado del ferrocarril, un concesionario de todoterrenos: todos ellos anuncian la cercanía a la ciudad.

Lo primero que hacemos es acompañar a Irina a la estación. Aguardamos en el vestíbulo mientras compra su billete. Luego, en la cafetería, un camarero sin rostro nos atiende. Invito yo, insisto, pero Celso se levanta con más seguridad y paga en la barra. Las

paredes están decoradas con reproducciones de locomotoras antiguas. Las agujas de un reloj enorme marcan las diez y diez y, acostumbrado a los relojes detenidos de Coarasa, dudo de si es la hora real o la hora más estética. Me da la sensación de que piso por primera vez aquella estación, porque cuando llegué era de noche y apenas había viajeros y hoy está habitada, no demasiado, pero hay cierto movimiento: una señora estudia la pantalla de las llegadas, el ruido de los platillos sobre el mostrador, la conversación de Irina y Celso —una charla alegre a pesar del halo de despedida que lo envuelve todo—, las cucharillas que remueven el café. Irina nos habla de su prima de la ciudad, que la alojará mientras encuentra trabajo. Nada la asusta, ni el desembarco en una urbe desconocida —donde norte y sur dan lo mismo—, ni el transitar por calles de nombres extraños, ni el habitar una casa ajena, de interna, soportando los meses terminales de un anciano mal encarado, hosco, rencoroso, aterrado ante la proximidad de su propio final, durmiendo en la peor habitación —sin ventanas, sin apenas muebles, una cama incómoda, una tulipa de luz difusa—, tabique con tabique con las lamentaciones del viejo, con sus aullidos de lobo ronco.

El tren aparece con prisas por seguir la marcha. No deja que le sostengamos la maleta.

—No pesa. Son cuatro cosas.

En los instantes últimos me comporto de manera torpe, no la abrazo ni la beso ni le tiendo mi mano. Sus brazos han sujetado a los residentes reacios a las inyecciones, sus manos han limpiado heridas conmigo. Antes de que me decida a hacer algo, sube al vagón. El efecto espejo de los cristales me impide distinguirla y, como tonto, sigo haciendo gestos, levanto la mano, digo buena suerte a la nada.

—Es muy fácil orientarse en Lindes —dice Celso—. Solo tiene que seguir el río.

La ciudad se levanta en sus dos orillas. Un río canalizado, pacífico, dormido.

—El hospital está al fondo. No tiene pérdida.

Nos separamos. Celso necesita hacer recados, unas compras indeterminadas. Menciona un presupuesto para reparar la piscina y ponerla a punto de cara al verano, a la afluencia de los turistas. No quiere que lo acompañe.

—Se aburriría.

Me da las indicaciones necesarias: el río, el mercado, la iglesia, la plaza mayor, la calle peatonal.

Me he propuesto visitar al señor Mauro con la esperanza de que, si voy a una hora inhabitual, no me encuentre con su médico, no tenga que dar explicaciones.

Los puentes sin un estilo muy definido atraviesan el río. Algunos son de madera, otros de metal despintado. Los coches cruzan por encima del torrente que fluye domesticado. Esta calma hace sospechar que hubo un tiempo antes de la canalización en el que la corriente descendía al galope de las montañas y las riadas salvajes arrollaban las casas, las tiendas, las gentes, de la noche a la mañana, y solo quedaba la devastación, el barro, las piedras, las raíces de los árboles vueltas al aire. En un pretil una placa metálica recuerda las inundaciones acaecidas treinta años antes, la altura alcanzada por las aguas y una cifra, un número triste sin nombres, sin apellidos, sin historia.

Es algo antes de mediodía. Las fruterías exponen las barcas de manzanas, los carteles de las ofertas. En la terraza de un bar una chica fuma con los ojos cerrados hacia el tímido sol. Todo parece detenido. No se oyen pitidos de vehículos, ni sirenas, ni el petardeo de una motocicleta. Un paisaje inmóvil no, más bien ralentizado, como bajo la amortiguación de una invisible e intensa nevada.

Los peatones caminan sin prisa por arribar a ninguna parte.

La silueta del hospital recorta un cielo envuelto de nubarrones gruesos color pluma de paloma. En recepción hay dos mujeres con batas blancas sin abrochar. Hablan entre ellas en susurros. Al acercarme no sé a cuál dirigirme. Doy el apellido del señor Mauro, lo deletreo. Las dos mujeres miran la misma pantalla de ordenador:

una teclea, la otra clica. Me indican los ascensores, pero tomo las escaleras. Más familiarizado con los complejos hospitalarios de varios edificios interconectados —tan extensos y ramificados que podrían constituir ciudades enteras, ciudades sanitarias dotadas de centros, barrios y periferias—, ese hospital de provincias resulta irrisorio. Cuatro alturas, dos alas en forma de ele, sin accesos restringidos ni controles demasiado férreos, poco más que un consultorio, tres ambulancias dormidas, un helipuerto con el cemento rajado y aspecto de no haberse utilizado nunca.

Por el pasillo me cruzo con una enfermera aburrida que arrastra los zuecos. Me he parado frente a la puerta. Un celador retira bandejas de comida. Llega a mi altura.

—Ah, usted debe de ser el hijo. Pensábamos que no vendría hasta pasado mañana. Es lo que nos dijo su padre. Se va a alegrar mucho al verlo.

Un botellín de agua vacío se precipita al suelo desde el carrito de las bandejas. Me agacho, lo recojo. El celador esboza una sonrisa y me da las gracias mientras se aleja.

Cuando entro en la habitación del señor Mauro, duerme solo, el aspa de unas zapatillas a los pies de la cama, bajo una sábana con una greca azul gastada. Su estómago abultado como el vientre de una embarazada se yergue al contraluz de la siesta, de las persianas semibajadas. De repente se gira, nota mi presencia y llama por su nombre al hijo con voz entrecortada. La tentación de huir me embarga. Ligado a la sonda urinaria y a la vía, no puede moverse, no podría alcanzarme.

Pero me quedo ahí de pie frente a su iris frío.

—No soy su hijo, señor Mauro. Soy su médico de la residencia.

El anciano estira el raído extremo de la sábana con ademán pudoroso, desea poder cubrirse de mí.

—¿Qué se le ha perdido aquí?

—Estoy de paso en Lindes y quería visitarle. La operación ha ido bien por lo que veo.

La piel del cráneo se vislumbra bajo su pelo fino, pero no

tiene mal aspecto.

—Me dolía la tripa. Usted no me hizo caso.

Su afirmación no me suscita defensa alguna. Un niño que reprocha con una violencia densa. Le deseo una pronta recuperación y abandono la estancia sin poder evitar una sonrisa: su mal carácter brota de nuevo, señal indudable de mejoría.

Hago tiempo en Lindes. Paseo por la calle peatonal. Me detengo delante de una casa señorial con un blasón en la fachada y un cartel de metacrilato donde se lee CENTRO ETNOGRÁFICO DE LINDES. Cojo un folleto, ojeo las fotografías de estancias colmadas de aperos de labranza, muebles antiguos, enseres de forja, indumentaria tradicional. Me lo meto en el bolsillo trasero del vaquero.

Algunos comercios empiezan a abrir con parsimonia. No es hasta que desfilo ante la tercera peletería que me viene a la mente el barquero y sus animales desollados colgando bocabajo, la sangre encostrada en sus hocicos. «En Lindes se cobra bien por las pieles», y allí están, sobre maniquíes ciegos en posturas hieráticas, incómodas, sofisticadas, sus hurones habitando chaquetas, pellizas, estolas. Me acerco al escaparate a fin de distinguir entre las matas de pelo algo de lo que vi en la cabaña del barquero. Del otro lado del cristal un hombre calvo peina con evidente delectación la manga de un abrigo largo, blanquísimo.

Alternando con las peleterías hay toda una pequeña industria de confiterías. La especialidad parece ser un trébol de chocolate. Cada establecimiento anuncia su variedad como la original, la única. Todos rivalizan con la fecha de fundación. EXPERTOS CHOCOLATEROS DESDE 1917, reza una tienda. ARTESANOS DEL CHOCOLATE DESDE 1923, asegura la de más allá. Detenido ante una de ellas, observo cómo una dependienta enguantada introduce las piezas en papeles de celofán plisado para más tarde encerrarlas en una cajita. Sus dedos flotan con una elegancia altiva. La clienta revuelve en su bolso. Bomboneras de vidrio esmerilado decoran las estanterías. Reculo para dejar salir a la señora y entro.

—¿Los quiere todos de chocolate negro o de otros sabores?

Me atiende con cierto desdén: yo no existo de verdad, solo soy un concepto de cliente, una esencia difuminada.

—Tenemos nuevas variedades: praliné, a la naranja, blanco, con avellanas.

Veo su moño alto cuidadosamente enlacado, pero su rostro se deforma, se faceta, a través del expositor. Con unas finas pinzas mete los bombones en el estuche.

—¿Los querrá para regalo?

Asiento. Los envuelve con un papel dorado y una cinta que riza tras varias pasadas de tijera. Pago sin titubear, sin escuchar por completo el precio exorbitado. Al salir, una campanita tintinea.

Avanzo por la calle con el paquete en la mano. Me siento en un banco. Abro la caja y me voy comiendo uno a uno todos los bombones. Enseguida no quedan más que papelitos vacíos. Todo aquello —ese lujo, las pieles, los chocolates, las manos con guantes de rejilla, las bomboneras—, todo lo bello y lo inútil, me recuerda a Olga. Con el último trébol arrugo el papel de regalo y lo lanzo a una papelera.

Es entonces cuando creo reconocer en el interior de una agencia de viajes la curva de la espalda algo cheposa de Celso. Una mujer le tiende folletos cuyos títulos puedo imaginar: ROMA ETERNA, CAPITALES BÁLTICAS, PERÚ AL COMPLETO. Celso se inclina, los sopesa. La mujer teclea en el ordenador y se inicia una conversación basada en preguntas y respuestas. Celso contesta, afirma o niega, la mujer introduce los datos en el ordenador y vuelta a empezar. Una pareja entra en la agencia, se acomoda en el asiento contiguo al que ocupa Celso. Me dificultan un poco la visión. El cielo se tiñe de un azul noche. Los paseantes aceleran el paso deseosos de resguardarse en casa. En el escaparate se enciende un globo terráqueo idéntico al que alguien me regaló el día de mi octavo cumpleaños. La mujer se levanta y de una impresora entrega unos folios a Celso. Celso firma, saca la billetera, paga con tarjeta. Se guarda los papeles en el bolsillo de la camisa y

cierra la cremallera de su chaqueta. Sale con el folleto en la mano y no me reconoce a pesar de los pocos metros que nos separan.

El río ha mudado de piel y ahora discurre en un tono negro que el resplandor cobrizo de las farolas no consigue apaciguar.

Hacemos el viaje de vuelta sin Irina en silencio. Le pregunto si le ha dado tiempo a todos los recados, las compras, el presupuesto de la piscina.

—Ah, la piscina.

Hace una pausa.

—No, no creo que la repare al final. Piden demasiado.

No menciona la agencia de viajes, lo que sea que haya reservado y cuyo recibo lleva a resguardo en el bolsillo.

—¿Y cómo ha ido su día? —pregunta Celso—. ¿Ha hecho turismo?

—He visitado un museo —miento—. Había útiles de labranza y trajes típicos.

—Sí, ya sé cuál es, no hace mucho era un convento de dominicas.

La carretera se vacía conforme nos alejamos de la ciudad, conforme las luces se tibian. Quizá Celso también me vigilaba en el instante en que me detuve ante la puerta del museo, tomé el folleto entre mis manos y seguí mi camino sin entrar.

—¿Y su paciente?

—Permanecerá unos días ingresado, pero se recuperará. Las gentes de por aquí sois duras como el mármol.

—No tanto como intentamos hacerle creer —dice Celso mientras amaga una sonrisa.

Pego la cabeza al cristal, me mantengo despierto a pesar de que el movimiento del motor y las suaves curvas invitan al reposo, al sueño. Intento concentrarme en los puntos de referencia de la ida: las señales, la quesería, las bifurcaciones, el cementerio elevado, el granero. La noche es ya total.

—No he sido sincero con usted, doctor.

—¿Sincero respecto a qué?

—A la piscina. No tengo intención de repararla. No he pedido ningún presupuesto.

Mira al frente, a la carretera oscura de la que solo se intuyen unos metros.

—He estado en una agencia de viajes. He comprado un billete de avión de ida, con la vuelta abierta. Voy a pasar una temporada con mi nieta. Siempre me están invitando y siempre les digo que no.

—¿En Alemania? ¿Con el poco viento que corre?

—Ya, ya, no me lo recuerde. Voy a echar de menos este tiempo de perros. Acabaré votando a los Verdes y bebiendo vino caliente.

Ambos nos reímos.

—Tenía la impresión de que la relación con tu hijo era algo tirante —digo.

Se pone serio.

—Así es. Pero mi hijo es el único lazo incondicional que me queda, ¿lo entiende?

—Claro que lo entiendo.

Me he preguntado si yo podría quedarme aquí para siempre, solo unido por unos hilos tangentes, débiles, a mis vecinos, a mis pacientes. Sin Teresa.

—Y, además, hace una eternidad que no cojo vacaciones.

Bromea, pero no sonríe.

—No perdí tanto a Cristina cuando murió. La estoy perdiendo ahora. Su recuerdo se aleja, se debilita. Necesito sentir que aún estoy atado a algo.

Me he acordado de su silueta encorvada en la agencia de viajes.

—Bueno, si al final no te encuentras a gusto, siempre puedes volver, ¿no?

—Sí, ¿quién sabe?, si no me hago a esa vida, siempre podré ingresar en el geriátrico de Goz. Eso es lo que me digo. Seguro que no soy ni el más joven ni el más cojo.

—Y encontrarás contrincantes serios para el dominó, no como yo.

—Ande, calle, que se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

Reímos un poco. No lo imagino en la salita de televisión extendiendo las fichas bocabajo. Me resisto a concebir su final de esa manera: desayuno comunitario, supervisar las mareas, dominó, comida comunitaria, cartas, bancos de la entrada, el pachuli de la directora por los pasillos, cena comunitaria, noche en vela y vuelta a empezar. Las jornadas, calcos las unas de las otras. Quiero creer que su viaje a Alemania se alarga más de lo previsto. Que vuelve a Punta Albatros ya solo de vacaciones, una o dos veces por año al principio, después con menos frecuencia. Que la habitación en el sótano de una casa unifamiliar es ahora su hogar: una cama plegable, una mesilla de segunda mano, un aplique de luz con el que estudiar un diccionario alemán-español de bolsillo. Y las cajas con sus cosas, las postales de Cristina, las bolas de nieve, aún por desembalar. Por la mañana, cuando su hijo y su nuera hace rato que han salido, Celso despertará a Wiebke, la peinará con dos coletas sobre los hombros —cada vez más largas, cada vez menos rubias—, le dará el desayuno, la acompañará a la escuela. De vuelta se meterá en la biblioteca, en una iglesia, en la panadería, en la farmacia. Ha conocido a una vecina con buena salud, divorciada, sin hijos o con los hijos a distancia, y que lo hace descalzarse nada más entrar en su casa. Celso le ajusta el grifo del fregadero, le revuelve el compost, se intercambian los recuerdos de su pasado con gestos, igual que dos cipreses que, plantados juntos por azar, se hacen compañía mecidos por el viento. Así deseo que sea el resto de su vida y no de otra forma.

Celso me palmea el hombro.

—Despierte, ya hemos llegado.

Me he quedado dormido.

La furgoneta frena frente a la verja. Abro la puerta. Antes de salir me giro.

—Ah, Celso, sobre el museo... Al final no he entrado, me ha podido la pereza.

El vehículo no vira hasta que las luces del interior no se encienden. La casa que todavía ocupo. El faro.

4

Atendí a Olga en el box número doce. Era el más apartado, los pacientes se perdían y había que salir a buscarlos. Pero Olga no, ella no se perdió, llegó directa. Caminaba con pesadez, se sujetaba las lumbares como si los riñones se le fueran a desprender.

—Tengo un cólico nefrítico.

No me dio tiempo a preguntarle qué le pasaba, por qué había acudido a Urgencias.

Quizá no sea verdad, quizá sea una leyenda, pero está considerado uno de los dolores más intensos que existen, más intenso que las contracciones de un parto, que la rotura de un hueso, que la infección de muelas o la otitis. Pese a todo ella estaba allí de pie, una estatua hermosa, sin espasmos musculares, pelirroja, pecosa. Irradiaba a partes iguales belleza y violencia.

—No es la primera vez, no me pilla de nuevas.

—¿Hay antecedentes de cálculos renales en su familia? ¿Algún familiar? ¿Su padre, su madre?

Se encogió de hombros.

—Si estuvieran aquí, se lo preguntaría.

Pedí a la enfermera que le pusiera un antiinflamatorio por vía intravenosa y miré su nombre en la historia. Su apellido, Duart —así, sin e final—, me resultó familiar. Me acordé de un comercio de ropa deportiva en una de las calles del centro que tenía el mismo nombre. Deportes Duart, con dos des trabadas en el rótulo romboide. Era una tienda grande con varios pisos, a la que entré por primera vez con mi madre siendo casi un adolescente para comprarme un chándal que conservé durante mucho tiempo, azul marino, dos franjas blancas en el lateral, de *tactel*, un tejido frío, poco flexible, a la moda por oposición a los chándales de algodón pertenecientes al pasado o destinados en exclusiva a los niños. Si lo

busco por los altillos de la casa de Consuelo, es posible que aún lo encuentre. Las tres dependientas, una por planta, se parecían entre sí, rozaban todas la edad de mi madre y ninguna vestía ropa deportiva, sino un traje color café adornado con una chapita metálica en la que se leía MARÍA DEL CARMEN o MARÍA JOSÉ o MARÍA PILAR. De haberse intercambiado las chapas, nadie se habría percatado. Tal vez se las cambiaban en el probador para vengarse en silencio de su jefe y volverlo loco, ya que Duart siempre las interpelaba diciendo: «Oye», «Eh, tú», nunca por su nombre, a pesar de que fueran las mismas año tras año, temporada tras temporada, hasta que colgaron en los escaparates aquellos cartelones de liquidación. El único que vestía de forma deportiva —una sudadera cuya cremallera medio abierta dejaba a la vista la camiseta interior de tirantes— era él, Emilio Duart, el dueño. Deambulaba con un halo de mafioso siciliano en domingo, de jeque de un harén de dependientas maduras, espiaba las conversaciones de los clientes, recolocaba las perchas, metía la nariz en las zapatillas de fútbol, probaba la elasticidad de los bañadores. Cuando algún comprador se decidía, una dependienta —María del Carmen o María José o María Pilar— lo llamaba por el apellido y él se colocaba detrás del mostrador, puesto que solo él tocaba el dinero, solo él cobraba. Te devolvía el cambio con la zurda, una mano ancha, la que había sujetado la pértiga. Duart había sido un pertiguista de cierta fama, se había subido a un podio en unos Juegos Olímpicos y veías su fotografía arropado en la bandera al recibir la bolsa de plástico con tu compra, la bolsa con el anagrama de las des trabadas. La medalla también estaba ahí, sobre la caja registradora, el círculo de bronce expuesto, enmarcado, semejante al lepidóptero clavado con un alfiler, ya inmóvil, ya inútil. No sé muy bien qué ocurrió con la carrera de Duart, qué la frustró. Mi padre, que conservó siempre un talle esbelto, más debido a una pródiga y ciega genética que al trabajo y a la constancia, sostenía que un buen día le había brotado una tripa prominente con la que era imposible propulsarse en el aire, así que montó la tienda y se dedicó a hacer dinero.

Todo aquello me vino de repente a la cabeza mientras atendía

a esa mujer, o más bien mientras ella se impacientaba de pie, porque no quería sentarse, decía, se le agudizaba el dolor. Me acordé de que después de aquella primera vez regresé a Deportes Duart con un billete morado en el bolsillo para comprarme unas zapatillas con tacos, un curso en que, con la esperanza de integrarme entre los demás chicos del instituto, me habían apuntado a clases de futbito. «Este niño lo que necesita es movimiento», había dicho mi padre. Entré solo, ya sin mi madre porque no existía, y porque me había negado a que Consuelo me acompañase. A falta de cámaras de vigilancia cuyo uso todavía no se había extendido, Duart me siguió con una mirada desconfiada por la tienda. Las zapatillas duraron un trimestre. Los tacos ni siquiera se ensuciaron de barro.

Siempre, desde el comienzo de nuestra relación, he dudado de que Teresa pudiese estar enamorada de mí: era guapa, audaz, inteligente, sólida en sus decisiones, inquebrantable en el ánimo; su cuerpo era duro, resistente; tenía enormes aspiraciones profesionales —los poetas extraños, la tesis deslumbrante, los laureles de la investigación universitaria, las torres de marfil en las que habitaría—; su pericia social era admirable en casi todas las situaciones. No creía en la suerte del principiante ni en los flechazos de Cupido. Se obstinaba con pasión en la superación de las dificultades, en la consecución de sus objetivos, igual que otros buscan la vía más directa de no hacer nada, de matar las horas, de despilfarrar las oportunidades y la juventud.

Uno de sus propósitos era lograr el éxito en el amor. Poseo un físico aceptable, estaba a punto de convertirme en médico, me interesaba todo y nada, podía ser presentado ante unos futuros suegros y apaciguar sus cejas levantadas, cumplir con cierto desahogo sus exigencias, pero no soy especial, no soy nadie que destaque. Teresa podía haber escogido cualquier hombre más loable, más digno. Sin embargo, su corazón no tuvo nunca un comportamiento errático, no vagabundeó largo tiempo en busca del príncipe azul. Quien ocupase el puesto del amante, del novio,

del marido, debía cumplir ciertos requisitos, pero no tenía por qué ser con exactitud la otra mitad de la naranja. En una sociedad polígama podría resultar hasta intercambiable por cuatro o cinco tipos más. Yo u otro daba un poco igual. Solo así me podía explicar lo que vio en mí, en mi torpeza, en mi poca reciedumbre, en mi introspección natural.

«Del amor yo espero fuegos artificiales», me confesó Teresa en más de una ocasión, incluso cuando el deseo inicial se había difuminado y había dejado paso a la ternura. ¿Los esperaba del amor o los esperaba de mí? ¿Era mi tarea proporcionárselos o se los suministraría ella misma a través del sentimiento del amor? A su ambición de pirotecnia colorista y espectacular yo solo podía corresponder, creía, con petardos inocuos, bombetas de esas que arrojan los niños contra el suelo y explotan con un sonido de pedorreta.

Con el talante con que ella se había propuesto todo en su vida, un día resolvió que su amor hacia mí fuese categórico, un tótem sagrado sin discusión. La fortuna de nuestra relación dependía así, en exclusiva, de su capacidad para llevarla a buen puerto. Si en algún momento el nexo se desataba —cuestión que por otra parte no se concebía—, sería únicamente debido a su impericia.

No estoy seguro. No es algo sobre lo que haya reflexionado con voluntad de entomólogo. Sé que no me lo propuse de manera consciente, una mañana en el desayuno. No me dije: «Hoy, entre las ocho y las diez, le seré infiel». Quizá, como buen inconstante, solo me cansé. Tan simple como eso. Quizá solo quise besar a alguien con procacidad, a oscuras, a escondidas. Recorrer otro cuerpo, uno diferente, el de otra mujer que se ofrecía, que se mostraba dispuesta ante mí, que era distinta a lo conocido, a lo cotidiano, y que no escondía sus taras, sus grietas. Que me proporcionaba una realidad sin recortes económicos, sin estrecheces, sin números deficitarios, sin obligación de aprovechar el dos por uno del supermercado. Pero no descarto que, abrumado por la personalidad de Teresa, aniquilado por su prepotencia onanista, en secreto desease su fracaso del mismo modo en que se

había arruinado su amistad con Victoria, que no consiguiera tan solo uno de sus objetivos, el único que dependía un poco de mí: que yo fuera por completo feliz junto a ella, que no necesitase nada más, que solo ella bastase. Hice lo que más le podría haber dolido: no engañarla, no tener un lío, no buscarme una aventura, sino agujerear el muro de su fortaleza.

Teresa así lo creyó. Mi infidelidad había sido culpa suya.

El cuerpo de Olga me fascinaba, me arrastraba. Tendría que haber sabido que no había nada que hacer, que no había nada que esperar, pero cuando no estaba dentro de ella, su mero recuerdo me provocaba un escalofrío de placer insano. Ella marcaba nuestros encuentros, fijaba las citas con pocos minutos de antelación, las postergaba sin mediar excusa, las anulaba sin previo aviso. Yo estaba a merced de su deseo, vivía en un anhelo permanente de su cuerpo. Por más veces que me propuse dejar de verla, cuando sonaba el teléfono y veía su número en la pantalla, corría hacia su ático, hacia un hotel, hacia donde fuera que marcase norte la brújula que había instalado en mi raciocinio. En ocasiones creía que no soportaría más su actitud veleidosa, pero era precisamente aquello lo que me excitaba, la conciencia de que en cualquier instante, por más inesperado que fuese, recibiría su orden y tendría que acatarla.

Olga no escribía: «¿Quieres que nos veamos?» o «¿Te apetece quedar?», sino «Fóllame», un «Fóllame» de obligado cumplimiento. Nada de indirectas ni invitaciones subrepticias, nada de falsas coqueterías, nada de cenas románticas ni copas de vino, nada de todo ese ritual que tanto valoraba Teresa y a mí me hastiaba.

Recuerdo una de las primeras veces en la que, al recibir su aviso, salí del hospital en volandas, arranqué el coche, conduje rebasando los límites de velocidad. Ni buena educación, ni buenas maneras, ni cortesía, ni mutuo acuerdo. En un semáforo saqué el móvil y miré de nuevo su mensaje —ese «ahora»—, recorrí todas las letras una detrás de otra: la a, la hache, la o, la erre, la a. Tuve una fuerte erección. Una centésima después de que la luz verde se

encendiese, pité de forma enfebrecida al de delante y lo sobrepasé con temeridad en cuanto hubo el más mínimo margen. La entrepierna me ardía.

Aparqué en la plaza reservada para minusválidos, colocando en lugar bien visible el cartel de MÉDICO EN ATENCIÓN DOMICILIARIA. No experimenté ningún reparo en usarlo. Una anciana que paseaba un perrito lanudo se detuvo a observarme. Con seguridad le llamó la atención mi urgencia, la furia con que cerré la puerta del coche y corrí hacia el edificio. Desde dentro del portal, mientras esperaba el ascensor, la vi acercarse al parabrisas, leer el cartel y santiguarse con la vista al cielo por el moribundo al que aquel médico socorrería. Yo no acarreaba ningún maletín.

Para mi desesperación Olga se demoró en abrir la puerta de su ático y me la encontré vestida. Lo hacía para atormentarme, no hay duda. Sin mediar palabra, sin preliminares tiernos, la empujé contra la pared. De una mesita contigua un vaso se precipitó haciéndose añicos. Noté los cristales salpicándome los pies, no tuve ningún cuidado por evitar que ella o yo nos los clavásemos en una embestida. Empecé desabotonándole la blusa, pero los botones pronto salían disparados, la tela se desgarraba y ella reía y exigía: «Arráncala, arráncala», una blusa de seda que le habría costado un dineral, de las que Teresa nunca se compraría porque eran muy caras y se arrugaban con la mirada. Olga me instó a arrancarle también la falda, pero yo no aguanté más: se la levanté hasta las caderas, le di media vuelta y le bajé las bragas. Acalorado, tan cerca de mi meta, la tumbé bocabajo y la penetré así, con brusquedad, sin que mediase un solo beso, apretando su cabeza contra la alfombra peluda hasta que su respiración pareció agonizar.

Cuando separé mi miembro fláccido de su sexo, su cuerpo estaba inmóvil y su cabello se desparramaba en una corona áurea por el suelo. Por un segundo creí tener a mi lado un cadáver hermoso desnudo a trizas, y tuve miedo, un miedo insólito y feroz. Puse mi mano sobre su espalda, noté su respiración, me fui calmando y entonces sí, la fui despojando sin premura de las prendas que aún conservaba: la falda, los zapatos de tacón, el

sujetador color negro con su apresto intacto.

De la mano me condujo hasta el dormitorio, deshizo la cama y se recostó.

—Desnúdate y ponme un whisky, por ese orden, haz el favor.

No tuve que preguntar dónde estaba el minibar, recordaba el restallar del vaso.

—Ponte una copa si te apetece —me dijo—, pero los cristales déjalos ahí, ni se te ocurra recogerlos.

Esta vez sí procuré no pisar ninguno, pero no la desobedecí.

—Luego llamaré a Betty para que lo limpie.

Cuando nos terminamos las bebidas, follamos de nuevo en la cama, desnudos, yo bocarriba y con las manos en la nuca y Olga cabalgando sobre mí, con el escozor de su manicura francesa hincándose en mi pecho.

Salí del ático con la piel dolorida. En el espejo del ascensor mi rostro tenía una pátina sudada y marchita. Una oleada de satisfacción me recorrió: mi aspecto devastado casaba a la perfección con una jornada estresante en el hospital. Al guardar el cartel del parabrisas en la guantera, me sentí el hombre más afortunado de la tierra.

Algunas citas después Olga me confesó que era huérfana y que Duart había sido su padre adoptivo, cuando yo ya había olvidado la evocación de infancia que experimenté la primera vez que leí su apellido en Urgencias.

Yo alababa su cuerpo musculado, su cuerpo de guerrera vikinga. Me encantaba besar los contornos tan bien perfilados de sus piernas. Las recorría con mis dedos y a su demanda iba recitando los nombres de cada uno de sus músculos y tendones: gastrocnemio, sóleo, bíceps, crural, poplíteo, cuádriceps.

Me reveló entonces que había sido patinadora.

—Fue culpa de mi padre. —Y al punto añadió—: Mi padre adoptivo.

Todas las tardes de su adolescencia sin excepción había

soportado un frío glacial, un invierno artificial y perpetuo, trazando piruetas sobre el hielo. Mientras, los demás jugábamos a videojuegos, abandonábamos el futbito, nos sentábamos al sol, comíamos pipas en portales, nuestras tardes se alargaban hasta el infinito, densas, cálidas, oleaginosas.

—Duart —dijo, porque ella también lo llamaba así, a su propio padre— hizo que abriesen la pista de hielo los domingos para asistir a mis entrenamientos.

Lo podía imaginar en las gradas con la sudadera de mafioso, atento a las indicaciones de la entrenadora, una exgimnasta de carácter dictatorial. Bajando al borde de la pista, para que sus gritos se escuchasen mejor en el temible eco de aquella bóveda.

Vidal se comporta como de costumbre. Le reviso las vendas, el edema. Sobre la cicatriz van mutando las tonalidades moradas hacia iridiscencias demasiado oscuras en forma de telaraña que me comienzan a preocupar.

—El color está cambiando. ¿No es así, doctor?

Me lo pregunta el padre porque Vidal ya no me mira, ya no me habla. La cólera le recorre el rostro, una cólera surgida del sufrimiento, que se propala y nos alcanza a todos los que nos acercamos a su cama: su padre, su madre, yo.

Asiento. Me invade un aroma a agua de lavanda.

—Se está curando —miento.

Cuando no se puede hacer nada, ser médico consiste también en saber mentir, en ocultar la verdad hasta que la verdad es demasiado patente, innegable.

El malestar aumenta y las inyecciones se vuelven más habituales, casi diarias. Les hablo de trasladarlo a Lindes, abro mis manos vacías en un gesto de impotencia, un gesto que dice: «No tengo los medios, no puedo hacer más», pero miran al suelo como si el salón se estuviese inundando, como si corriese el agua a sus pies.

Tiendo a Vidal en la cama con ayuda del padre. Le inyecto el contenido de la jeringa. Su rostro deja de temblar, sus ojos se ponen en blanco, su cuerpo pierde toda la energía, toda la potencia, toda la electricidad del dolor, se ablanda, cae en el letargo más profundo, un letargo cercano a la muerte. Se le queda una sonrisa dulce de niño goloso, y entonces el padre lo arropa y salimos de la habitación. El olor a lavanda se disuelve. Los saquitos están ahí, escondidos, al acecho, colgando de las perchas, entre los jerséis apilados.

El padre me acompaña, me dice que quizá no se recupere jamás y que entonces quién se ocupará de las vacas y de la granja y de los pollos y de los campos, quién labrará las parcelas de tierra, quién los cuidará a ellos muy pronto, cuando no puedan valerse por sí mismos.

Conduzco por las carreteras serpenteantes de vuelta al faro. Atardece, los rayos oblicuos me ciegan. Las gaviotas me siguen, sobrevuelan el vehículo, trazan círculos en el cielo. Me adelantan y planean en una coreografía delirante. A pesar del sol, de la brisa suave tan inusual como preciada, regreso apesadumbrado. Doy vueltas por las habitaciones persiguiendo a un moscardón que se ha colado en casa: mi dormitorio, la cama mal hecha, las ropas de la víspera encima de la silla. ¿Qué he venido a hacer en esta estancia? Me miro en el espejo del cuarto de baño. Me he afeitado mal, una parte del mentón raspa. Abro la ventana, pero el moscardón rebota en el cristal, no encuentra la salida, se obstina en hacerme compañía.

Dejo puertas y ventanas abiertas. Me monto en el coche con una decisión inusitada. Intento recordar las carreteras y los desvíos para llegar a Lindes. En un paraje me extravío, tengo que pararme a preguntar. El bastón de un pastor me reconduce, traza el camino con la punta de su cayado sobre un mapa invisible. Gracias a sus indicaciones alcanzo la rotonda de la campesina, el polígono industrial, el concesionario de todoterrenos. El viaje me ha resultado breve. «Orientarse en Lindes es fácil —me digo—, seguir el río y todo recto.»

Es de noche cuando aparco entre dos ambulancias inmóviles. Las farolas apenas iluminan la entrada del hospital.

La recepción está vacía, ni rastro de las dos mujeres siamesas que tecleaban y clicaban con cuatro manos sobre el mismo ordenador. En el pasillo del señor Mauro me cruzo con una anciana en una camilla. Una venda gruesa le rodea la cabeza como un turbante y tiene un ojo morado.

—No hay que caerse más, ¿eh? —le reprende un celador.

La anciana no responde; el ojo sano pestañea.

El señor Mauro sigue en la misma posición del día anterior. Mis movimientos intentan ser sigilosos, causar el mínimo ruido, pero el sofá cruje cuando me siento.

El señor Mauro cambia de postura y sigue durmiendo.

Me acerco al gotero. El calmante cae a buen ritmo, el suero está a punto de consumirse. Pulso el timbre y una enfermera aparece, enciende una luz blanca, cenital. Mis ojos se estremecen. Saluda con voz de trueno, repone el suero, observa los intervalos entre las gotas, regula la rueda del flujo. La bolsa de orina está casi vacía.

—¡A ver si hacemos pis, caballero! —grita antes de marcharse dando saltitos y con un portazo.

Apago la luz.

—¿Qué hora es, hijo?

—Hora de dormir —respondo.

Son las doce de la noche. No soy más que una sombra que le toma el pulso y le toca la frente. En sueños, el señor Mauro me deja hacer sin reconocerme. Miro por los intersticios de la persiana, la luz de la farola ilumina los coches. Una de las dos ambulancias arranca solo con las luces giratorias. Los ronquidos del anciano son intermitentes.

Al levantar los antebrazos el sillón se reclina. Empujo mi peso hacia atrás. Siento frío. Me tapo con la cazadora. Me acerco a cubrir un pie pálido que se ha quedado al descubierto, está helado. La sábana es delgada, una servilleta de papel. Estiro mi cazadora sobre el vientre del señor Mauro. Me quedo dormido con los brazos cruzados.

Son las siete de la mañana. No ha amanecido por completo.

En el mostrador de las enfermeras unos aparatos zumban y sueltan pitidos. Una de ellas pulsa un botón y el pitido se extingue. La otra levanta los ojos a mi paso.

—Voy a por un café —digo—. Enseguida vuelvo.

No responde, baja la mirada. Entonces me topo con un

médico alto recién afeitado, recién despertado, con olor a colonia fresca, a desodorante deportivo. Me estrecha la mano con efusividad igual que lo haría un antiguo colega de la facultad.

—Perdón, ¿nos conocemos? —digo.

Intento hacer memoria en vano.

—Soy el cirujano que operó a su padre. Hemos hablado por teléfono. Pensaba que usted no vendría hasta media mañana, pero es estupendo comprobar que ha podido acompañar a su padre esta noche.

Mis ojeras profundas, mi aspecto desaliñado me delatan. No sé si es demasiado tarde para sacarle del error.

—¿Cómo está?

—Aún duerme.

—Eso es buena señal. ¿Qué tal la noche? No demasiado mala, espero. ¿Tiene dolor? ¿Los calmantes le hacen efecto?

Lo observo mientras se pinza la identificación en el bolsillo cargado de bolígrafos. Es atractivo, tupé ondulado, tez color albaricoque, cuerpo saludable, bata impoluta. Una alta probabilidad de haber sido destinado a Lindes desde la otra punta del país. También podría tratarse del actor protagonista de una serie de urgencias médicas, alguien que se sabe al dedillo el guion y entra en plató tras la sesión de maquillaje. Exhala bienestar e higiene, una vida ordenada, una alianza sin muescas en su dedo anular. Todo aquello que yo he perdido.

—Iba a la cafetería —respondo.

—No se preocupe, ya nos ocupamos nosotros. Márchese, dese una ducha y regrese cuando haya dormido un poco.

Cuando sonríe, exhibe un colmillo brillante.

—Gracias.

—No me las dé a mí —dice—. Déselas al médico de su padre. Su diagnóstico fue rápido y certero.

De repente el hospital toma una apariencia menos insignificante, menos lúgubre. De repente me siento perdonado.

Me aseo como puedo en un lavabo, me cepillo los dientes con el dedo índice. Pido un café para llevar y lo bebo fuera, contemplando el amanecer y los gorriones que se desperezan.

Entrar en Punta Albatros es más fácil que salir. No me extravío. Pienso en un desayuno en el hostal de Celso, el pan tostado, el café negro, la leche fresca, la macedonia. Una partida de dominó, luego la revancha, luego el desempate. A pesar de la falta de sueño estoy de buen humor. Se me abre el apetito y no quiero volver al faro, no todavía. Las curvas se estrechan. Las aves marinas me dan la bienvenida.

Antes de llegar paso por la vieja herrería. Detengo el coche. Abro la guantera, rebusco entre la documentación, los clínex, los bolígrafos, el mapa de carreteras de la comarca. Me inclino aún más. La navaja del barquero está al fondo.

Si me tengo que ir de aquí, me he propuesto hacerlo con las cuentas saldadas, con los bolsillos vacíos.

A mi cabeza acude recurrente la cita de Virgilio que tantas veces, una espuela puntiaguda contra mi temperamento complaciente, melindroso, me repetía Teresa: *«Audentes fortuna iuvat»*, a los audaces los favorece la fortuna. Cierro la portezuela del coche envalentonado.

Solo veo a uno de los perros. Lo sujeta una soga gruesa que parte del interior de la caseta. Me olfatea a distancia, ladra a intervalos. Se acerca y se aleja con cabeceos vesánicos. La soga tira de él cuando se desvía demasiado, cuando rebasa el límite de la propiedad.

—¿Hola? —grito—. ¿Hay alguien?

Penetro por un camino salpicado de excrementos y cristales, manteniéndome siempre fuera de la holgura de la cuerda. Las gaviotas se posan sobre una torre de coches viejos, tres alturas de vehículos, modelos antiguos, la chapa oxidada, las ventanillas bajadas, los capós abiertos, sin neumáticos.

Me arrepiento de haber entrado. Una voz interior me susurra: «Mala idea». Debería haber lanzado la navaja a las olas cuando tuve ocasión. Acaso todavía esté a tiempo. Me giro hacia las carrocerías apiladas, hacen pensar en el juego de construcciones de un bebé gigante y maligno.

A partir de ese momento el recuerdo más nítido que poseo es la huida súbita de las gaviotas, cómo levantan el vuelo todas a la vez y chillan en el cielo cuando yo caigo de bruces contra la tierra. La gravilla se me mete en la boca, los graznidos restallan en mis oídos. Pierdo el latido de mi propio corazón. La respiración se corta. Sé sin atisbo de duda que el perrazo ha roto la cuerda y está sobre mi espalda. Me giro de forma instintiva, me pongo bocarriba y el animal se me planta encima, sus cuatro patas musculadas me mantienen inmóvil, dos sobre las clavículas, las otras dos al extremo de las costillas flotantes. El cráneo poderoso se agita con la fuerza del metal, me enseña los dientes. Entonces sus ladridos se estancan y noto un chorro tibio en mi abdomen. Está orinando sobre mí con delectación morosa. Al finalizar arroja dentelladas a pocos centímetros de mi nariz.

Ignoro cuánto dura todo eso, las vaharadas calientes de su aliento, los escupitajos de baba, la conciencia de una muerte abyecta y dolorosa, tal vez solo unos instantes larguísimos al cabo de los cuales oigo un ruido fuerte, el de un choque, un encontronazo, y la presión de las garras sobre mi pecho se relaja. El segundo perro se ha abalanzado sobre el primero y ambos se han enzarzado en una bola de músculos, de pelos erizados, que rueda y se estrella contra la chatarra y hace elevarse una nube de polvo enfurecida. Las mordeduras se suceden: en las patas, en el costillar, en los testículos. Cada perro busca el pescuezo del otro, se escabulle sin dejar de atacar. Los ladridos mutan en gemidos si los colmillos se clavan en la carne. Y yo soy el testigo pávido, hipnotizado, de esa pelea. Aún en el suelo, incapaz de ponerme en pie, incapaz de ponerme a salvo.

Una mano tironea de mi cazadora y no tengo más remedio que arrodillarme y luego alzarme.

—¿Qué coño se le ha perdido aquí?

Mientras retrocedo, el barquero se aproxima a la maraña con una tubería de acero, intenta separarlos a golpes.

—¡Cabrones, parad, hijos de puta! ¡Coño, parad!

Uno de los perros, malherido, se encuentra paralizado, sangra profusamente del cuello y aúlla con desconsuelo. El otro, el claro

vencedor de la pelea, se cobija en la pierna de su dueño, lame los desgarramientos del costado, se transforma de repente en un cachorrito manso. El barquero se acerca al perro moribundo, le da una patada ligera sin afán de lastimar, sino a fin de constatar su estado.

—Joder, ¡qué puto desastre!

Chasquea la lengua con más contrariedad que desagrado.

Con la misma tubería que ha utilizado antes, le revienta el cráneo.

Cuando termina, jadeante por el esfuerzo, lo agarra de las patas traseras y lo arrastra detrás de la chatarra. Yo sigo aterrado por la escena, pero también por el otro perro que ahora descansa vigilante. El animal muerto es un despojo pardo plagado de boquetes. Ha perdido un ojo. De su cabeza chorrea una papilla de sesos. El barquero lo arroja sobre una pila de neumáticos rajados. El torso desaparece en la montaña de caucho, pero alguna pata aún se distingue, apunta al cielo.

Soy incapaz de diferenciarlos. No podría aseverar qué perro me atacó, cuál se lanzó sobre el que me atacaba, cuál de los dos ha sobrevivido.

—Venía a traerle esto —digo, sacando la navaja del bolsillo.

El barquero frunce la mirada. Debo de exhibir un aspecto deprimente: el pelo sucio y revuelto, los salivazos del animal aún en mi cara, sus orines fétidos sobre mi ropa. Todo mi cuerpo tiembla.

—La encontré dando un paseo por Goz. Es la suya, ¿no?

Dar detalles, ahondar en la mentira, resulta, amén de superfluo, ridículo.

Abre el filo. Lo cierra.

—Será mejor que se vaya.

Dentro del Volvo, con las puertas y las ventanillas cerradas, me siento un turista por el Serengueti, a salvo en su *jeep*.

De Olga yo emergía envalentonado, parapetado, revestido con un escudo, una armadura contra el amor, contra todo tipo de amor. El descenso de las diecinueve plantas en el ascensor acristalado constituía para mí un movimiento ascendente, el despegue del hombre bala. Salía a la calle con paso decidido, murmurando: «No la amo, no la amo, ni a la una ni a la otra, no amo a nadie». A nadie, a nadie, a nadie. Nadie ama a una amante, solo se acuesta con ella.

En casa miraba a Teresa sin reconocerla. Teresa se me revelaba arisca. Siempre quejándose de su director de tesis, de la imperfección, de la incoherencia. Del hambre en el mundo, de las injusticias, de la invasión del plástico, del vecino de arriba, del IPC, de los alquileres por las nubes. Sus lenguas vernáculas, sus trovadores, sus historietas no me interesaban. No entendía sus crisis, sus llantos sin motivo. Se enfadaba con Victoria y me lo contaba todo, de pe a pa, reproducía los gestos, los diálogos de memoria, pero a la semana se reconciliaban, volvían a quedar y esto también me lo contaba. La compra, desatascar el desagüe de la bañera, la declaración de la renta. Comparado con lo que yo me traía entre manos, sus angustias domésticas se me antojaban nimias. De igual forma en que la comezón de una picadura de mosquito se despierta, me veía a mí mismo inconsciente rascándome el dorso de la mano mientras ella me hablaba. Me exasperaba verla pasando el aspirador por los rincones a la caza enfermiza de la suciedad, de la mancha. Teresa se defendía, se excusaba diciendo que era un método práctico de entrar en calor. La encontraba avejentada a pesar de que sería unos años más joven que Olga. Desaprendí los caminos de su cuerpo. Creí que la dejaría, pero la decisión siempre se aplazaba. Me imaginaba llegando al

ático de Olga con mis maletas en ristre, ese ático cuya bañera humeaba y los radiadores tiraban a todo trapo, donde yo iba desnudo casi todo el tiempo, donde siempre había salmón ahumado en la nevera. Pero esta imagen se congelaba porque carecía de apoyos. Era, lo sabía yo, absolutamente falsa, desenfocada, irreal.

«Nadie ama a una amante —me repetía—, solo se acuesta con ella.»

Olga malgastaba a espuertas. Era la fortuna de sus padres, el dinero heredado de la tienda. Se deshizo de la casa familiar y del apartamento en la playa y se compró el ático. No conservaba ni una de las joyas de su madre.

—Unas joyas feas: un broche de libélula, una pulsera de coral, perlas, perlas, muchas perlas gordas.

La mentira ante Teresa se consumaba: el congreso médico de fin de semana. Olga y yo nos alejábamos, pasábamos una o dos noches fuera, en otras ciudades. Olga lo costeaba todo: los billetes de avión —si íbamos lejos—, el coche de alquiler, los hoteles, hoteles muy caros donde éramos el señor y la señora Duart, un matrimonio joven, adinerado, feliz a todas luces.

Aquello, lo pienso ahora, era un desperdicio. Remoloneábamos en la cama hasta muy tarde. Olga llamaba al servicio de habitaciones, pedía que nos subiesen el desayuno nunca antes de las once. Alguien tocaba a la puerta y yo me anudaba el albornoz del cuarto de baño. Una chica morena —siempre es morena la que recuerdo, siempre una chica, nunca un chico— sostenía una bandeja plateada con las jarritas, dos tazas, dos servilletas enrolladas, una flor en un florero de cristal. Los pétalos, al tacto, eran de verdad, era una rosa amarilla o una gerbera violeta, no una florezucha de tela, no una de plástico. Me costaba mirar a los ojos a la camarera, estaba convencido de que percibía el olor a sexo que exudaba nuestra suite, un sexo intenso, rabioso, atolondrado, sin futuro, impropio de las parejas constantes, solo de los desleales. Yo estaba engañando a Teresa cada uno de los

segundos que mis pies descalzos permanecían sobre esa moqueta carísima que me quemaba.

Cogía la bandeja de las manos de la chica y empujaba la puerta.

—Espera —gritaba Olga.

Y saltando de la cama, medio desnuda, impúdica, abría la puerta, la llamaba, le decía: «Oye», «Eh, tú», como su padre interpelaba a las dependientas en la tienda de deportes, y le tendía una jugosa propina.

Mientras Olga desayunaba en el centro de la cama, yo me tomaba un café a sus pies en la posición que adoptaría un lebrel. No la molestaba. La miraba rajar los cruasanes y untarlos de manera tosca, exagerada. Del periódico que había encargado solo leía los titulares. Cuando se cansaba, me decía:

—Ten, tíralo.

Y acababa allí dentro, en la papelera, junto con los sobrecitos de los preservativos. Se recostaba, se medio tumbaba con una tostada en la mano, y los mechones pelirrojos le caían sobre los hombros, sobre los pechos. Una gota de mermelada, una pulpa de fruta, un corazón de fresa a tono con sus rizos se escurría hasta las almohadas. Se guardaba el zumo para el final, un final ácido. Luego follábamos otra vez y nos adormecíamos. Yo creía imposible volver a dormir así, cual adolescente, un sueño sin sueño, hasta las dos, hasta las tres de la tarde, un sopor atiborrado con la luz atronadora irrumpiendo por los ventanales.

Salíamos tarde, no visitábamos ningún museo, ningún monumento, ninguna ruina, ninguna iglesia, ninguna universidad histórica. No nos hacíamos fotos. Nuestras manos no sostenían ningún plano. Tomábamos una calle y la transitábamos hasta el final, paseábamos durante horas en línea recta. Olga miraba escaparates, me pedía que la acompañase dentro, que opinase, para terminar eligiendo a su gusto. Compraba por comprar —zapatos, cosméticos, carteras—, sin necesidad, sin sed. Acabábamos en un paseo de playa o frente a la fuente de un jardín. Nos acomodábamos en una terraza al exterior incluso en invierno. Todas las tardes en la pista de hielo la habían curtido contra las

bajas temperaturas. El primero en tiritar era yo. Anochecía. Hacíamos tiempo hasta la hora de la cena. Olga comía sin respeto, con voracidad, igual que si hubiese pasado mucha hambre en una vida anterior. En los postres Olga preguntaba por un bar de whiskies y en todas las ciudades había uno, con sus sillones de cuero verde y sus paredes tapizadas. Entonces se tranquilizaba, se relajaba, sabía qué hacer con las manos, en qué ocuparlas. Allí me hablaba largo y tendido sobre Duart, sobre los bucles en el hielo, sobre la premonición de su soledad, sobre lo que suponía vivir sin trabajar, vivir de las rentas. Abandonada por sus padres biológicos primero, se había quedado huérfana por segunda vez a los dieciocho años por culpa de un borracho que conducía en sentido contrario. Los periódicos se habían hecho eco de la fatídica noticia de la muerte del medallista olímpico y su esposa. Regresábamos en taxi al hotel. En el taxi ya no conversaba, ladeaba la cabeza y cerraba los ojos. Yo contemplaba la calle, los semáforos, las farolas iluminando avenidas. Me sorprendía la distancia recorrida, todos los kilómetros que habíamos caminado y que nos separaban de nuestra suite, o quizá aquella lejanía solo fuese una distorsión alcohólica, un espejismo.

El domingo a mediodía, cuando yo entraba por la puerta con la maleta, Teresa no desconfiaba, pero me preguntaba agnóstica:

—¿Y los laboratorios pagan todo eso?

Yo me llevaba los dedos al mechón de pelo apelmazado. Conservaba todavía el sabor de la fresa resbalando por los cruasanes.

La misma escena me atormentó y me excitó durante un tiempo. ¿Se cruzarían Teresa y Olga en alguna parte? ¿En un paso de peatones, en la exposición temporal de algún pintor? ¿En la sala de espera del ginecólogo, en la cola de la panadería?

Fantaseaba que eso sucedía: Olga decidiría hacer algo de deporte y se apuntaba a la piscina a la que acudía Teresa. Ambas se desvisten en el vestuario: Teresa opta por una cabina individual al abrigo de las miradas y pasa el pestillo, mientras que Olga lo

hace en la parte común, en los bancos corridos, junto a las adolescentes que exhiben desvergonzadas su desnudez. Para guardar su ropa eligen al azar taquillas contiguas. Por accidente se rozan, una pide perdón a la otra, se miran a los ojos por un segundo y al segundo siguiente han olvidado sus rostros. En la piscina comparten calle. Teresa aprecia la esbeltez de los muslos de la desconocida, se percata de su traje de baño de marca, a cada largo desea imitar su eficiente batido de piernas. A Olga no le fatiga bracear, pero se aburre pronto; a los quince minutos desea hacer otra cosa, salir de ese lugar, cambiar de actividad. Bucea en dirección a la escalerilla, aguantando la respiración hasta el límite de la asfixia. Teresa ya solo divisa su tobillo, el resto del cuerpo fuera del agua. Nada a ratos sola, a ratos con otros compañeros fugaces, hasta completar sus cuarenta y cinco minutos de ejercicio. Al salir nota su bañador ensanchado, se le forman lorzas de tejido en el vientre y el pubis casi se le transparenta: de tantos usos el cloro se ha comido la licra.

En el vestuario Teresa se seca el pelo con parsimonia, se extiende crema hidratante. Se ha duchado calculando los metros cúbicos ahorrados en la factura de ese mes. Cuando saca la percha con su ropa, la taquilla de al lado ya está vacía.

—Me ha pedido ayuda —dijo Teresa— y no me he podido negar.

Los gemelos tenían quince días de vida. Victoria se había sumido en una leve depresión posparto y le había rogado a Teresa que la acompañase aquel fin de semana. Estaba sola con los bebés, la sirvienta se encontraba en el pueblo y Salva, de viaje.

—¿Y para qué quieres que vaya yo también? —pregunté—. ¿No es un fin de semana de chicas?

—Dicen que nevará. Será una especie de retiro. Victoria me presta el despacho de Salva para trabajar en la tesis en los momentos libres.

«El plan ideal —pensé—. Encerrado con Victoria, Teresa y dos bebés llorones.»

Pero yo no tenía guardias a la vista y había agotado todos los

congresos médicos habidos y por haber. Se me acababan las excusas.

Teresa me esperaba en nuestro piso a primera hora de la tarde del viernes. Había preparado una maleta para ambos con lo básico para dos noches fuera: ropa cómoda, los pijamas, las bolsas de aseo, las zapatillas de estar por casa.

En el ascensor me quité la bufanda, me abrí la cremallera del abrigo y me coloqué el collarín semirrígido ajustando los velcros alrededor del cuello. En el hospital teníamos varios modelos: el más blando —de espuma, de apariencia demasiado leve—, el semirrígido y el rígido, con el que la inmovilización cervical era total. No lo pensé mucho, estaba al alcance de mi mano, elegí el menos aparatoso pero creíble.

—Me han dado por detrás en la rampa del aparcamiento. No ha sido nada, pero voy a tener que guardar reposo un par de días.

—¿Te duele mucho?

—Me duele la cabeza. Me voy a tomar un ibuprofeno y me acuesto.

Teresa entendió que no la acompañase en su fin de semana con Victoria.

—Sería un estorbo para vosotras —dije—. Estaréis mejor sin mí.

Me metí en la cama y la observé mientras sacaba mi pijama de la maleta y lo volvía a guardar en la cómoda. Ella no escondía su frustración por no poder dividirse, por no poder estar en dos sitios a la vez. Teresa siempre dispuesta: esposa, amiga, madrina, enfermera.

—¿No sería mejor que me quedase a cuidarte en vez de ocuparme de Victoria y de los gemelos?

—Vete tranquila —me oí decir—, yo estaré bien.

—¿Y el coche?

—El coche está intacto, ya lo verás. Ni una abolladura.

Esperé media hora. Llamé a un taxi, di la dirección del ático.

Cuando Olga abrió la puerta, le pedí que me ayudase a quitarme el collarín. Le dio la risa, quizá le parecí ridículo o quizá le gustó que hubiese fingido un accidente por estar con ella. No me

preguntó nada.

Mi cuello estaba entumecido. Olga me sirvió una copa que bebí de un trago.

—Ven —dijo.

Preparó un baño de hidromasaje, vertió gel y sales de baño de dos frascos distintos y removió el agua creando un remolino. Me dejé desnudar. Olga se deshizo de su bata de raso y permanecimos mecidos por las burbujas en la bañera triangular hasta que nuestra piel se reblandeció. Nos masturbamos mutuamente y me dejé caer en la bañera con una toalla húmeda en la nuca.

—Salgamos al frío —dijo Olga.

A mí no me apetecía vestirme. Quería quedarme en su ático todo el fin de semana, poner la calefacción a veinticinco grados, encargar sushi y disponerlo sobre su cuerpo —sobre los huecos de sus omóplatos, sobre su ombligo, entre sus pechos—. Beber whisky. Follar sin parar. Se lo propuse.

—Habrá tiempo para todo —contestó—, pero antes necesito salir a comprarme algo.

—Va a nevar —insistí.

—Mejor.

Los primeros copos empezaron a caer. La gente huía como si se hubiese declarado un incendio. Me sentía algo borracho, pero la baja temperatura me despejó. El viento soplaba de norte y me acordé de que, a pesar del intenso frío, el hedor a estiércol sitiaría el chalé donde Teresa se encontraba. Teresa con un bebé con forma de gazapo en brazos, Teresa en el despacho de Salva corrigiendo párrafos de los últimos capítulos de la tesis, Teresa consolando a Victoria, cuyas hormonas habían caído en picado. Y yo allí junto a otra mujer, en un mundo paralelo, simultáneo, carente de coordenadas, de referencias y de normas.

La tormenta de nieve cobraba fuerza. Olga, sin gorro ni guantes, llevaba el abrigo desabrochado. Me empujó dentro de unos grandes almacenes. Eran las nueve de la noche, faltaba una hora para el cierre.

—Dime, ¿qué te apetecería comprar?

Me daba igual, pero ya que estábamos en aquel lugar no me

apetecía seguirla cual perrito faldero por los puestos de cosmética. A mi alrededor hombres aburridos, absortos en las pantallas de sus móviles, esperaban a que sus mujeres se hartasen de manosear telas, de girar etiquetas, de oler frasquitos.

Una dependienta solícita se nos acercó.

—¿Los señores desean que los ayude?

Señalé el torso de un maniquí.

—Quiero que se pruebe eso —dije.

Olga me miró divertida. La dependienta nos acompañó a un probador privado con cortinas negras.

—No está mal —dijo Olga—. Veo que te gustan las marcas caras como a mí.

Ignoraba lo que había elegido. Era un corsé de color lila, encajes por todas partes, transparencias y unas cuerdas con pincitas. Olga se desnudó sin atisbo de recato, con la cortina medio abierta. Yo, apoyado contra la pared, la vigilé de cerca como Duart lo haría desde la barrera de la pista de patinaje. No tenía ganas de disimular, de mirar de reojo. Entré dentro. Acaricié la blonda debajo de la cual se intuían los pezones. Se erizaron al contacto con mis yemas. Le quedaba perfecto.

La dependienta estaba de pie a mi lado. Nos observaba sin esconder cierto placer. Olga se sintió excitada.

—Hecho para ella. ¿No le parece, caballero?

Separé los dedos del pezón con morosidad.

—Le traeré las medias a juego para que se las pruebe —dijo la dependienta—. Así se verá mucho mejor el efecto del liguero.

La vi alejarse. Era joven, no era una belleza, tampoco fea. Sin embargo, en esos momentos no podría haber asegurado si su cabello era liso o rizado o si tenía las caderas anchas o estrechas. En esos momentos, no.

—Si te gusta la chica —dijo Olga poniendo una mano sobre mi entrepierna, constatando mi erección—, puedo comprarle un conjunto a ella también.

Aquello bastó para convencerla. Era la hora del cierre. Olga llamó a un taxi y la esperamos en doble fila con dos paquetitos iguales, dos cajitas plateadas.

Horas después, en el ático, la dependienta recogió del suelo el conjunto de lencería y lo metió en su caja. Su paga, su precio. Se vistió con la celeridad de quien llega tarde a algún sitio. Distinguí entonces una cicatriz en el comienzo de su pubis, una cicatriz horizontal de cesárea en la que no había reparado. Olga se había quedado dormida, pero yo estaba muy despierto y vi cómo la dependienta apuraba la copa y se encendía el último cigarrillo mientras salía por la puerta.

Escuché las correas del ascensor acristalado.

Se olvidó la chapa con su nombre en el ático. La tiré a la basura. Fue todo lo que supe de ella. Se llamaba Julia.

Dormí algo más, pero me desperté de madrugada. Una sed inusitada me atenazaba la garganta y bebí del chorro del lavabo. Del mismo modo que la dependienta, me vestí. Olga yacía ahora bocarriba, los pechos al aire, las sábanas retiradas hasta la cintura, una Venus de Milo de respiración acompasada sin arrepentimientos, sin conciencia, sin alma, hueca. Su conjunto lila reposaba en una silla. Lo doblé, lo metí en su caja y me lo llevé. En la otra mano acarreaba el collarín.

Salí de allí.

La nieve había sido un espejismo. Había manchado las aceras, solo eso.

La caja plateada esperó oculta en un altillo. Unos días después se la entregué a Teresa. No era su cumpleaños, ni nuestro aniversario, no celebrábamos nada.

—Quiero pedirte perdón.

Pese a lo que pudiese parecer, no era insincero. Me sentía culpable, sus manías compulsivas me irritaban, era cierto, pero quería zanjar las peleas, las discusiones. Anhelaba que nuestra intimidad retornase.

—¿Qué es esto? —dijo Teresa mirando el corsé al trasluz.

Quizá aquella manera no fue la más acertada.

—Es un regalo.

—No estoy segura de que sea mi talla —dijo Teresa—, pero

desde luego no es mi estilo.

—A mí sí me gusta —repuse.

—Pues póntelo tú.

Ni siquiera me echó en cara el derroche.

Era consciente de ello. Yo era un amante pasajero.

El ático nunca albergó mis pertenencias, ni tampoco las de otros hombres, lo cual no significaba que yo no lo frecuentase, ni tampoco los demás.

Los congresos médicos se tornaron cada vez más esporádicos. Los fines de semana con Teresa regresaron. Visitando a Victoria y a Salva en su chalé, el buen tiempo, las barbacoas, mi camisa remangada. La barbacoa se enciende, las salchichas se asan, mi camisa atufa. Salva me presta un delantal y unas pinzas —se supone que los hombres nos encargamos de la parrilla—, los rechazo con amabilidad incómoda. Los gemelos se mecen en sendas hamaquitas al sol. Victoria me tiende una cerveza. Bebo sin mirar, está templada, me sabe a sidra sosa, a zumo agrio.

—Lo siento —dice sonriendo—. Desde la lactancia solo compro sin alcohol.

En ese momento Olga estaría registrándose en un hotel, otro hombre que no sería yo la observaría desayunar en la cama. Encargarían los platos más caros del restaurante. Olga le ordenaría que abriese las cortinas para dormir con la luz quemándole los párpados y él accedería.

En nuestra última escapada, Olga pidió una ración de gambas y otra botella de vino. Me dio el limón para que lo exprimiera. Parecía celebrar algo. Acaso la decisión de abandonarme acababa de ser tomada.

En las manos se me quedaron la sal y la acidez de las gambas. Los aseos se encontraban en el piso superior. Me quité la alianza, la deposité en el lavabo junto al grifo del agua fría. Me miré los dedos libres mientras el agua corría. Me enjaboné. Recoloqué la alianza en el lugar que le correspondía.

Le gustaba beber y conducir. Conducía deprisa. Bebía

demasiado. En el hotel habíamos alquilado un descapotable.

—Estamos tan cerca del mar —había dicho—. Sería una pena no verlo.

Fuimos a comer a un pueblo de pescadores. Setenta kilómetros sinuosos entre pinares hasta llegar a las calas agrestes. El mar estaba allí. Su superficie plateada, como las escamas de una enorme sardina, centelleaba.

De Olga estaba persuadido de una cosa: de su pasión o de su ausencia de pasión. Las señales habían sido transparentes, no cabía ningún malentendido. Aquello se terminaba, yo lo intuía. Olga se había aburrido, se había aburrido de mí, buscaba a otros hombres con los que jugar. Me costó admitir el final. Dos semanas después me dejaba en ese bar de whiskies en la calle de su ático, donde ya no pondría el pie nunca más, y yo volvería a casa con la cara desencajada, la náusea en la boca, y mi confesión ante Teresa sería irreflexiva e imparable, igual que un torrente.

Olga aceleraba a la salida de las curvas. Me vi protagonizando una noticia de sucesos: «Una pareja pierde la vida en una curva peligrosa del litoral». Pero si nuestra relación concluía de ese modo, me sentiría liberado. Una confirmación rotunda de mi infidelidad ante todos. Evitando explicaciones. Ahorrándome el asombro de Teresa, la decepción de Consuelo, la mueca de Victoria.

A diferencia de nosotros, el descapotable llegó intacto a la ciudad, sin una sola rozadura.

Deportes Duart no existe desde hace décadas. Durante muchos años los escaparates lucieron el letrero de SE ALQUILA y más tarde de SE VENDE. El piso superior aloja en la actualidad la sede de un partido político. A pie de calle abrieron una tienda de electrónica. Entré en una ocasión. Habían remodelado tan a fondo el local que ya nada se le parecía: la iluminación indirecta, los dependientes veinteañeros con gorras anaranjadas. Por más que lo intenté, no supe situar los probadores, el antiguo mostrador, el lugar ocupado por la medalla de bronce del pertiguista zurdo. Los móviles, las

tabletas, encadenados a sus sistemas antirrobo, graznaban. Sin embargo, ya en la calle, distinguí un rótulo saliente: un rombo, dos des mayúsculas entrelazadas. Consonantes mudas cuyo significado se había extraviado. Alguien había olvidado desatornillarlo, ya no importaba. Cada vez que cruzaba por ese punto de la ciudad, me fijaba en las dos des trabadas y pensaba que yo había sido una de esas letras, había pertenecido a Olga, había sido Duart.

Lo había olvidado. La carta de la Comarca, la amenaza de un sustituto. Han transcurrido los días, unos similares a los otros.

Un miércoles cualquiera llego a Goz.

—La directora quiere verte. La nueva geriatra está aquí.

Me tutea una cuidadora desdeñosa con un pendiente en la ceja. Una sustituta de Irina. Con la titulación oficial requerida por Elegance.

Me dirijo al despacho.

—No, ahí no están. Vete al invernadero.

La nueva geriatra es una mujer joven, alta, de pelo corto. Las observo desde fuera. La directora me hace gestos invitándome a entrar. Sus guantes de jardinería están manchados de tierra.

—Es la época idónea para trasplantar, ¿lo sabía?

Una hoja de palma me golpea al entrar. Me la aparto de un manotazo.

—Sea delicado, haga el favor. Las plantas también son seres vivos que sienten y sufren como usted y como yo.

En el invernadero se respira una humedad malsana.

—Le presento a su sustituta. Acaba de llegar. ¿No es fantástico?

Y dirigiéndose hacia ella, dice:

—Alcánzame la regadera, ¿quieres, querida? Ten mucho cuidado, es un ejemplar de artesanía único.

La nueva geriatra coge una regadera de cerámica con un sapo en relieve. Para ello tiene que esquivar las puntas de un cactus.

—No hay que tenerles miedo, niña. Que no muerden.

La directora hace las presentaciones. Nos estrechamos la mano. La nueva geriatra no sonríe, me otorga la misma desconfianza que al cactus, por lo que concluyo que se trata de su

actitud natural para relacionarse. Lleva un anillo ancho en el pulgar, un aro trenzado, se muerde las uñas.

Las miro a ambas, a la directora y a la nueva geriatra, primero a una y luego a otra. Una vieja y otra joven, una baja y otra alta, una rechoncha y otra esbelta. Formarían una pareja de cómicas exitosa.

Vivirá en Goz, en una de las nuevas habitaciones.

—Así la tendremos cerca si hay una urgencia. No como antes, que teníamos que avisarlo a usted y esperar un buen rato a que apareciese.

El faro se quedará vacío.

—Usted vive en un faro, por lo que he oído —dice la nueva geriatra.

Asiento. Le informo de que es un faro terrestre en desuso.

—Qué gracia —dice, pero no se ríe, ni siquiera sonríe.

La directora estira de una orquídea y agita sus raíces, los cabellos mal peinados de una hechicera. A continuación las hunde en una maceta grande y las cubre con cortezas.

—Por cierto, he hablado con el hijo del señor Mauro esta mañana. Le han dado el alta, pero debido a su delicado estado de salud, su hijo ha decidido trasladarlo a otra residencia más cercana a su domicilio.

Recuerdo mi visita al hospital, recuerdo la noche en la butaca reclinable. De él siento que me he despedido.

—Sí —me oigo decir—, es un hombre fuerte. Lo visité en Lindes, en el hospital. Me aseguré de que todo iba bien, de que se recuperaría.

—¿Que hizo qué? ¿Que fue a visitarlo al hospital? ¿Y con qué permiso?

—No, ahórreselo, ya sé lo que piensa. Me he extralimitado en mis funciones, ¿verdad? No estoy autorizado a visitarlo fuera de la residencia, según alguna de sus dichosas leyes. No he seguido sus instrucciones precisas, las reglas de su estúpido tablero de ajedrez.

El rostro de la directora se endurece.

—Hoy es su último día aquí. Patalee cuanto guste.

Se quita los guantes. Sacude la tierra.

—Informe de todo a la nueva doctora. No queremos tener que llamarle con algún olvido de última hora. Y hágame un favor, haga como Coarasa: no vuelva a poner los pies en mi residencia.

La nueva geriatra gira su anillo trenzado sobre sí mismo. Ha salido del invernadero inmune a la escena que acaba de presenciar. No hace comentarios, mira al frente, atravesamos los pasillos. A diferencia de mí en los primeros días, dudo que se pierda ni una sola vez.

Pasamos consulta juntos a los residentes de Goz. Los visitamos en sus habitaciones o en la sala de televisión. Menciono nombres, enfermedades, edades, pesos, tratamientos, medidas, medicaciones. Me sorprendo recitando de memoria, de carrerilla, sin necesidad de consultar mis cuadernos. Tomo de la mano a los ancianos, me detengo en todos ellos. Me voy despidiendo en silencio, porque la directora me ha prohibido hacerlo de forma explícita, arguyendo que el anuncio los trastornaría, los alteraría, que es preferible no insinuarles nada. Me pregunto si es así también como Coarasa habría desaparecido, porque nadie osó nombrar su partida.

Algunos no comprenden por qué hoy los miran cuatro ojos, los tocan cuatro manos. La nueva geriatra es para ellos una enfermera distinta, una cuidadora a turnos, una Irina a quien alguien ha modificado los trazos de la cara.

No toma ninguna nota, no escribe, no apunta. Propone sustituir algunos medicamentos por otros desconocidos para mí.

—Por probar que no quede —me dice, muy erguida.

Los cambia sin acritud, sin superioridad, sin interés, sin prisa. Siempre que nota sus manos desocupadas, las entrelaza para dar vueltas al anillo, un talismán de una vida anterior, atrás, a sus espaldas.

Cuando me quedo solo, me encamino por un pasillo y me detengo frente a la cuarta puerta. Mis nudillos tocan. Una vocecilla me da

permiso para pasar.

La señorita Mariposa despliega las cartas de la baraja, una a una, con lentitud.

—Usted acertó —le digo—. Mi cumpleaños es a principios de marzo. Soy piscis, creo.

La anciana deja el solitario.

—Ya sé que se marcha. Todos estamos al corriente. Somos viejos, pero no idiotas. ¿Adónde irá? No tiene mucha pinta de tener adónde ir, no se ofenda.

—No me ofendo.

La señorita Mariposa asiente satisfecha.

—¿Cuándo se va? ¿Mañana?

—Hoy es mi último día en Goz, pero me marcharé de Punta Albatros el día 25.

—¿Cuándo es eso? Hace mucho que dejé de saber en qué día vivo. A la larga te acostumbras, es cómodo.

—Faltan unos días. Unos días aún para hacer las maletas.

—Al principio de estar en la residencia, no sé si se lo he contado, pero no importa, se lo voy a contar ahora, mi hijo pequeño me regaló un calendario de pared. Tenía un marcador, un cuadrado rojo que ibas desplazando conforme pasaban los días. Gimnasia mental, mamá, me dijo, para que te ubiques. Resultó un fastidio. Lo tiré a la basura.

Posa sus dedos artríticos sobre mi mano.

—Tiene mala cara. ¿Se encuentra usted bien?

—No es nada —digo—. Tuve un altercado con unos perros y acabo de tener unas palabras con la directora.

—¡Qué desagradable! Hay que mostrarles los dientes a los animales, mostrárselos muy fuerte, así.

Se separa los belfos con los dedos y emite un bufido inarticulado, ronco. Queda a la vista una dentadura postiza de color champán, ligeramente separada de las encías.

—¿Y a las directoras también hay que mostrarles los dientes? —pregunto.

—A la fea de la directora también. Fea por fuera y fea por dentro.

No puedo evitar reír. La imito, me separo los labios con los dedos y le muestro mis dientes.

—¿Qué tal lo hago?

—De primera, doctor. Esto lo aprendí de mi padre, que en paz descanse. A mí nunca me atacó ningún perro. En la granja y por los caminos yo siempre llevaba un palo largo, muy grueso. Me daban más miedo los cerdos, fíjese lo que le digo. Los cerdos, esos animales necios, cuando están hambrientos, son capaces de cualquier cosa. No se puede una fiar. No te fíes ni de tu padre, decía el mío, y vaya si tenía razón. Yo les gruñía a todos, perros, cerdos, gallos, poco importaba. Pruébelo la próxima vez. Ojalá no sea necesario, claro está, no piense que deseo que le ocurra de nuevo algo así.

—Al final todo quedó en un susto —digo.

—No está de más. Mi marido trajo una vez un perro a casa. De dónde lo sacó, no me lo pregunte. Vaya usted a saber. Regresó así en una ocasión: con las manos vacías y un chucho mugriento a su lado. Era un perro vagabundo mitad labrador, mitad ratonero, raquítico, cubierto de pupas. ¿Adivine quién se tuvo que ocupar del animal, quién lo metió en la bañera, quién le daba de comer? Desafiaba a los otros perros, ladraba a las sotanas y a los guardias. Pero cuando hacía alguna de las suyas, yo le enseñaba los dientes así y él metía el rabo entre las piernas y como alma que lleva el diablo se escondía bajo la cama. Por eso sé que funciona.

La señorita Mariposa se queda pensativa.

—Al final de su vida las patas traseras no le respondían. ¡Pobre bicho! No podía caminar, se arrastraba. Acabé metiéndolo en el carrito de la compra para sacarlo de paseo. Daba lástima.

—Usted estará bien —digo, intentando que no se trasluzca mi poca fe—. La nueva geriatra parece competente.

—Claro que sí, hijo mío. Si no, ya me ocuparé yo de enseñarle los dientes.

Reímos con franqueza.

—Váyase tranquilo. Aquí lo esperamos cuando quiera venir a visitarnos.

Un interno salmodia en el pasillo.

—¿Qué hora es? —pregunta la anciana—. ¿Es ya la hora de cenar?

—Sí, casi.

Me apoyo a los pies de su cama, miro por la ventana. El resplandor del sol se ha velado. En tierra firme, en la colina en que se sitúa la vieja herrería, una humareda vigorosa asciende. Todos los días he alzado los ojos hacia ese lugar, esperando los penachos negros y mates, la incineración del perro. Mi paz se enturbia.

—Acérqueme el neceser, hágame el favor.

Del armario de una sola hoja emerge un olor a talco. Le tiendo el estuche armado, duro, cuadrado, el que acarreaban las actrices de los cincuenta en los aeropuertos.

—No puede marcharse usted así. No estaría bien. No sería correcto. ¿Qué tipo de anfitriones habríamos sido para usted si lo dejásemos irse con las manos vacías?

Revuelve entre las borlas de maquillaje, el carmín, las cajitas de diferentes tamaños, ribeteadas de dorado. Me tiende un paquete redondo, envuelto mil veces con papel de periódico. Tiene el tamaño de una naranja.

—Escóndalo al salir, hágame el favor. Que no se lo vean. No es que me preocupe demasiado, no es que yo sea el colmo de la discreción, que digamos, pero esto es distinto. Ya lo comprobará usted mismo.

—No tenía que haberse molestado.

—Bah, ninguna molestia, se lo aseguro. Es un detalle sin importancia.

Retoma la baraja.

—Ha sido, ¿cómo calificarlo?, divertido.

En la puerta me espeta:

—Ah, y sea buen chico, no lo abra hasta que no esté a solas.

Me parece oír largo tiempo una risita, incluso cuando ya he franqueado las puertas de salida. No me cruzo con ningún interno, ni con ningún empleado, todos están entretenidos en la cola para la cena. Oscurece. Una luna menguante se refleja en las cristaleras del

invernadero, pero enseguida las nubes veloces la cubren. Me siento en la pila de ladrillos sobrantes, los que el barquero dejó esparcidos junto a la hormigonera, a pesar de que la directora le conminó a limpiarlo todo. Poso el regalo de la señorita Mariposa sobre mis piernas y voy desenvolviendo los fajos de periódico, como las capas de una cebolla. Arrugo los papeles, los tiro en el ojo seco de la hormigonera. Al final, cuando ya creo que no voy a encontrar nada, que es una broma pesada, sin sentido, de una anciana charlatana y aburrida que solo espera la cena y después el desayuno y después el almuerzo, entonces aparece el escarabajo egipcio de la directora. Sin ningún género de dudas: el genuino, el idolatrado, el coprófago, hurtado de su despacho para mí.

«Hay que mostrarles los dientes —pienso—. A los perros y a la directora.»

Y en ese instante —aprovechando el martilleo de cucharillas, tenedores y platos en el comedor, el rechinar de las ruedas de los carritos portabandejas, el griterío de los cuidadores, la televisión a todo volumen— es cuando lo hago. Resulta algo casi natural. Me pongo en pie, tomo el primer ladrillo y lo estampo contra la cristalera más alta. Un chispazo, un crujido. Los trozos de vidrio se hacen añicos a cámara lenta. El segundo ladrillo traza una parábola algo ladeada pero elegante y mella el haz de la luna. Un impulso de clarividencia, un estremecimiento de sangre fría. Alzo el puño: ese tiro ha anotado tres puntos en mi marcador, una jugada de lucimiento. Con la práctica mi puntería mejora, mi ánimo se yergue. Me viene a la memoria ese juego infantil, las piedras planas que rebotan en la superficie del río, e intento emularlo con los siguientes tiros. Después de cada estallido hay un breve silencio armónico, igual que en los espectáculos de fuegos de artificio. Los ladrillos empiezan a romper no solo cristales sino también macetas colgantes, descabezo un cactus gordo, las raíces se desnudan, se desabrigan. Desearía entrar y pisotearlo todo, pero no es necesario. Los destrozos son colosales, irrecuperables. Percibo esa fragancia mineral de la tierra húmeda y recién desparramada. El montón de ladrillos va mermando. Estoy cubierto de sudor. Aflojo el ritmo, disfruto con cada lanzamiento. Flexiono

las rodillas como un bateador o cojo carrerilla. No quiero concluir la tarea.

Con el último proyectil, la regadera del sapo se tambalea y se hace pedazos.

Doy la vuelta a la isla. Me tropiezo con un pedrusco y caigo de rodillas contra el suelo. Las manos me escuecen por el contacto con las ortigas. Me pongo en pie y sigo la ruta. Ya soy un salvaje más de los habitantes de Punta Albatros.

La luz de la luna me permite atisbar el camino hasta las colmenas. Al aproximarme oigo el zumbido del generador en el interior de la cabaña.

—¿Qué tal van sus abejas?

El barquero se gira, sorprendido.

—Pensé que habría regresado en el ferri.

Chasqueo la lengua.

—Me he demorado con las consultas y ya ve, lo he perdido por los pelos. ¿Me haría el favor de llevarme a tierra?

El barquero me mira con la desconfianza habitual. Accede.

—Pero dese prisa —dice—. Aquí tengo cosas que hacer.

Le sigo hasta la playa. La embarcación atraviesa las corrientes negras. Pienso en todas las ocasiones en que el barquero podría haberme lanzado al mar y no lo ha hecho. Por fortuna tal pensamiento dura solo un segundo. La embarcación araña los guijarros de la playa de Nadie y salto de un brinco.

—Los enjambres han vuelto, las colmenas están llenas —dice —. Las abejas se reproducen. La cosecha de miel será buena.

Durante tres días llueve sin descanso, pero es una lluvia cálida que ha perdido la consistencia del frío.

El teléfono deja paulatinamente de sonar, se extingue. Derivo las consultas a Goz, a la nueva geriatra. Los pacientes peregrinan allí con el transbordador del mediodía. Otros prefieren aprovechar sus desplazamientos regulares a Lindes. El supermercado, la

farmacia, los bancos, el médico, un recado más. No se muestran muy tristes, muy decepcionados, hacen lo que se les ordena, asumen el cambio.

El único que sigue llamando es el padre de Vidal. Al principio me niego, pero sus ruegos se intensifican. Cedo, voy a la granja. La carretera culebrea. Las gallinas picotean granos sueltos.

Les advierto de mi partida, muy pronto.

—Ella no quiso ayudarle —me repite el padre—. No es tan buen médico como usted.

No les dio lo que deseaban. La nueva geriatra ha visitado a Vidal en una ocasión. En el saloncito cinéreo el padre le habrá advertido de los gritos, el dolor, la desesperación, las inyecciones.

—Sentir dolor es bueno, nos dijo la doctora. Y que el dolor no desaparecerá nunca; si acaso, se transformará.

La llamé por teléfono en cuanto volví al faro.

—¿Sabes esos discapacitados que juegan al baloncesto? —me dijo—. Todo es cuestión de voluntad.

Ella fue tajante. Yo le colgué el teléfono.

Cogí el coche. Conduje con brusquedad. A punto estuve de empotrarme contra el vértice geodésico que en una ocasión me había servido de mirador. Habría sido una pena acabar así: el Volvo con el morro encogido en forma de acordeón, el capó sacando humo, yo recordado como el aciago sucesor del desaparecido Coarasa, el médico de la ciudad que no supo tomar la curva, un ramito de margaritas de plástico atadas para siempre en aquel cilindro. Con estos pensamientos llegué a la granja. Subí a la habitación de Vidal. Me lo encontré bañado en sudor, los dientes tan apretados que le iban a estallar.

Ya no espero la llamada. Todas las mañanas, al alba, aparco junto al gallinero y el padre me abre la puerta, me está esperando.

Podría inyectarle allí mismo sin detenerme todas las dosis. O fingir que las olvido en la mesilla del muchacho junto con una jeringuilla estéril. Sigo esterilizando las jeringuillas cuando dudo de si sería mejor no hacerlo, de si preferirían que no lo hiciera.

Vidal se pasa la noche en vela, recorre la casa con las muletas, apoyando el hombro en las paredes, cogiendo aliento. A menudo se

cae por las escaleras, las moraduras le brotan en los muslos, en el único muslo que le queda. Cada día encuentro una nueva, una distinta, un cuerpo maltratado por una casa hostil con aristas, esquinas, salientes, manillas indistinguibles en la oscuridad. Los padres duermen, lo sé, con los ojos abiertos fijos en el techo, hasta que se extinguen los pasos, los ruidos.

Después de mi visita, Vidal se frota la cara contra el almohadón y habla al borde del sueño, frases inconexas, incomprensibles, con una voz suave y confiada. Intento desentrañar lo que dice, atar las palabras, sin conseguirlo. Por fin duerme, todo el día, como un vampiro, durante toda la claridad. Bajo del dormitorio cuando noto que su respiración se ha ralentizado. Por una extraña conexión el padre también se ha calmado, sus hombros descienden. Me espera al pie de la escalera. No habla demasiado, no da las gracias, pero me tiende la mano y noto cómo el agarrotamiento de sus falanges va cediendo en conexión con el apaciguamiento del dolor de su hijo. En el saloncito las miradas de los antepasados me circundan. La madre me sirve leche hirviente recién ordeñada, una rebanada de pan duro untada en mantequilla espesa sobre la que espolvorea una cucharada de azúcar. Soy el otro hijo, el buen hijo, el anverso del que sufre. La corteza no se ablanda ni con la saliva ni con la leche. Hostil, se me clava en el paladar abriéndome diminutas llagas.

Me marcho agarrando del gollete otra botella de aguardiente. Mi salario. Algo que me acompañe, junto con el escarabajo, en la vuelta a la ciudad.

En la playa nadie me espera.

Laura deja tras de sí un rastro limpio, un aroma verde a desinfectante, el baño impoluto, mi ropa doblada. Aclara la vajilla en la pila.

Se siente locuaz.

—El tiempo soleado me pone de buen humor —dice.

—Ah, ya pensaba que te alegrabas de mi marcha.

Su voz tintinea. Es inmune a mis bromas.

—No deberías ponerte tanta sal —dice—. No es sano.

—Hay que darle alguna oportunidad a la hipertensión, ¿no te parece?

Su mirada es reprobatoria.

Hacemos un repaso de los vecinos que ya no vienen a la consulta. La mitad de los pacientes ha optado por Goz, la otra mitad ha decidido ir a Lindes.

Sin yo preguntar me cuenta que el barquero ha sido detenido, acusado de destrozar el invernadero de la residencia.

—¿No te habías enterado?

Niego con la cabeza. Parezco convincente.

Mete en la cartera los billetes. Los últimos conmigo.

—Fue por venganza, dicen. Él le reclamaba algún dinero y ella se negaba a pagarle.

Le pregunto si el barquero ha admitido los hechos.

—No, pero por lo que tengo entendido la directora asegura que lo vio en plena faena.

Por una vez estoy orgulloso de no haber confesado, orgulloso de mi cobardía. ¿Cómo habrá sido el descubrimiento del desastre? ¿La directora se habrá hincado de hinojos para recoger orquídeas desmochadas o habrá contemplado el campo de batalla desde fuera como un dictador vencido? ¿Qué mueca habrá esbozado al comprobar que de la horripilante regadera del sapo solo sobrevivía el asa? ¿Y el barquero habrá sido su único sospechoso o el cabeza de turco de una enemistad inveterada?

Empiezo a recoger mis pertenencias en cuanto la puerta se cierra, prendas de invierno, jerséis de lana inútiles ya. Vacío las botellas de aguardiente en el inodoro y los efluvios alcohólicos invaden el cuarto de baño. Y me siento borracho y extrañamente satisfecho —por Coarasa, por Irina, por el señor Mauro, por mí—, sin remordimientos, un justiciero de wésterns —un John Wayne invisible, alguien de quien nunca nadie recelaría— saliendo a caballo del poblado entre una polvareda de inclemencia implacable.

Me siento tentado de arrojar todas mis cosas al mar desde lo alto del acantilado y volver con lo puesto: un calzoncillo, un pantalón, una camisa. Los cuadernos de Coarasa, más míos ya que suyos. El escarabajo talismán. Mientras amontono revistas médicas que no he leído, que ni siquiera he extraído de su plástico, pienso en comprarle un regalo a Laura por estos meses de fiel servicio. Pienso: un perfume, y no sabría cuál elegir. Pienso: unos guantes, y demasiado invernal, nos encaminamos hacia el verano, aunque aquí haya días tan adversos. Pienso: unos pendientes, y ni siquiera me he fijado en si sus lóbulos están perforados. No se me ocurre nada.

Le pediría consejo a Celso, pero ya no está. Anteayer despegó su avión. Lo acompañé a Lindes. Cargamos en el Volvo una maleta moderna, con ruedas, yo que esperaba un equipaje pesado, antiguo, decimonónico, de función de teatro. El camino se me hizo claro, meridiano. Me regaló su dominó. «Puede hacer solitarios —me dijo—. Yo he hecho ya muchos en mi vida, no quiero hacer más.» Le deseé muchos días de felicidad en compañía de su nieta.

En mi última semana en Punta Albatros, invito a Laura a venir una tarde con sus hijos. Los niños llevan una temporada con buena salud. En la consulta los mido y los peso, me interno en sus oídos, sacan la lengua, respiran hondo. Todo está en su sitio. No me necesitan. Ha dejado de llover y el cielo lo surcan nubes altas, deshilachadas. Se respira el verano.

Salimos a la trasera de la casa. Dispongo dos sillas. Los chicos dan patadas a un balón de reglamento, demarcan una portería con sus sudaderas. Me sitúo de portero. Me mancho las rodillas de tierra, unos pantalones que Laura ya no lavará, que ya no planchará, que regresarán sucios y mal doblados. Me cuelan los balones entre las piernas. Deportes Duart y mis zapatillas de futbito sin un rasguño. A tenor de mi gesta en el invernadero, habrían hecho mejor en apuntarme a baloncesto. Dejarme ganar es mi propósito, pero resulta que me ganan de todas maneras. Se burlan de mi torpeza con ardor alegre.

Laura aplaude los goles de sus hijos, sentada, tranquila, sonriente. Desocupada por una vez.

—Abandono el partido, chicos —digo—. La míster me llama al banquillo.

—De eso nada —dice Laura—. Aún no ha terminado el primer tiempo.

Junto mis manos rogando piedad y los muchachos siguen chutando sin mí.

Laura desaparece en la cocina. Trae dos tazas, trae café. Sabe distinto, un sabor más negro, más amargo, el sabor de la última cafetera que ella prepara.

—¿Y Antonio cuándo viene?

Antonio está ausente, en el camión, la ruta de todas las semanas, en algún punto impreciso entre Francia y Austria.

—Mañana de madrugada. Pero se lo está tomando con calma. Me lo ha prometido. En cualquier caso ya no le quedan muchos más viajes.

Hace una pausa.

—Vamos a quedarnos con el hostal.

—¿El hostal de Celso?

—Sí. No lo hemos comprado, ni nada. Es algo así como un arriendo, un asunto privado de familia. Celso nos lo presta hasta que decida qué hace con él.

Me alegro por ellos. El traspaso es una buena noticia. No me es difícil vislumbrarlos a ambos: Antonio barnizando las puertas, Laura recibiendo a los turistas que llegarán en pocas semanas, las petunias en flor, las cuentas ordenadas, el registro de clientes en regla, un trapo que se sacude en una ventana y casi levanta el vuelo, las colchas de rayas renovadas, los niños desayunando en una de las mesas del comedor con las mochilas a sus pies antes de marchar para el colegio.

—Que una casa esté deshabitada no es bueno —dice Laura—. Las cañerías, los muebles, los electrodomésticos, todo se acaba estropeando si no se usa.

Cuando ya están en el coche, me acuerdo de repente. Le pido a

Laura que entre de nuevo y le entrego un pequeño paquete envuelto en papel dorado. Esa mañana he conducido sin otro motivo hasta Lindes, le he comprado una cajita de tréboles de chocolate como los que me comí sentado en aquel banco.

Laura la toma en sus manos con sumo cuidado. No la abre en el convencimiento tal vez de que no la merece. O tal vez se sienta observada; desanudar el lazo, levantar la tapa, separar los labios e introducir uno de esos bombones en su boca es un acto privado.

—Son exquisitos —dice acariciando la cinta—. No tenías por qué.

Se me pasa por la mente una excusa, argüir que me encontraba en la ciudad por otras razones, que tenía recados por hacer, papeleo, la reserva del billete, pero no quiero ser insincero con ella.

—Quería hacerlo, me apetecía comprarte algo bonito.

Me da dos besos en las mejillas, dos besos veloces. Me desea buen viaje.

—Buena vuelta a casa. Tu madre se morirá por abrazarte.

El motor del coche de Laura se extingue. Se van y vuelvo a quedarme solo.

Escribo en la cocina. La consulta me resulta, en estos últimos días, incómoda, hostil, demasiado silenciosa.

Antes de la noche en que Olga me dejó, Teresa y yo no éramos desdichados. Nuestro matrimonio se había oxigenado gracias a mi aventura, aunque Teresa no fuera consciente de la causa. Yo estaba más relajado, era menos impaciente, más tolerante con sus obsesiones, con sus terquedades. La dejaba hacer en cuestiones económicas, le decía que sí a ahorrar todo lo posible, pero habíamos vuelto a salir. Por vía de una excompañera de doctorado, que había aparcado la tesis para dedicarse a la edición, Teresa había conseguido trabajo de correctora en una revista especializada en Historia. Pocas horas al día, un sueldo razonable, trabajo desde casa compatible con su tesis. Mi residencia había finalizado y en el hospital me habían hecho un contrato indefinido.

Los divorcios de los demás no nos afectaban, no podían alcanzarnos, corríamos muy deprisa contra ellos. Éramos irónicos, nos burlábamos del neumólogo asfixiado por su esposa. Aprovechábamos con arrogancia, dándonos la mano, sus entradas para la danza. La acompañaba a la piscina, nos besábamos antes de separarnos en la puerta de nuestros respectivos vestuarios y luego Teresa siempre tenía un plan, una copa, una exposición de pintura, el ciclo de cine polaco en la filmoteca. Las discusiones enconadas habían concluido; de ellas solo quedaban reproches tontos, porque yo olvidaba sacar la basura o porque Teresa sembraba con sus libros todas las habitaciones. Nos animábamos mutuamente, nos decíamos que nuestra situación económica mejoraría y de hecho ya lo estaba haciendo. No hizo falta mudarnos. Leíamos juntos en el sofá. Le daba mi opinión sobre las conclusiones de su tesis, me vigilaba a hurtadillas mientras las leía, se sentía en deuda conmigo, me abrazaba por detrás, me despeinaba la nuca. Se quedaba tranquila cuando me iba a los falsos congresos médicos, me daba

un beso de despedida, compraba comida precocinada y veía una serie romántica. Se conformaba con mis respuestas escuetas, no reclamaba más. Jamás se llegó a poner el conjunto de lencería lila, pero a veces hacíamos el amor. Aquello era tan distinto de lo que yo hacía con Olga que me daba la impresión de que, así como poseía dos mujeres, poseía también dos cuerpos de hombre distintos.

Cuando le revelé mi infidelidad, Teresa no se alteró, no gritó ni se echó a llorar, no se enfureció, no hizo las maletas, no dio un portazo, no me lanzó a la cara, plato a plato, la vajilla. Solo noté que en su rostro se perfilaba una preocupación inconcreta, un no saber qué hacer con los restos de nosotros, cómo ensamblar un puzle al que le faltan de repente algunas piezas. Una sensación inhabitual en ella, un estado poco familiar, la pérdida de seguridad, la inconsistencia del suelo bajo sus pies.

—Me hacía ilusión cambiar la colcha de nuestra cama. Ya había elegido un modelo, uno con una franja rosa.

Me decía esto mientras yo lloraba, me acariciaba la cabeza, metía sus dedos por mi pelo hirsuto y duro, un pelo sin remedio, sin redención posible, que no le producía asco.

No entonces, pero más adelante sí. Más adelante caí en la cuenta de esos planes que ya no haríamos: cambiar la colcha, celebrar nuestro aniversario en Venecia, mudarnos, renovar el coche, tener un hijo, esos planes grandes y pequeños que ya no tenían sentido, ahora ya una retahíla de palabras inútiles, una lista de la compra desfasada.

Me convencí de que era mejor así. Me lo decía Salva, que no ocultaba su experiencia en infidelidades ante las cuales Victoria solía mirar para otro lado. Oí: «Es mejor así», oí: «Se habría acabado enterando», oí: «Podría ser peor», oí: «Anímate, hombre». Yo asentía, educado, y daba las gracias por los consejos no pedidos.

La semana siguiente en la UCI di instrucciones a una enfermera para inyectar adrenalina en vez de atropina a un paciente con baja

frecuencia cardíaca. Mi desliz le provocó un infarto súbito y el anciano murió. Tenía ochenta y tres años, antecedentes coronarios e hipertensión. Podría haber fallecido esa noche, a los quince días, cinco años después, pero lo hizo en aquel mismo instante, por mano de aquella enfermera, debido a un mandato equivocado mío.

Desde mi confesión a Teresa yo llevaba varias noches sin pegar ojo, pero no era el final de la guardia, no me sentía cansado, no había nada concreto que me distrajese, que me despistase. No era el más novato ni el más veterano, el más nervioso ni el más calmado. Lo había hecho cientos de veces.

Pulso, tensión, temperatura. Confundir un medicamento con otro. Prescribir por un error de cálculo diez veces la dosis de quimioterapia conveniente. Operar la rodilla izquierda en vez de la derecha. Extirpar el riñón sano, ignorar el enfermo. Coser mal, dejar una cicatriz tan fea que aparte las miradas de la gente. No detectar la mancha de bordes irregulares. Actuar con prisas, llegar con retraso. Porque hay demasiada gente, porque falta personal, porque doblas el turno, porque las guardias duran veinticuatro horas, porque no tienes experiencia, porque tienes demasiada. Por nada en absoluto.

No hay servicio postventa. No hay reclamación posible. El paciente se arriesga a una infección, a una invalidez, pierde la vida. O no se entera nunca o se entera muy tarde. Y entre nosotros nadie habla, nadie alza la voz, sigue siendo tabú.

Es el descubrimiento pavoroso de que eres capaz de matar.

Nadie se percató, solo nos dimos cuenta la enfermera y yo. Ella tenía un hijo adolescente que tocaba el clarinete y algunas tardes al salir del conservatorio la esperaba acodado en la puerta reservada al personal. No volví a verla nunca más. Me acuerdo de su piel aceitunada y de cómo mascaba chicle de forma incesante, un chicle que olía a melocotón y a verano.

Solicité una excedencia voluntaria. En el colegio de médicos me facilitaron información sobre ofertas de empleo de incorporación inmediata en lugares remotos.

Punta Albatros apareció. Por primera vez no dudé. Me marché

sin avisar.

No sé cuáles son las palabras exactas del padre. Creo que dice: «Ha sido un accidente», y lo primero que pienso es: no es posible, otro en tan poco tiempo, el tractor volcado, los bomberos, la ambulancia, la otra pierna. Pero luego añade: «Un accidente con la escopeta», y el resto del mensaje discurre sin urgencias, sin prisas, casi un alivio, porque ya no hay nada que yo, ni su padre, ni su madre, ni su hermana camarera en Lindes, ni nadie, pueda hacer.

No quiero regresar a la granja. Nunca más. No quiero volver a sentir su lavanda en mis narinas.

Imagino el establo, el frescor de sótano, a Vidal encañonándose la garganta con los dos agujeros oscuros del arma, obligándole a reclinar la cabeza hacia atrás para apuntar. La nuez prominente, joven, tragando saliva. Las muletas despreciadas, a un lado, repugnadas. Las vacas se despiertan por el estruendo, mugen enloquecidas, remugan y retoman el sueño sobre la paja y el estiércol y la sangre.

Quiero marcharme de este lugar.

La sombra de Vidal es una sombra que me arrastra.

Un sentimiento de inutilidad absoluta me embarga y se propaga fuera de mí, fuera de mi consulta, de estos cuadernos, del faro tan inútil. Vivir en un faro, «qué gracia», había dicho sin sonreír la nueva geriatra.

La borrasca araña la ventana. Más viento que agua. La voz del padre de Vidal aún resuena en mi cabeza. Cuelgo el teléfono y miro el calendario de la pared, los días tachados, la proximidad de mi vuelta.

Levanto de nuevo el auricular y telefoneo a Consuelo. Es su

cumpleaños. No le he mandado flores, bombones, nada que se le parezca.

Le comunico que me marcho de aquí.

—¿Tan pronto?

Hago un rápido cómputo mental. Han transcurrido once, casi doce meses desde mi llegada. No sé si son muchos o si son pocos. Depende.

—¿Algo va mal?

La tranquilizo.

—El médico al que estoy sustituyendo ha regresado.

—Ah, el de los relojes.

En algún momento, en alguna conversación anterior, le debí de contar la afición de Coarasa.

—El mismo, sí. Ya no hago falta.

Los dos nos quedamos callados.

—¿Cómo se presenta el verano?

Recuerdo el calor urbano que azota los rostros, un paño seco, tostado. Aquí por las noches no me despego de la manta.

Le pregunto por Teresa. Quiero que me cuente todo lo que sabe, pero sin aparentar que yo no sé nada en absoluto. Un tono de desdén hipócrita, poco creíble, me avergüenza. Me cuenta que defendió la tesis el miércoles.

—Estuvo magnífica. Tendrías que haber escuchado a los profesores, las cosas que dijeron sobre ella.

«Lo ha logrado —me digo sintiendo algo parecido a una satisfacción compartida—. No podía ser de otro modo.»

—Feliz cumpleaños, Consuelo.

Salgo de la cocina y empiezo a hacer con carácter definitivo la maleta.

Al día siguiente, la estación: siempre la estación, la de mi llegada a Lindes, la de la partida de Irina y de Celso. La duración del viaje no cubre la extensión que me separa de la ciudad. Me he acostumbrado al trayecto en barca, de la playa de Nadie a la playa de las Damas, de Goz a tierra firme, a que la tormenta escampe, de

tierra firme a Goz, a que las olas me revuelvan el estómago, a hablar de babor y de estribor, a discernir la dirección del viento. No sé si voy a ser capaz de estar atrapado en un vagón, en un cubículo donde el aire no corre sino que es movido por un circuito cerrado de ventilación.

De la casa, del faro, he dejado la puerta abierta, la verja abierta.

He pedido un taxi. El viejo y destartalado Volvo se ha quedado en la entrada al faro, como un perro fiel en su caseta.

Encuentro mi asiento, el 17V. Nadie viene a decirme adiós, nadie me desea buen viaje. No tengo que besar, que agitar la mano. A mi derecha, un joven de esos que escasean en la región, que emigran, veintitantos, auriculares inalámbricos, en huida. Coloco la maleta en el portaequipajes y experimento una especie de arrastre, como si el tren hubiese soltado amarras y comenzase su navegación. Como si del otro extremo tensasen una sirga, y estoy convencido de que de esa sirga tiran todos —Teresa, Olga, Consuelo, Salva y Victoria—, todos arrastran la locomotora para que yo vuelva marcha atrás, tiempo atrás.

Hay viajeros a los que despiden. En el andén los gestos de los que se quedan se lentifican. El tren gira, una curvatura del horizonte y ya no los diviso. El cielo se despeja. Entramos en un túnel, la luz se extingue de repente, un parpadeo, los colores han desaparecido.

El joven estira las piernas, demasiado largas para encontrarse cómodo en esa angostura.

5

Nuestra hija cumple un año la próxima semana. Hoy ha sido su primer día de guardería. Ha lloriqueado, pero luego, al espiarla por una ventana, jugaba con una cocinita de plástico, chupaba una zanahoria de mentira. Entonces ha sido a Teresa a quien se le han enrojecido los ojos.

Somos una pareja normal: un médico, una profesora. Unos padres primerizos, inseguros, faltos de sueño, algo más mayores de lo que sería conveniente.

Teresa regresa agotada de sus clases. Deja el bolso de cualquier manera sobre el respaldo de una silla. Se queja de lo mal que escriben sus alumnos, de las faltas de ortografía, de la abulia adolescente, de la falta de compromiso del claustro, de los malos humos de los padres, de la precariedad entre las trabajadoras del comedor y de la limpieza. Se quita los zapatos, desparrama la torre de exámenes en la mesa del comedor, se tumba en el sofá. Le masajeo las plantas de los pies y ronronea.

A veces salimos. Quedamos con amigos, asistimos a conciertos, vamos al teatro. No nos hemos vuelto a topar con San Alsina: quizá ya apenas salga, quizá haya fallecido, quizá lo hayan internado en una residencia Elegance para ancianos con estilo.

En estos casos llamamos a la hija de la vecina para que haga de canguro. Teresa va al cine a disgusto, va porque tiene que ir, compra las entradas y, sin embargo, más tarde, no quiere dejar a nuestra niña con nadie, no disfruta por completo de la película. Se enfada si la acuestan demasiado tarde, si encuentra migas de galleta en el sofá, si los juguetes están sin recoger. Cena conmigo, conversa, nos damos la mano cuando apagan las luces de la sala, pero le gustaría estar en otra parte.

De vuelta desliza un par de billetes fuera de su cartera. La

queman, se siente culpable por la niña y por la canguro y por ella misma. La chica los coge, agacha la cabeza, dice: «Gracias, hasta pronto». Cierra la puerta de un portazo desatento.

Se ha olvidado el jersey en el perchero y por la mañana Teresa baja a regañadientes a casa de la vecina, a devolvérselo.

Vamos a cenar al chalé de Salva y Victoria.

En la puerta Teresa ha sido testigo de cómo la hija de la vecina le pintaba entre risas las uñas a la niña. Un juego que Teresa desaprueba.

—Ya verás —se lamenta en el ascensor—. Mañana, a quitarle todo ese esmalte con acetona.

Victoria se recuesta con Teresa en la *chaise longue* del salón, sobre una montaña de cojines caros. Charlan, ríen un poco. Me viene a la cabeza la imagen de ambas quince años atrás: las dos valquirias mesándose los cabellos en el futón del piso de estudiantes.

En la cocina el televisor está encendido en silencio. Salva descorcha una botella de vino. Ha dejado de fumar, al menos en público. Se queda con los ojos como platos, fijos en las imágenes.

—Joder, ¡qué pibón!

Estoy de espaldas a la pantalla. Me giro. Es un programa de entrevistas. Una mesita entre dos butacas color tomate. La cámara enfoca al presentador —un tipo con los dientes blanqueados y la barba recortada a la moda— para saltar después a la entrevistada. No me cuesta reconocerla, a pesar de las gafas falsas de secretaria que contrastan con el escote pronunciado de un vestido mínimo. Cuando el plano se cierra, su rostro se me hace más que familiar: la nariz operada y el mentón limado pertenecen a la Ana que atendí en Punta Albatros, la Ana que temblaba a las puertas de la ermita de Santa Bárbara, la Ana que no se llamaba Ana. De aquella chica no queda más que la envoltura. Ahora es todo sonrisas, poses provocativas, cruces de piernas, gestos prestados. Echa la cabeza con maestría hacia atrás, se deshace de un mechón que no le molesta, separa los labios, se los moja con la lengua. Juega a un

juego cuyas reglas conoce a la perfección, ha asimilado como propias.

—¿Puedes subir el volumen?

Salva me mira extrañado, me tiende el mando a distancia.

—A mí con mirar me vale, pero tú mismo.

La entrevista discurre entre preguntas y respuestas insustanciales e imágenes de sesiones de modelaje en las que posa semidesnuda con un bolso italiano sobre una alfombra de leopardo. Es la actriz principal de una película en rodaje, ha aparecido en varios *spots* publicitarios, se desenvuelve con un desparpajo impropio de la joven tímida que se cobijaba bajo la grosera ala de León. Ha conseguido lo que quería. La entrevista cruza del plano profesional al personal: «Mi corazón está tranquilo. Tengo mucho trabajo para pensar en chicos». Cuando le preguntan por sus secretos de belleza, responde dormir ocho horas y llevar una dieta saludable. «Y el baile —añade—. Me encanta bailar. Te voy a contar una cosa que quizá no sepas: de niña fui a clases de *ballet*.» El presentador la reta a ponerse en pie y reproducir alguno de aquellos pasos. Ana se aferra a una barra invisible, flexiona las rodillas, realiza un *plié*. El cámara aprovecha para tomar un primer plano de su trasero.

El presentador le formula una última pregunta antes de dar paso a los anuncios: «¿Y qué opinas de los retoques estéticos, Carol? ¿Alguna vez pasarías por las manos de un cirujano plástico?». Ana se atusa una melena lisa como el velo de una virgen. «Cada cual es libre de hacer lo que quiera con su cuerpo —responde—, pero yo me gusto tal y como soy, al natural.»

Salva me rodea con su brazo en fraternidad masculina.

—Joder, macho —dice embobado—, ¿cómo tiene que ser vérselas con una tía así?

Me acuerdo de su beso en Santa Bárbara, el que yo rechacé, de sus tristes pechos cortados.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —respondo.

—Claro, tío —ríe—, tú no puedes tener ni puta idea.

La voz de Victoria llega desde el salón.

—¿Esas copas de vino se han perdido por el camino?

Durante la cena Victoria nos prohíbe hablar de pacientes y tratamientos.

—¿Cómo te va? —me pregunta apoyando su mano en mi hombro, igual que si me estuviera sometiendo a quimioterapia.

—Si no fuera por mí, todos iríais en bicicleta —bromeo.

Teresa baja la cabeza. Se diría que se avergüenza.

Victoria mordisquea una aceituna. Enmascara su anorexia bajo una férrea ideología vegetariana. Sirve vino a todos.

—Es ecológico —asegura.

—Lo tuyo es temporal, ya verás —dice Salva—. Unos meses en barbecho y luego, un puestazo. Estás, como dicen los ingleses, *in between jobs*, entre dos trabajos.

Me burlo de mí mismo sin demasiado éxito. Me lo tomo como un empleo necesario, como existen los enterradores o los verdugos o las pescaderas.

Salva fue un buen amigo, me encontró algo. Trabajo en un centro de reconocimiento de conductores. Compartimos la primera planta de un edificio de oficinas con funcionarios de Hacienda, una agencia de modelos, dos aparejadoras, un registro de la propiedad y una inmobiliaria. Todos ellos van desfilando por mi consulta: unos días, las modelos; otro día, los funcionarios; otro día, las aparejadoras; otro día, los agentes.

Mi consulta es una consulta que carece del instrumental quirúrgico básico. Sin tijeras, ni agujas, ni pinzas. Sin medicamentos, sin oxígeno, sin gasas, sin guantes estériles.

Cada vez expido más certificados médicos para dueños de perros peligrosos. Staffordshire bull terrier, pitbull, dogo argentino, tosa inu, akita inu, rottweiler, dóberman, bullmastiff, dogo de Burdeos. Los nombres de las razas ya no me resultan extraños, pero todas esas dobles consonantes me siguen atemorizando. A muchos preferiría no darles la licencia y no puedo hacerlo, no encuentro razones médicas. Mientras los ausculto, echo un vistazo a su ficha. Compruebo con alivio que habitan barrios muy distantes del nuestro, de las manos blancas de nuestra hija, en la estúpida creencia de que no volverán a cruzarse en mi vida, igual que los perrazos sin orejas del barquero.

Leo mucho, escribo los cuadernos de Coarasa, me pierdo en internet. Consulto a diario las ofertas de empleo del colegio de médicos. Me gustaría encontrar algo mejor, pero no quiero marcharme lejos, ni deseo volver al hospital, al box de Olga y su cólico nefrítico, a aquella UCI.

También hacemos reconocimientos a patrones de barcos y pilotos de *rallies*. Aún no me he topado con ninguno.

Salva y Victoria ríen con mis anécdotas. Cuento de nuevo la del cazador que acude a renovar la licencia caducada seis meses atrás con la escopeta aún caliente y tres conejos atestados de perdigones en el cinturón. En esta ocasión elevo el número de conejos a cinco. Se les antoja un chiste, algo absurdo, irreal, algo que no puede suceder.

—Todos mienten —digo.

Los que aseguran que no consumen drogas. Las que juran que cogen el coche a diario y no lo han tocado desde el examen práctico. Los que apestan a alcohol y se declaran abstemios. Las que niegan un proceso depresivo.

—Así nos va —dice Teresa—. Este es el país del engaño gratuito.

Dejo a Teresa arreglando la desigualdad en el mundo y a Salva asintiendo con un ojo a medio cerrar en una de sus indudables siestas encubiertas. Apilo las tazas de café, las llevo a la cocina. Bostezo.

En semipenumbra, creyéndose protegida por la soledad, encuentro a Victoria engullendo las gominolas del cumpleaños de los gemelos.

Teresa y yo nos vemos poco.

Nos cruzamos por el pasillo, nos llamamos durante el día, nos dejamos mensajes. Le mando emoticonos con besos y flores. Sé que sonreirá al verlos, sé que disimulará su sonrisa en cuanto se percate de que no se halla a solas. Cuando ella está en el recreo, a mí me entra un cliente. Cuando el tipo sale por la puerta, miro el reloj y su clase ya ha empezado. Dos corazones desacompasados.

La vida se convierte así en una sucesión de tareas, una lista de recados, de citas a las que acudir: la revisión de los doce meses, comprar una bombilla, la charla en la guardería, el empaste de una muela, reparar la cisterna, tóner para la impresora.

En el trabajo, para matar el tiempo, busco en internet información sobre Punta Albatros. Siempre las mismas páginas. La del Centro Nacional de Conservación de los Litorales Marinos, donde se puede ampliar la vista aérea de la zona. La del ornitólogo cuyos artículos versan sobre las gaviotas locales. Los blogs de los chiflados del parapente. La web oficial de la Comarca con su agenda desactualizada y los teléfonos municipales (oficinas, servicios sociales, escuela, consultorio médico).

He llamado a ese teléfono, el del faro. Me asalta la inquietud de que alguien responderá, Coarasa por fin. Pero al quinto tono una voz de mujer, neutra, sin acento de ninguna clase, desconocida, robótica, informa del traslado del consultorio a la residencia Elegance Isla de Goz. Me cuelga antes de que pueda hacerlo yo. Abro la puerta y hago pasar al siguiente: «Siéntese, quítese la camisa, lo voy a auscultar, vaya diciendo las letras que ve ahí enfrente, saque la lengua, tienda los brazos hacia delante, ¿oye bien?».

El hostal de Celso tiene página web. El hostal ya no es de Celso, pero a mí no me sale llamarlo de otro modo. En el apartado «Nosotros» aparecen retratados Laura y Antonio en el comedor con vistas al acantilado. Antonio, de pie, no mira al objetivo, no sonríe, su semblante es apacible. Laura está sentada, cruza las manos encima de la mesa, no oculta nada. Entre las fotos de las habitaciones me afano en distinguir la que ocupé durante mi primera noche en Punta Albatros o la de Ana, pero las cortinas han cambiado, los tonos son más alegres, más intensos, bermellones, rojos, fresas. En el margen inferior hay un teléfono y un e-mail de contacto para reservas. Tal vez un día les escriba, les pregunte cómo les va, qué tal siguen los niños.

Teresa y yo no hablamos demasiado de aquel tiempo. Ella

siempre mantiene la vista al frente, es su filosofía. No es muy dada a recordar. Prefiere planificar lo que haremos mañana, el fin de semana, el próximo verano. En una ocasión le enseño la web del hostal, le muestro las fotos, las habitaciones, las mesas del restaurante, los charranes en el cielo.

—Parece muy tranquilo —dice.

—Algún día iremos. Algún día me gustaría volver a ver cómo está todo aquello.

Teresa contesta: «Sí, claro, ¿por qué no?», pero su afirmación no es demasiado firme ni mi propuesta, demasiado sincera. No quiero compartir con ella esa parte de mi vida. Tampoco Teresa me informa de lo que hizo en mi ausencia. Poseemos nuestros secretos y está bien así.

Un día descubro que una empresa ha comprado el faro. Anuncia su próxima reapertura como alquiler vacacional de lujo, dotado de spa, suelo radiante, parqué, chimenea eléctrica. No hay imágenes, solo unos diseños por ordenador. Enlaza a otra página donde confirman el proyecto de construcción de un campo de golf junto al cabo, con los hoyos tan asomados, tan expuestos al acantilado, que las pelotas erradas trazarán una parábola perfecta y estúpida hasta hundirse en el océano.

Meses después. Meses después de las separaciones, de los acantilados y las gaviotas. Meses después de las reconciliaciones, de la hija, Olga se me queda mirando en un parque.

—Eres tú —dice.

Conserva las pecas. Tiene el pelo muy largo, un pelo que sería bello recién lavado, recién peinado, suelto, con las ondulaciones de vikinga libres, pero no de esa manera, atado en un apaño cómodo, un recogido rápido en la base de la nuca.

Un niño se agarra a su pierna. En su lengua de trapo le pide montar en el tobogán.

Es un parque alejado de nuestro barrio, unos columpios que no frecuentamos, con un arenero donde mi hija escarba con pala y rastrillo, hace agujeros, se entierra, se pone perdida.

Al día siguiente Olga me telefonea al trabajo.

—Quería oír tu voz —dice.

Ha buscado mi nombre. Lo ha localizado en la página del centro de reconocimiento.

Sería fácil hablar, mantener una conversación distendida, inocua. Decir qué tal te va, cuánto tiempo, qué ha sido de tu vida. Charlar de nuestros hijos, de los hijos que hemos tenido el uno sin el otro, de sus nombres, sus edades, sus caprichos, sus dientes de leche, sus rabietas.

—Solo quería oír tu voz —repite.

No respondo nada. Pienso en muchas cosas que decirle. Pienso en decirle aquí estoy, has dado conmigo, pienso en ti a menudo, escribo sobre ti. El deseo se ha convertido en recuerdo del deseo. Tu cuerpo ya no es el cuerpo que compartiste conmigo. Ya sabes dónde trabajo, dónde me encuentro. Conozco el rostro de tu hijo, aunque no haya visto la cara de su padre.

No sé qué decirle. Bajo el auricular muy despacio. Cuelgo el teléfono.

Teresa propone regresar a aquel parque, el del arenero. Le quito la idea de la cabeza.

—Es sucia la arena —sostengo, y me da la razón.

Ya nunca volvemos.

Julio es abrasador.

Estamos de vacaciones en una ciudad al sur. El mar es caldoso y el oleaje, inexistente.

Aburridos de tanta playa y piscina, de su alternancia monótona, damos un paseo por la ciudad. Visitamos el acuario. Dos entradas de adulto y una de niño. La pequeña, agotada por las emociones, se queda dormida en el espectáculo de los delfines. Mientras empujo el carrito, me acuerdo del mar de Goz, de la oscuridad que escondía rodaballos en las profundidades, peces que nunca vi y que aquí, sin embargo, aparecen ante mí iluminados, palpables, catalogados —especie, género, subgénero, familia, subfamilia—, casi diseccionados.

Teresa le compra un globo con forma de pingüino. La miro extrañado.

—Ya basta de ser tan prácticos, ¿no te parece?

Las facturas no nos agobian, las pagamos sin angustias. Nos hemos mudado a un piso más moderno, escriturado a nombre de los dos. Los caprichos que nos permitimos ya no los denominamos así.

Atamos el cordel del globo a la muñeca de la niña. Lo va moviendo entre risas, arriba y abajo, arriba y abajo, canturreando una canción que solo a ella le pertenece.

Salimos a la calle y las pupilas, acostumbradas al resplandor azul de las peceras, se resisten a desperezarse.

El nudo se deshace y el globo se libera, se escapa volando.

La niña rompe a llorar.

Punta Albatros
Margarita Leoz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Antoine Cordet

© Margarita Leoz, 2022
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

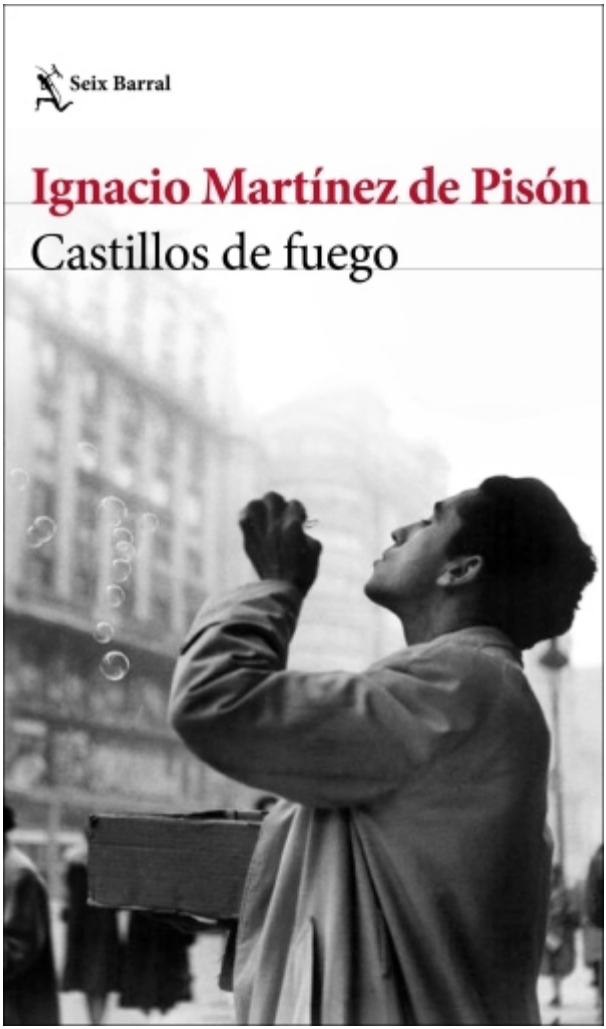
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2022

ISBN: 978-84-322-4082-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!



Castillos de fuego

Martínez de Pisón, Ignacio
9788432241901
704 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Madrid, 1939-1945. Muchos luchan por salir adelante en una ciudad marcada por el hambre, la penuria y el estraperlo. Como Eloy, un joven tullido que trata de salvar de la pena de muerte a su hermano encarcelado; Alicia, taquillera en un cine que pierde su empleo por seguir su corazón; Basilio, profesor de universidad que afronta un proceso de depuración; el falangista Matías, que trafica con objetos requisados, o Valentín, capaz de cualquier vileza con tal de purgar su anterior militancia. Costureras, estudiantes, policías: vidas de personas comunes en tiempos extraordinarios. Castillos de fuego es una novela que encierra más verdad que muchos libros de Historia y que transmite el pulso de un tiempo en el que el miedo casi arrasa con la esperanza que, de forma natural, se abre camino entre la devastación. Una época de reconstrucción en la que la guerra ha acabado solo para algunos pero en la que nadie está a salvo, ni los que se alzaron a los pies del dictador ni los que lucharon por derrocarlo. Ignacio Martínez de Pisón regresa con una ambiciosa novela coral en la que mezcla una soberbia y documentada ambientación histórica con el fascinante devenir de un puñado de personajes inolvidable, y que supone la culminación de una gran trayectoria literaria coronada por libros tan celebrados por crítica y público como La buena reputación, El día de mañana y Dientes de leche.

Cómpralo y empieza a leer

Seix Barral

Susanna Tamaro

Una gran historia de amor

Una gran historia de amor

Tamaro, Susanna
9788432241512
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Edith y Andrea, una joven transgresora y un capitán de barco serio y disciplinado, se encuentran por casualidad en un ferry entre Venecia y Grecia, una coincidencia mínima de las muchas que componen la vida. Pero en su caso, este hecho cambia el rumbo de ambos para siempre: no se enamoran de inmediato, tampoco pueden olvidarse. Lo que sigue son años de noches clandestinas, una separación reveladora y la felicidad inesperada en la isla desde la que Andrea se enfrenta ahora a la promesa que le hizo a Edith. Sencilla y poderosa, Una gran historia de amor plantea preguntas fundamentales sobre los lazos que forjan los seres humanos, nuestra capacidad para cambiar y el destino que une y separa. De una fuerza y belleza inusuales, es, sobre todo, una historia sobre el corazón, que permanece en silencio cuando olvidamos cómo escucharlo.

Cómpralo y empieza a leer

Un mundo sin hombres

Newman, Sandra
9788432241895
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Un libro cuya inquietante imaginación atraviesa la página y no nos suelta hasta el final.» The New York Times «Una deslumbrante obra de ficción especulativa.» The Observer «Una brillante exploración sobre el apego y la imposibilidad de erradicarlo de los asuntos humanos.» The Guardian «Una novela apasionante y conmovedora.» The Spectator 26 de agosto, 7.14 de la mañana: Jane Pearson amanece ante un mundo radicalmente distinto, uno en el que todos los hombres han desaparecido, incluidos su hijo y su marido. Mientras los busca sin perder la esperanza de traerlos de vuelta, ante ella surge una sociedad nueva, mejor, más feliz y segura que la anterior. Jane se enfrentará así a un gran dilema: tendrá que decidir si quiere ayudar a los hombres a regresar o si prefiere seguir viviendo en un nuevo mundo sin ellos. Hermosa e inquietante, Un mundo sin hombres no rehúye las grandes preguntas ni las respuestas incómodas. A caballo entre el thriller y la ciencia ficción, brillantemente construida y con una premisa que pone sobre la mesa temas de gran actualidad, es una exploración sobre sacrificios imposibles que nos plantea a qué estaríamos dispuestos a renunciar para crear un mundo mejor. Sandra Newman, una de las voces más lúcidas de las letras americanas, hace gala, en su primera novela traducida al español, de su vívida imaginación y nos demuestra que es «una escritora valiente a la que no le tiembla el pulso a la hora de abordar temas importantes» (The Big Issue).

Cómpralo y empieza a leer

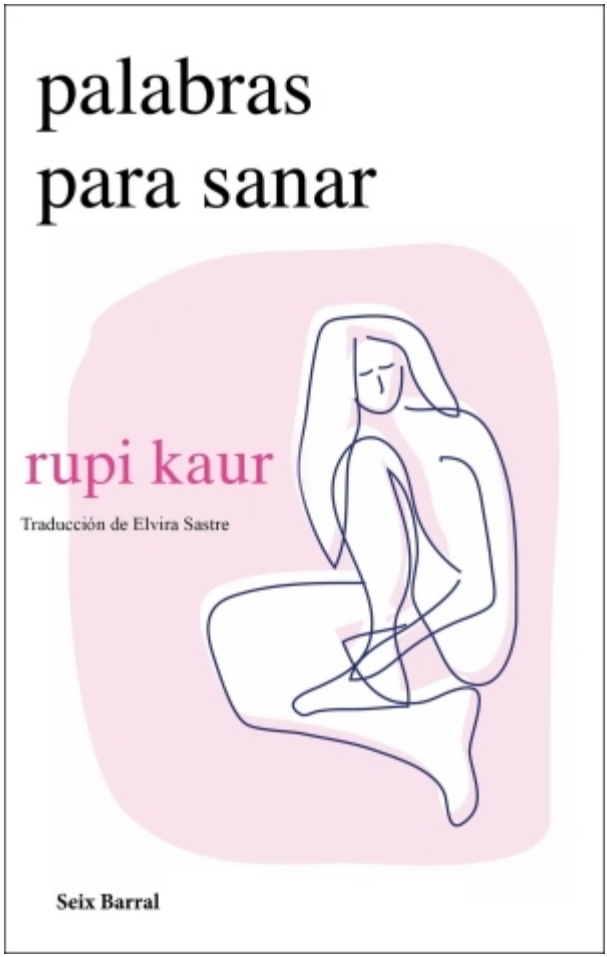
El peligro de estar cuerda

Montero, Rosa
9788432240782
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Partiendo de su experiencia personal y de la lectura de numerosos libros de psicología, neurociencia, literatura y memorias de grandes autores de distintas disciplinas creativas, Rosa Montero nos ofrece un estudio apasionante sobre los vínculos entre la creatividad y la inestabilidad mental. Y lo hace compartiendo con el lector numerosas curiosidades asombrosas sobre cómo funciona nuestro cerebro al crear, desmenuzando todos los aspectos que influyen en la creatividad, y montándolos ante los ojos del lector mientras escribe, como un detective dispuesto a resolver las piezas dispersas de una investigación. Ensayo y ficción se dan la mano en esta exploración sobre los vínculos entre la creatividad y la locura, y así el lector asistirá en directo al mismo proceso de la creación, descubrirá la teoría de "la tormenta perfecta", esto es, que en el estallido creativo confluyen una serie de factores irrepetibles, químicos y situacionales, y compartirá la experiencia personal de cómo Rosa Montero vivió en directo, y durante años, muy cerca de la locura. El peligro de estar cuerda habla de que "las hadas" nos dan un don, y nos hacen pagar un precio por él; los normales no pagamos ese duro precio, pero corremos el riesgo de morir de tedio, en lugar de morir de amor. «Como en todo, la clave está en el equilibrio entre el porcentaje de desapego y el de sentimiento, en lograr cierta armonía entre el yo que sufre y el yo que controla», dice la propia autora.

Cómpralo y empieza a leer



Palabras para sanar

kaur, rupi
9788432241888
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

rupi kaur nos introduce en su mundo de escritura y creatividad a través de su cuarta obra, sanar con palabras, en la que revela el poder curativo de las palabras y explica cómo el acto de escribir ha sido una experiencia catártica que la ayudó a sanar. En este viaje hacia una misma, nos propone una autoexploración consciente y liberadora a través de la escritura. Esta colección de ejercicios de escritura guiada ideados por la autora invita a explorar temas como el trauma, la pérdida, la angustia, el amor o la sanación convirtiéndose en una poderosa herramienta de creatividad y autoconocimiento. Solo te pide que no tengas miedo a mostrarte vulnerable y honesta, tanto contigo misma como con la página. No necesitas ser escritora para emprender este camino; solo necesitas comenzar a escribir, eso es todo.

Cómpralo y empieza a leer